Ricardo Palma Salamanca

EL GRAN RESCATE
Desflorando al Viento.

Primera Edición:
"El Gran Rescate"
Ricardo Palma Salamanca
LOM Ediciones, Santiago, 1997

EDICIONES CRIMENTAL
Valle del Maipo, Junio 2014
ediciones.crimental@riseup.net
https://edicionescrimental.wordpress.com/

NINGÚN DERECHO RESERVADO
Alentamos la reproducción total o parcial de esta obra, mediante cualquier medio.
Se repúdia cualquier intento de lucro.

Diseño y diagramación:
Ediciones Crimental

PIRATEA Y DIFUNDE

INGREDIENTES

Comunicado desde la Clandestinidad••••••••5

Prefacio••••••••••••••••••••••••••••••••7
Capítulo I••••••••••••••••••••••••••••••11
Capítulo II••••••••••••••••••••••••••••••23
Capítulo III••••••••••••••••••••••••••••••35
Capítulo IV••••••••••••••••••••••••••••••56
Capítulo V••••••••••••••••••••••••••••••79
Capítulo VI••••••••••••••••••••••••••••••83
Capítulo VII••••••••••••••••••••••••••••••96
Capítulo VIII••••••••••••••••••••••••••••101
Capítulo IX••••••••••••••••••••••••••••••119
Capítulo X••••••••••••••••••••••••••••••137
Capítulo XI••••••••••••••••••••••••••••••161
Capítulo XII••••••••••••••••••••••••••••173
Capítulo XIII••••••••••••••••••••••••••••180
Capítulo XIV••••••••••••••••••••••••••••196
Capítulo XV••••••••••••••••••••••••••••210
Epílogo••••••••••••••••••••••••••••••••214

La Vida de un Compañero••••••••••••••••••216

COMUNICADO DESDE LA CLANDESTINIDAD

Vivíamos en nuestra propia Edad de Oro, plenos de fulgor, cantábamos la victoria de un mundo que no éramos capaces de construir. Éramos los magos de un imperio de anhelos, nos volvíamos al Hombre, retornábamos al silencio que nos vio nacer, nos disgregamos como polvo en el viento. Nos transformamos en ascetas de la desesperación y recorrimos todas las montañas de la Tierra en busca de una respuesta, una pizca de verdad, una "línea" de certeza. El fusil no fue más que una herramienta de la época, la muerte un mero precedente escrito en la arena de las playas.

Dibujábamos en las nubes y veíamos el reflejo de aquellos que dejamos tras nosotros.

Escribíamos versos épicos sobre el filo de la espada, antes que cortara el corazón del asesino. ¿La belleza? De la vida hacemos un verso grande y prolongado, cortado en cuerpos transparentes. Éramos poetas que la historia empujaba a desafiar al monstruo: y era gustoso, gloriosamente gustoso, simplemente era el camino a emprender...

Aquella tarde volamos, nos agarramos con la furia de un tifón marino de las mil cabezas, disparamos ráfagas hasta que nuestro llanto de histeria murió en la puesta del sol.

Éramos invencibles. No discutíamos de mejores condiciones para la Revolución o de los vaivenes emocionales del proletariado, y menos aún de las ancestrales categorías del marxismo científico. Éramos sólo nuestra historia y el viento furibundo. Nos liberamos de un sistema mortífero, una estructura político-arquitectónica diseñada por aquellos que vivieron en la espora de la noción política de las "masas". Aquellos que levantan la cabeza para ver más allá del rumor turbulento de la multitud furibunda, son destinados a atravesar los caminos más pantanosos que esta extraña dimensión les deja a su disposición.

Iniciamos la guerra cuando éramos niños, nos convertimos en adolescentes en medio de asaltos y emboscadas, crecimos en el corazón del dragón, vimos morir a nuestros hermanos y saltamos, saltamos tan alto que el sol no podía ya distinguir nuestra silueta en medio de las estrellas. Y ya éramos hombres, más viejos, más cansados, un poco menos obstinados pero no nos olvidábamos de cuando habíamos declarado la guerra, como niños con las lanzas al hombro, observando la tarde que descendía.

Hablo por mí mismo y por quienes he visto nacer y morir. Pero cada uno de nosotros, sobrevivientes de una tribu que se negó a perecer con condescendencia y en silencio, conserva un universo dentro de sí, conserva el valor inestimable de haber resistido al orden impuesto por pirañas. Destruimos todo lo que prometimos destruir, incendiamos la ciudad con la leve y fácil esperanza que de aquellas cenizas se elevaran hombres y mujeres libres, en el sentido más amplio del concepto. Hombres y mujeres capaces de elevarse tan alto que la propia individualidad terminara por confundirse con los límites del planeta. Cada meta-historia, cada historia es plena de fallas y errores. Cada uno tiene sus propios dioses, cada uno establece una relación con lo que, racionalmente, no constituye más que una primera necesidad material. Nos transformamos en místicos de una era tecnológica, cuando decidimos hacer de la vida una gran tela donde llorar acuarelas.

Nuestra historia está ahí. Y también nuestra vida. Si los libros sirven de algo, que sea para hacer entender que la vida es el sentido de la palabra que se llora, y que dice que estamos sufriendo, y riendo, y que al final del camino ni siquiera la más sutil melancolía podrá convencernos de la inutilidad de nuestras vidas.

En cualquier parte del mundo...

Ricardo Palma Salamanca,

Noviembre 2009.

PREFACIO

Esta no es mi voz, ésta no es la voz de unos cuantos que han vivido en los pliegues de la noche juntando palabras para un día correr bajo los árboles. Esta es una voz indefinida que narra desde la oculta posición de todo protagonista que sufre la tensión inmodificable.

Una voz que no goza de la científica objetividad celadora de la sangre y del instinto. Una voz, esta voz, que repite oraciones cada mañana para estar cerca del punto crítico y descansar en la línea de borde donde la lógica formal se convierte en una ilusión de la razón.

Entonces, esta voz hablará de terrenos desconocidos, pero hablará de la carne, de su suspiro cuando nadie lo nota, cuando todos miran con ojos de cordero al cerro desplomándose mientras cae la madrugada.

Esta voz de metal que estuvo donde otros murieron gritando la última sílaba de sus vidas. Esta voz que corrió junto a los que escapaban dejando a su víctima sobre el pavimento. Esta voz indefinible que voló aquella tarde de diciembre. Esta voz que nos habló de una fuerza oculta similar a un poema y que hoy la tomamos como el último vino de la derrota, porque ahora nos hacemos cargo de nuestra voz. De aquella voz que nos vio nacer y también nos verá morir a manos de la suerte.

Pero, aquella tarde, la voz que nos narrará quedó conmovida por la furia inconmensurable y por la trepidación de nuestros tendones. Nuestra voz que tanto ha visto y llorado enmudeció dejando una estela de silencio, dejando que el frenesí siguiera el curso de las estrellas corno un cometa sin bitácora de desplazamiento.

La voz silenció y nos elevó dejándonos la mirada entre las aspas de nuestra segunda vida recomenzando su curso.

Ahora soy la voz, la entidad indeterminada ajena a cual-

quier cualidad, fuera del reino del origen y la corrupción. Soy la cosa que ha estado junto a los hombres cuando el cuervo negro caía sobre ellos. Soy la materia perdurable corriendo de la mano de aquéllos que dejaban un cadáver sobre el pavimento y miraban los bordes de una verdad desvelada. Soy el principio de todo principio, el círculo anterior a cualquier cifra. Soy bella como un lagarto y estoy junto a mujeres y hombres que vieron más allá de sus propias existencias, conviviendo en los albores de la vida peligrosa. Mujeres y hombres que combatieron contra el silencio de la infamia.

Pero, atentos lectores de la vida, la infamia no es aquella categoría cargada de suciedad y prostitución social. La infamia es la similitud con el anonimato, un silencio al cual están condenados los hombres cuando obedecen a su amo. Aquellos hombres que ocupan, al interior de las relaciones de poder, el lugar de la modificación de sus propias disposiciones.

Entonces hablaré de estos hombres, de sus miserias y grandezas, de su capacidad de salir de la infamia, porque toda salida de la infamia tiene relación directa con una lucha resuelta con el poder que produce y niega, que seduce y mata.

Un viejo poeta dijo que las vanguardias comenzaban de pie y terminaban sentadas. Las vanguardias en un sentido clásico son, más allá de su validación histórica, una materialización concreta de poder con sus virtudes y excesos como toda relación de poder, y estos hombres constituyeron una vanguardia o creyeron constituirla en un sentido de dirección sobre un proceso social de lucha en un determinado estadio histórico del devenir chileno.

Pero volvamos a nuestro viejo poeta y discutámosle su sentencia de concreto, que estos hombres no terminaron sentados. Estos hombres no han terminado, no han cesado lo que la pulsión de la sangre les dicta cada mañana, independiente de que algunos de ellos hayan bajado la cabeza en señal de rebaño y otros hablen con sus nuevos amos a rostro descubierto bajo una lengua de traición.

Estos hombres, viejo poeta, que son vanguardia hoy en un sentido estético, no han callado el correlato de la vida ni sentados ni encadenados. Viejo poeta, sobre todo encadenados porque mi voz, esta voz que habla por los que se esconden de sus antiguos celadores para no volver a la jaula en la cual vivieron por muchos siglos, no callará ningún detalle, no omitirá ninguna lágrima de todos aquellos reunidos en un fragmento del tiempo para realizar lo que les devolvió la brisa, aquello que los retornó al cordón umbilical de la vida tal como dijo Artaud, ya que sólo se entiende desde una porción de dolor, una porción necesaria de angustia que hace a los condenados por sobre cualquier carga ideológica.

Nociones de la sociedad moderna, enlazar en un mismo hueso a locos, condenados, enfermos, pues estos hombres pertenecen a ese espíritu y a esa prosapia de marcados a fuego bajo la médula de sus huesos.

Hoy caminan mirando las cosas que una vez perdieron bajo la sombra del muro y el alambre.

Mi voz de edad carolingia será la narrativa del nosotros en la hazaña de viento y sangre.

Cómo entender a estos hombres, cómo ver en sus ojos lo que otros no vieron, porque la experiencia es una llave sólo para quien la posee.

Pero hay que escindir los planos de implicancia de cada uno de ellos. A todos ellos no los mueve el mismo océano, no están cruzados por la misma miseria del encierro, tampoco, digamos, son habitantes de realidades radicalmente otras porque no existiría armonía entre lo arriesgado y no habría una auténtica relación de sangre mientras estén vivos siendo escuchados por sus demonios.

Entenderlos, es mi pregunta. Valorarlos, mi injuria.

No sería equilibrado subsumir todo bajo el amparo de una opción ideológica que implica el borde de la vida, que implica el tenue eslabón fronterizo entre las cosas en movimiento y las cosas inertes. Qué les hizo hacer lo que hicieron en el

pasado y lo que hicieron despuntando esa tarde de Diciembre.

Unos se colgaron con la desesperación de la libertad y otros se elevaron en un acto mistificador para la emancipación de cuatro cuerpos. Todos daban tiros menos los responsables de la labor del celaje. Agradecer, también, aquella valerosa cobardía, el breve aporte inconfesado por la ineptitud de la vergüenza.

Hay algo más que un sistema de criterios interpretando la realidad, algo incluso por sobre ellos mismos y por sobre sus propios límites. Tal vez la conciencia del límite tenga un sórdido parentesco con la conciencia moral como un algo que impide la disgregación de la vida. Que anula el movimiento del cuerpo cercenando la expansión de toda pasión que no soporta su estudio, porque ésta es inabarcable. Qué o quién podría prologar una hermenéutica de la pasión, de su universo anverso como las palmas de las manos. Quién podría decir algo del deseo o de la torva y pestilente circulación de la sangre cuando el mundo propio se desploma o, mejor aún, quién no duda de sí, de su propio cuerpo y de su propia realidad. Por lo pronto que nadie se defina de una vez para siempre y que nadie diga: Yo soy este fragmento de mundo.

En tanto seamos salvajes, primitivos de una tierra que aún no construimos, y que yo, en tanto voz, seguiré narrando, no con los principios arbitrarios de la disciplina histórica, el conjunto de circunstancias constitutivas de la vida de estos hombres.

Aquí convoco todos los silencios y todas las palabras que aún no nacen para este relato de aire y esperanza.

CAPÍTULO I

Fríos y lejanos suelen ser los viajes en tren, sobre todo cuando se viaja solo. El tren suele evocar distancias, adioses deslizados por la nostalgia de partir hacia algún destino y no tener certeza alguna de retornar al punto desde donde se partió. Esto, por cierto, no es una ley para todo aquel que emprende un viaje, digo, no es una ley en sentido evidente pero sí en sentido latente.

Una ley adquiere significancia como interdicto una vez aceptada en evidencia y esto no es algo que un simple viajero tenga en cuenta cuando se transforma en viajero, vale decir, un viajero normal, que es lo mismo que decir un ser humano normal, no parte hacia su destino con la probabilidad de un accidente que interrumpa el buen desenvolvimiento de su itinerario que preveía todo menos la irrupción de un accidente. Quizá por eso sean accidentes, ya que están fuera de toda posibilidad, fuera de todo orden y fuera de toda necesidad.

Aparecen como un fulminante de carbón oscureciendo y silenciando todo. ¿Será un accidente la conciencia? La verdad, no se está en disposición para este tipo de digresiones al momento en que una fuerte convulsión física, física en la totalidad de su significación, sustituye la dimensión cotidiana de todo viaje que supera la docena de minutos y convierte esta cotidianidad en un pasado esplendoroso. El accidente disgrega el tiempo como granos de arena. Cabe mencionar -a modo de reseña gráfica que realce los efectos de esta narración- que normalmente los accidentes no son un continuo sucederse de detalles ajenos a la materialidad, sino por el contrario bullen en hedores y dolores teñidos de sangre sobre el hierro retorcido. Algo de una expresión de la vida siempre queda en medio de la desolación. Esperanza en algo más, en la promesa de otra vida y la resolución de las frustraciones terrenales en un mundo de espectros incoloros. Residuos de un cristianismo impuesto por una secta

prepotente que domesticó religiosamente todo un planeta.

En fin, el accidente es eso que siempre nos está rondando y nunca lo tomamos en buena cuenta para definir el reino de la probabilidad a la que todos estamos afectos como efecto de otras cosas que también somos. Resumiendo, los viajeros normales piensan en un accidente como una improbabilidad casi segura, al fin y al cabo viajan con aquella seguridad para existir, con una premisa de tranquilidad en su precaria solidez.

Ahora bien, si este tren que viene desplazándose a casi 90 kilómetros por hora atravesando los parajes del sur de Chile hacia Santiago sufriera un accidente, lo más seguro es que poco quedaría de los pasajeros que se desplazan en su interior. Claro está que el dolor de los deudos sería casi indescriptible al momento de reconocer a sus parientes con sus cuerpos destrozados. Huérfanos, viudas y viudos, padres sin hijos y conocidos que dejaron de serlo sería la larga categoría de nuevos habitantes de esta tierra luciendo dicha nomenclatura de la pérdida.

Pero no sólo en el orden del parentesco clásico se manejarían las pérdidas, ya que también quedarían cuatro hombres a la espera de la realización de su más añorado deseo.

Para los efectos mismos de este relato, cabe mencionar que la viabilidad legal de estos cuatro mencionados es de dudosa perennidad ya que están tras las rejas por una causa determinada por su tiempo-historia y eso recurrentemente llamados principios.

Pero bueno, retornando a su más esperado deseo, creo (por deducción y apegado a los más estrictos lineamientos del conocimiento racional) que lo más deseado por ellos es salir de la cárcel abandonando sustancialmente el reino de la coacción.

Por otro lado, y al momento de cumplir con los procedimientos de rigor en este tipo de casos que dicen relación con el reconocimiento de las víctimas, la policía llegaría a la brillante conclusión de que una de las víctimas es uno de los hombres más buscados por ellos y por la dirigencia política nacional.

Es un hecho evidente que al mencionado hombre se le busca por sus deudas con la justicia. Su fotografía recorre cuarteles policiales, sus huellas plasmadas en un cartón donde se especifican los delitos cometidos y la gravedad de los mismos, descansan en medio de archivos e información clasificada.

Tal vez en uno que otro antecedente se mencionen relatos biográficos, parentescos, informes sicológicos que, habitualmente, vinculan las decisiones dramáticas con la ausencia del padre, con una vida disipada, libertina y culposa.

El mencionado, hasta ahora sin nombre, fue de pequeño un intruso metiéndose en talleres de refacción automotriz, con su cara pequeña y su pequeño cuerpo que se incrustaba en todos lados aprendiendo el arte de sostenerse en el mundo. Hizo de todo, hasta que comenzó el difícil y engañoso oficio de creer.

Se puede creer en cualquier cosa y hasta se puede hacer todo con tal de ver alguna vez aquello en lo que creemos, con tal de sacarlo a la luz y llevarlo frente a nosotros.

Los hombres se van consumiendo, desgastando como una materia con fecha de vencimiento, pero en definitiva se hacen con lo que tienen por delante, con lo que son capaces de tocar y de ver. Al fin, la materia es la base de la esperanza.

El hombre que ellos reconocerían habría sido Emilio y con su identificación acabarían, sin el conocimiento de ellos, con algo que más tarde les daría un fuerte dolor de cabeza y las ya conocidas (que por cierto en ese momento aún no lo eran) consecuencias de cuestionamiento hacia la gestión en la política de seguridad, debido a la ejecución de una de las operaciones más relucientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), que más tarde la prensa, en un delirio de poco ingenio, la bautizaría como "la fuga del siglo".

Pero estamos en la doctrina del accidente donde la hipótesis y la figuración se constituyeron para la mala suerte de unos y el pináculo de otros. Porque Emilio viene caminando por el pasillo de este tren que jamás sufrió un accidente.

Con el rostro húmedo y aún escurriendo de su frente algunas gotas de agua debido a la última mojada de cara que se había hecho, resopló y fingió un lerdo movimiento de rodillas para reanimar la circulación de la sangre. Miró a los demás pasajeros pasándose las manos por el pelo y sintió la grasa acumulada gracias al tráfago del viaje. Luego se deslizó a su asiento. Bajó la cabeza para cotejar si alguna anormalidad relucía en su cintura luego de ir al inmundo baño.

Miró su reloj que marcaba casi las nueve de la mañana y se dijo: Ya falta poco, si el itinerario de esta mierda cumple con lo que dice.

Fue un pensamiento a media voz, un argumento para el viejo sentado frente a él, que por todas las cosas de la tierra estaba dispuesto a cambiar un minuto de su prolongado silencio por unas breves palabras inútiles con cualquier pasajero. Aquélla era una razón, también, para detener la fuerte tos que por momentos convulsionaba al viejo haciéndolo asumir posiciones demostrativas de espantosos desgarros internos. El viejo tosía cada diez minutos, se veía prisionero de la descomposición pulmonar que lo consumía, ajado, casualmente vivo, se llevaba las manos al pecho para detener al animal que le rasgaba los pulmones. A su lado había otro hombre que parecía no prestar atención.

-Desde que tengo uso de razón, este servicio no cumple con los horarios que se propone y creo que es por la mala mecánica de las viejas máquinas o por la flojera que incuba el oficio en los conductores que llevan décadas mirando el mismo paisaje, ¿no cree usted, joven? -dijo el viejo, mirando fijamente a Emilio.

-Tal vez sea eso -contestó, tapándose la cara para protegerse de la saliva expulsada con suma fuerza por la reanudación de la tos del anciano.

-La otra posibilidad -continuó el viejo como si nada acabara de ocurrir- es que lo hagan a propósito para darle una sepultura definitiva a este tipo de transporte y cambiarlo por aparatos más modernos.

-No creo -acotó el hombre que viajaba a su lado y que no miraba al viejo de frente, consciente del peligro implícito en las toses-, porque si así fuera -continuó-, estarían tratando de cambiarlo desde que este tren está funcionando... Quiero decir que estos aparatos siempre han sufrido de lentitud.

-Uno nunca sabe cuáles son los vericuetos y las decisiones de quienes están administrando un negocio tan lucrativo -agregó el viejo-. ¿Sabe?, el dinero es algo que cambia definitivamente a las personas... ya no es como antes, cuando las cosas se hacían por un interés del corazón. Considere usted mi caso: nací con vocación de servicio; de muy joven fui bombero y luego entré a Carabineros de Chile. Mi vida la he entregado al servicio de los demás y jamás antepuse mi paga a lo que el prójimo necesitaba de mí, que en ese momento eran mis humildes servicios.

-Me imagino que hoy ya está jubilado -dijo Emilio, manteniendo una distancia prudente.

-Así es, amigo mío. Después de veinte años en el servicio, jubilé por una miseria... ¡Hay que ver eso!, apenas me da para pagar el alquiler de la casa donde vivo y eso que es una población de la institución. Nadie creería que un servidor público que arriesga la vida por sus conciudadanos termine sus días vendiendo cortaplumas chinas en la Estación Central con un virus comiéndole las entrañas a cada segundo.

-Suena algo paradójico, ¿no cree? -dijo el otro hombre, mirando con sorna al viejo.

-No crea... Para vivir uno hace cualquier cosa. Además este trabajo me dio la oportunidad de juntar dinero para el funeral de mi nieto -sentenció el anciano-. Los costos para meter a la gente bajo tierra son cada vez más altos, y eso no es todo, hay que pensar en la ceremonia... eso también cuesta. Imagínese, hay que alimentar a los participantes del entierro, aunque no fueron muchos... mi nieto no era muy querido. Pero, en fin, por lo menos le di una ayuda a mi hija. Si no hubiera sido así, seguro me pierdo el último adiós a ese niño... Claro, no fue agradable verlo con su cara pálida

dentro de una caja. El anciano suspira pensativo y continúa. -A mí qué me importa el destino de las cortaplumas que vendo; qué me importa, incluso, si fue una de esas mismas cortaplumas la que le quitó la vida a mi nieto.

La voz del viejo se quebraba como un vidrio que lanza sus astillas a la garganta de alguien y provoca dolor, dolor como el que el viejo comenzaba a sentir por el recuerdo dejado por su nieto muerto en una reyerta de vendedores de marihuana, esa transacción tan simple de barrio que en ocasiones termina en una pelea por el tráfico naciente. Después de todo, son sólo las complicaciones del mercado.

-¿Sabe? -continuó hablando el viejo con la voz quebrada pero clara después de la tos y la amargura-, el problema es que los viejos ya no somos de ninguna parte. Nuestro tiempo ya se fue y vivimos en una era que no nos pertenece, somos carne de transición. No tenemos nada que nos pertenezca realmente... ¡Vaya, qué tiempos éstos!, los valores, los principios y la moral de esta época nos son ajenos. No queremos aceptarlo y nos negamos a .abandonar lo que creímos antes. ¿Sabe, hijo?, dijo, no hay cosa más fiel en la vida que un perro y un viejo. El perro no traiciona a su amo y el viejo no traiciona su tiempo. Pero bueno -agregó tosiendo y llevándose a la boca un pañuelo para depositar en él una viscosa materia fétida-, créame hijo, no comprendemos este tiempo y como una muía terca nos resistimos a hacerlo.

Después, el viejo puso su mano sobre la ventana y no dijo nada más, para dar paso a la última tos de la conversación.

Tranquilo, Emilio observó al anciano y su reflejo casi lloroso en-el cristal. Pensaba en esos huesos cubriendo la piel tapando tedio y absurdo, en la derrota que el tiempo va dejando como una marca indefinible en las palabras y en los gestos ulcerosos, queriendo parecer una cosa, una forma indiscutible de fidelidad a lo que se hizo y a lo que se fue, pero este viejo era la forma más desnuda de la contradicción y la pena. Es viejo, está cansado y convive con la soledad soportándola como al escorbuto. Llega al borde de la vida

con una lágrima entre sus ojos y quiere contarle a cualquier desconocido lo que hizo cuando fue de interés para alguien.

Emilio se levanta para sacar su bolso de las rejillas superiores y nota que ya nada queda de la conversación que hace un rato acaparaba la atención. Es verdad, nunca estuvo muy atento a lo que decía el viejo, apenas miraba las expresiones brotando del otro participante, simplemente, así también se puede saber qué se está diciendo.

El tren comenzaba a detenerse. Por la ventana se incubaba el color opaco que reviste una ciudad. El gris cemento no pintado de San Bernardo, la gente cumpliendo su rutina cívica de trabajo y la estación. Última estación y ya estarían en Santiago. Un Santiago ruidoso, ajeno, por mucho tiempo esperado. Emilio no lo pisa desde hace mucho, ha permanecido fuera, alejado de sus edificios y de su gente.

Cuando se está en esa posición, la ciudad se recuerda, se guarda una imagen de ella, incluso se la venera manteniendo los detalles, su gente protegida entre los edificios, en definitiva, todo. Pero cuando se vuelve a ella, se nota que nada ha cambiado, como un reloj marcando la misma hora. La indiferencia permanece estática y la honorabilidad del recuerdo cae desplomada. La ciudad es la misma, sucia, impersonal, grosera.

La luminosidad que se mantenía de ella no era más que una imagen lúdica y femenina. Santiago seguía siendo un nido de ciegos.

Flexible y cansado, con el bolso en sus rodillas, observa al viejo dormido con la cabeza perdida sobre sus hombros; el acompañante bajó del tren para comprar un café desvaído. Una voz resuena. Cinco minutos en la penúltima estación, todos los boletos, por favor. Y luego, el pitazo de partida. El tren toma rumbo hacia Santiago.

Emilio vuelve a ver al viejo que aún duerme, pero nota el espacio vacío del acompañante, gira la cabeza hacia atrás para ubicarlo, no lo encuentra, se levanta con el bolso en sus manos y recorre el vagón. En su cara se nota nerviosismo, un calor de

desesperación, la intimidad de una turbación no planificada.

Llega hasta fuera del vagón y lo encuentra sentado en las escaleras con el café en las manos, equilibrándolo al ritmo del movimiento del tren. De cuerpo delgado y brazos largos, su cara también delgada como el filo de una navaja.

Su habilidad y experiencia con las armas era reducida, casi imperceptible, pero eso nunca le imposibilitó verse envuelto en acciones junto a Emilio.

-¿En qué quedamos? -dice Emilio con un tono de molestia-, la cosa era que tú no te movías del asiento... lo habíamos hablado.

-No te enojes, chico, llevo cerca de diez horas sentado y sólo me levanté tres veces para ir al baño. Este viaje maricón me tiene enfermo, ese viejo al único que le ha tosido permanentemente y hablado durante todo el camino es a mí y tengo que responderle con idioteces que ni siquiera creo. Además de taparme la cara para no ser presa de sus infecciones.

-Ya falta poco, no desesperes. No te vaya a pasar algo justo ahora que estamos por hacer lo que tenemos que hacer.

-Compadre, yo ni siquiera sé lo que en definitiva vamos a hacer -señaló el acompañante-, estamos trabajando en esto desde hace meses, y todavía no sé lo que va a ser, a veces pienso que no vamos a hacer nada.

-Ese fue el compromiso -responde Emilio, el rostro resistiendo el embate del viento-, nada se va a saber hasta que lleguemos.

-Bueno, pero estamos llegando y todavía no sé nada -insiste el otro-, lo único que veo es conspiración y silencio.

-Lo sabrás cuando nos juntemos con los demás... Nos esperan. No todos están dispuestos a realizar lo que tan duramente hemos planificado y esperado.

El ruido hacía que lo hablado pareciera un diálogo entre sordomudos; un intento de comunicación entre dos hombres de eras diferentes, a los que sólo les queda el incesante movimiento de los brazos. El paisaje semiurbano hace que estos hombres se queden mirando el piso herrumbroso del tren, pensando en lo que se dijeron, en la improbable importan-

cia de todas esas palabras lanzadas como una gasa sobre sus propias inseguridades ante lo que venía, ante lo que se habían propuesto.

-Es que están demasiado encerrados, o mejor dicho muy enterrados, -retomó el acompañante-. No me imagino cómo los vamos a sacar.

-No te rompas la cabeza... todo saldrá bien, la forma que elegimos es la más segura pero también la más descabellada.

El terror se apoderó de la garganta del acompañante al escuchar las palabras de Emilio. "Es natural, los hombres sienten miedo", se dijo. "Sí, es natural. Nunca he pensado en desembarcarme, sólo hay que controlarse", se repitió, "quién sabe si acaso en un mes más estaré viviendo bajo la tierra, haciendo discursos para nadie... Quizás entonces me arrepienta, y extrañaré el terror que me está invadiendo. ¡Vaya si no nos arrepentimos de todo lo que no hicimos! Después de todo, algo de mí va a quedar. Eso sí: ya no volveré a ver a las mujeres; en ese estado no sería capaz de reconocer a nadie, aún si fuera una mujer. Ni siquiera a mi madre. Debo confesarlo, hoy que hay tiempo para mi honestidad; mañana, bajo kilos y kilos de tierra será tarde, muy tarde. Me enamoraré de cada mujer que vea de ahora en adelante, no importa su condición ni su actividad, su religión o su postura política. Me he dado cuenta que las amo a todas sin diferencia. Me las imaginaré desfilando frente a mí, entregándome sus más recónditos y absurdos secretos. Seré de lo más bondadoso con ellas, relatándoles mis sacrificios, para que ellas se compadezcan y me amen sin límite. Sí, dispuestas a todo, capaces de entregar a sus descendencias por estar a mi lado. Al fin y al cabo también lo entenderán, aunque ellas no pensarán nada y yo tampoco pensaré algo de mí en ese momento, porque estarán ocupadas engrandeciéndose con mi belleza.

"De poco estoy seguro, salvo de que me voy a embarcar en una empresa descabellada. En fin, aquí estoy, cretinamente convencido, dispuesto a conocer de cerca, de muy cerca, la posibilidad de mi muerte por sacar a otros de la suya".

Mientras se decía esto, a bordo del tren, sus manos permanecían en los costados, su cuerpo enflaquecido y largo no resistía los embates del viaje. Miraba a Emilio, no sabía a ciencia cierta por qué, pero lo hacía. Quién sabe por qué uno mira a las personas cuando no tenemos idea de lo que les miramos y, sin embargo, lo hacemos.

El tren está casi detenido por completo en la Estación Central de Santiago. La gente comienza a cargar maletas, bolsos y cajas. La estación recobra su vida perdida entre tren y tren, entre despedidas y bienvenidas.

En Santiago hace calor, un calor seco, sofocante, que no permite caminar bajo la luz del sol. Cuando los días son así no queda más que escapar, refugiarse de aquel demonio sin rostro en alguna sombra de la ciudad, bajo la protección de las torres y edificios, ver también, con una especie de placer morboso, cómo los otros sufren la misma agonía tratando de minimizarla restando ropajes a sus cuerpos. Ver qué reacciones tienen para así copiarlas, estudiar sus mecanismos, sacar lecciones para el provecho propio. El calor de primavera en Santiago nos permite ver cómo son los hombres.

Es el final de noviembre, el polvo de la contaminación no alcanza a notarse. La gente camina rápido y estos dos hombres se despiden con un alzamiento de cejas mientras los pasajeros bajan a su lado. El más joven sale primero. Emilio va más atrás y ve al viejo que sigue durmiendo. "Viejo y cansado", se dijo, y continuó caminando entre la gente, despreocupado y silencioso con el bolso en la mano. De pronto nota un movimiento delante suyo y varios hombres corren en su dirección. Teme, se lleva la mano a la cintura en un viejo movimiento reflejo; los hombres pasan a su lado, llevan una camilla. Son paramédicos. Emilio gira la cabeza mientras los hombres suben al vagón donde yace el cuerpo inerte de un viejo que murió durmiendo, ahogado en sus convulsiones.

Emilio sigue, recordando la cara del viejo y las palabras que había dicho sobre lo que se hace con el corazón. Santiago estaba con dos hombres más.

Querida Madre:

Va tiempo ya que no te veo, he perdido la cuenta desde aquella mañana que no me despedí de ti y tomé la simple determinación de hacerme un fantasma, de recorrer las calles haciéndome el que no soy yo, creyendo ser otro, jugando a las intuiciones poéticas, descreyendo de mí mismo, cargando una pistola para defender a ese otro yo que surgía de mí y que era producto del tiempo en que me tocó, con muchos otros, nacer.

Con esto no quiero que creas que somos una simple proposición de la historia. Hay algo de nosotros y en nosotros que tiende a repetirse como una constante en el tiempo, como un fémur que contiene todas las disconformidades de esta realidad, y según las condiciones en que se nace toma una forma diferente para su expresión. Madre, ¿acaso el arte no es eso mismo? El arte no como una simple técnica sino como una impertinente forma de rebeldía ante lo que ya venía dado, a lo que de por sí venía determinado por otros.

En nuestro caso es lo mismo, nuestro arte también nace del aburrimiento y de la insoportabilidad de lo que hay ante nosotros. Una revolución es eso también o el intento de ella.

Tal vez las mejores y más profundas obras de Marx provienen del aburrimiento, de su aburrimiento, del aburrimiento de una época y que, a través de la historia, lo hemos refundado como el gran código ideológico, un simple aburrimiento, un hastío de sí y de todo.

Madre, después de todo este tiempo me has reencontrado por medio de los "media", esa tecnología de los supuestos que reconstruye hechos e identidades fuera de todo conocimiento directo, fuera de cualquier desinterés, y por sobre todo dentro de todo interés.

Seguramente la gente comenta de ti, que eres la madre, de aquel que está saliendo en los diarios por sus actos y no por sus dichos o sus pensamientos, aunque los dichos y los pensamientos sean una simple exterioridad de los actos, y el movimiento sea, en última instancia, el origen del pensar. Hablarán de ti

con desprecio, con la insidia de los que nunca han hecho nada pensando en su inocencia como un precioso legado de la mediocridad. Madre, yo no soy inocente de nada. Yo he matado a otros hombres, he asaltado bancos y he amado a mujeres en viejos prostíbulos cubiertos de gangrena.

Recuerdo las largas conversaciones entre tú y él abuelo cuando la noche se acercaba, esas conversaciones que versaban sobre el Gobierno de Allende y la vía chilena al socialismo, sobre la lucha de clases como el motor de toda la historia y el marxismo como la ciencia liberadora del proletariado. Cosas, Madre, que yo no entendía y no lograba comunicar con el mundo diseñado por mi corta edad. Cosas que no tenían espacio cuando cinco años más tarde llegaron todos esos hombres armados y se llevaron al abuelo entre golpes y gritos desmembrados por la sangre que salía de la cabeza de tu padre.

Recuerdo sus ojos invadidos por él terror y sus brazos, que antaño vi siempre alzados en las manifestaciones de la IIP, ahora inútiles serpientes del temblor. O cuando le pregunté a la abuela por el abuelo y ella sólo atinó a responderme que se lo llevaron los malvados. Madre, ¿quiénes son los malos y quiénes son los buenos? ¿La bondad y la maldad no serán sólo un invento para hacer más genuino aquello que optamos por hacer, o quizá más pasable, ante el asco de nuestros ojos, eso que creemos inaceptable y, sin embargo, lo hacemos?

La bondad y la maldad son trajes que se ajan rápida-mente cuando hay sangre de por medio.

Bueno, Madre, espero verte luego, creo que en unos quince días más me toca aquél ritual que aquí llaman visita; si tienes la posibilidad, sólo trae comida preparada por ti, ya que aquí es un asco.

*Yo estoy bien, de buen ánimo para todo esto y esperando verte después de tantos a*ños, aunque ya seamos algo dife*rentes de lo que fuimos y sólo quede un lazo de carne roído por la distancia que a veces también es bella.*

Tu hijo de siempre.

CAPÍTULO II

¿Cuánto es lo que tenemos de nosotros que viene de los demás? ¿Cuánto es de nosotros mismos? ¿Cuál es la porción justa que nos hace ser uno y no el conjunto de disposiciones anteriores y ajenas a nuestra propia individualidad? ¿Qué mecanismos están en marcha en ese difícil juego de la comunicación entre dos hombres que ejercen una actividad de iguales características y fundan una relación de lazos medievales, una relación similar a un puente colgante reuniendo continentes?

¿Qué me hace no perder en un páramo de actitudes la mía propia y aun manteniéndola caigo en el ejercicio de gestos y modulaciones de mi rostro que desconozco ya que fueron moldeados por miedos y terrores que no viví, al alero de alegrías fugaces y angustias de tardes?

Este tipo de relaciones también es una conjugación de fuerzas por tratar de no caer en la red de la admiración. El sutil rayo que cae sobre lo más íntimo de nosotros y termina convirtiéndonos en una delicada sombra.

El hombre que no piensa todo esto está de pie junto a un árbol de muchos años al borde de la parada de microbuses por calle San Pablo, en el centro de Santiago.

Este hombre espera que su reloj marque las dos de la tarde, hora en que comienzan las visitas en el vetusto edificio que alberga a la única cárcel que contiene en su interior al único hombre al cual este otro hombre que no pensaba lo anterior quiere ver.

Quiere escuchar su voz para descubrir sus propios ojos en camino de una dirección estable, que su mi ruda va a tener un descanso de seguridad en el sentido de que todo lo hecho en la semana va a tener la objetivación no en un discurso repetido por la historia, esa sucia partera de tergiversaciones, sino en un cuerpo que contiene las marcas de la confrontación, las cicatrices que nos hablan de otro relato de encierro.

San Pablo es una calle de principios de siglo, una calle donde han transitado vidas, miradas desde cada uno de sus edificios, desde cada una de sus ventanas dando luz hacia la calle durante las noches.

La muñeca se mueve y deja ver un antiguo instrumento llamado reloj. Un instrumento que desde sus inicios ha servido para administrar el tiempo y contabilizar algo que parecía estable.

Esa muñeca es de Emilio y es la misma que está conectada al cuerpo del hombre que hace un rato no pensaba sobre la incapacidad de mantenerse intacto, puro, diría un esteta, ante las influencias de todo orden en el universo de las relaciones interpersonales.

Ahora son los ojos que bajan y verifican la existencia de una hora, la hora esperada por Emilio para comenzar a recorrer con ansiedad un trayecto bastante conocido para él, ya que todos los viernes de ese año de 1989 lo cumplía con una fidelidad hercúlea.

El hombre encerrado se llamaba «Joaquín» para los del Frente, Lobo para sus más amados y Mauricio Arenas Bejas para la ley, el derecho y todo el conjunto de instituciones normativas, escuelas, hospitales y, sobre todo, cárceles, porque allí residía desde 1987, tras un enfrentamiento en que participaron sus circunstancias, su cuerpo y su pistola. Del otro lado, toda la punición de la tierra. De eso sólo le quedaba la última imagen antes de perder el conocimiento de sí mismo, su cuerpo desarticulado, su sangre buscando el curso arterial que ya no encontraba y la tarde abordando las calles de la comuna La Florida.

La entrada a esa cárcel tenía la miseria depositada por el tiempo y la angustia de tantos hombres encerrados. Una edificación mortuoria similar a un hospital, como fueron todos los hospitales en un principio: lugares para la contención de la muerte, espacios físicos para que los moribundos terminales dejaran sus cuerpos fuera del alcance de la población «sana». Extraña similitud entre instituciones de un mismo dios.

-¿Va a dejar algo en custodia? -preguntó una anciana junto a la entrada de la cárcel, que recibía donaciones al terminar la visita a cambio de retener y guardar las pertenencias de los visitantes.

Bien sabido es que a las cárceles está prohibido ingresar objetos de cualquier clase que no pertenezcan a nuestro cuerpo. La amenaza de la fuga por parte de los privados de libertad es un fantasma que adquiere cualquier forma para los carceleros. Pues bien, esta ancianita, desdentada y roñosa, cumplía su papel en el engranaje del sistema general; su papel, también, en el esperpento estético que rodea una cárcel de fin de siglo.

Ella dulcemente entregaba las pertenencias a los que las habían dejado bajo su custodia. Quizás el único poder que tenía esa anciana de falsa amabilidad era acceder a una intimidad ajena mientras nadie la observaba, y años más tarde podría haber dicho: Yo fui algo en la mirada de los demás, pero sobre todo dentro de sus pertenencias.

-No, señora -respondió tardíamente Emilio. Luego se dirigió a la entrada, en cuyo portal se ubicaba un gendarme de espantosa barriga y gruesos bigotes.

-Nombre -preguntó el gendarme.

-Raúl Escobar Poblete -respondió Emilio. (Entendamos que el nombre mencionado es su nombre original y «Emilio» el apelativo que se autoasignó por consecuencias de la historia.)

-¿A quién viene a ver? -replicó con la fuerza engañosa de la autoridad.

-A Mauricio Arenas Bejas.

El guardia registró los antecedentes en unas papeletas depositadas sobre la mesa de la pequeña sala que servía de zona de inspección para los visitantes.

Mauricio Arenas -repitió el guardia- ¿Parentesco?

-Amigo -respondió Emilio.

- 'Ta bien, deme su carné y páseme la muñeca para

timbrársela. Aquí tiene la ficha, ahora puede pasar.

Entró por un pasillo cubierto de humedad junto a unas escaleras asoladas por la herrumbre de la oscuridad y fue viendo mucha gente en un espacio atestado de ruido y fetidez. Ahí estaba el Lobo, sentado tras unas improvisadas carpas destinadas a amparar una sexualidad mediatizada por el barro y la nada.

Se dice que el sexo es un derecho, algo así como el derecho de la continuidad de la especie. En esa cárcel se tomaron el espacio de apareo entre las murallas del patio de visitas, montando carpas y alhajando los vagos enseres destinados a dar una imagen interior de cordura y buen ánimo. Los carceleros desesperan hasta la inconciencia ante la sexualidad activa al interior de la cárcel, y no sólo porque hasta hace un tiempo dicha actividad estaba prohibida para los prisioneros en general (dejando ciertas ocasiones para aquéllos que demostraban buen comportamiento), sino porque detrás de los carceleros y del reglamento defendido hay una doctrina moral que niega el placer. Los hombres son extraños ¿O es acaso esto únicamente la verdadera identidad de todos?

Pueden vivir en las condiciones más oprobiosas, desprovistos de cualquier categoría subsidiaria de la dignidad, alejados y desiertos, postrados en los sitios más espantosos y cancerígenos. Hambrientos, humillados, domesticados hasta el límite de su inexistencia, convertidos en carne de sacrificio para causas sin nombre, violados, aterrados. Lo único que sobrevive en sanas condiciones es el instinto de la sexualidad, la posibilidad sublime de penetrar otro cuerpo y olvidar el propio, amar los días perdidos mediante la existencia de otro y, si queda tiempo, un segundo siquiera, finiquitar un proyecto de nosotros, algo que nos sobreviva más allá de la luz que alcanzamos a ver... no queremos perecer, por nada del mundo.

Sentado, la mirada perdida en el aire contaminado del centro de Santiago, Lobo seguramente recordaba algún instante que lo sustraía hacia un punto del vacío que nadie puede explicar y seguía ahí como un pájaro moldeado en

barro. Recuerdos de presos, diría algún ex preso que ahora sólo recuerda haber sido preso. Un recuerdo especial que rompe el sentido común del recuerdo, un recuerdo que disgrega la pequeña mano para acceder a un presente provisto de certeza que genere movimiento, porque este recuerdo inmoviliza, detiene y anula el presente, diseminándolo en una totalidad inabarcable.

La cabeza del Lobo no se movía al ritmo de los pasos de ese hombre que se acercaba con una ficha en la mano y una sonrisa en la boca que hizo desaparecer para utilizar sus labios, su lengua y sus cuerdas vocales en la configuración de una frase que seguramente decía así: ¿Cómo va tu vida, preso Lobo?

Esa sola frase y la mecánica del gesto, las posiciones corporales y el conjunto de emociones se reunieron en la conspiración más antigua del hombre, la física muscular y superior a toda arquitectura del símbolo: la comunicación.

-Bien, malandrín, aquí en la de siempre y más preso que nunca -respondió Lobo.

El aspecto de Emilio siempre fue gracioso para el Lobo. Tenían una relación de bromistas y pocas veces se tomaban con seriedad, a menos que el Lobo lo mirara fijo y con los ojos punzantes. Emilio cambiaba de aspecto y lo seguía con fidelidad. Anteriormente habían estado presos los dos. Lobo seguía ahí y Emilio llevaba unos meses de haber salido. Fue en ese tiempo que ambos se conocieron, se interiorizaron de las manías y dichos reiterativos, como quien ve una flor todas las mañanas.

Lobo se quedó quieto, tranquilo, esperando algo más de la boca de Emilio, una sílaba más, un sonido que le diera una apócrifa esperanza de salir de ahí, lo que todo preso espera de la boca de alguien que lo visita. La frágil constitución de un respiro para volver a la celda con un objeto de deseo en el interior del bolsillo.

-¿Un café? -dijo Lobo, mirando las tablas de la improvisa-

da banca de madera, sosteniendo un termo, mientras Emilio tomaba asiento sobre ella.

-Dale, picante, a falta de brindar con cerveza, bueno es el café de cana. En esta cárcel me tragué como mil litros... Todavía no puedo regularizar alguna rutina que no se asemeje a la de la cana y sus días -respondió, mirándose las rodillas.

-¡Patrañas, enano! -interrumpió Lobo-. Lloriqueos de un agraciado que logró salir. ¿Acaso uno nunca se va a desprender de esta realidad, jamás nos podremos sacar este sello de acero de encima, o es que no tenemos capacidad para distribuir nuestros recuerdos en compartimentos diferenciados, permitiéndonos recluta r nuevas imágenes y percepciones que no digan relación con la noche?

-Hey, tranquilo -contestó Emilio asombrado-, parece que te está llegando la menopausia carcelaria. Estás como una loca; te hice un miserable comentario y saltas como un mono.

Lobo calló, mirando a la gente que paseaba de un extremo a otro, estudiando los movimientos de cariño retrasado entre parientes, oliendo sus tristezas cubiertas por la ropa ligera de verano.

Entre la altura de la última muralla que flanqueaba la cárcel y el árbol que sobresalía desde la calle, divisó una ventana de edificio desde la cual se asomaba una mano saludándolo con lentitud y parsimonia. Pensó en su muertería configuró como una mano sin fuerzas, como un adiós jalado por sí mismo hacia una tronadura sin sonido.

-Tu café está listo -dijo.

-Gracias.

-Esta mierda me tiene neurótico -confesó Lobo, mientras tomaba su taza-, pero, en fin, qué le vamos a hacer... ya me tocara a mi. Todo el mundo sabe que cárcel es transitoria.

-Así como va todo, no creo que salgas nunca -dijo Emilio, levantándose y saliendo del alcance de las manos de Lobo.

-La vida es injusta -respondió-, salen picantes como tú y

los que valemos la pena nos quedamos aquí.

-Mira, súper comandante, a mí no se me ocurrió andar disparándole a «mi presidente Pinochet».

-A nadie se le habría ocurrido llevarte, así que no te hagas ilusiones.

- ¡Ja!, gracias a eso estoy afuera -remató Emilio.

Lobo tomó un trago de café recordando lentamente el día del atentado y se le dibujó una sonrisa en los labios.

-Basta de tonteras -acotó Lobo-, fueron muchas las cosas que pasaron ese día y no te imaginas todo lo que hicimos para matar a Pinochet... Casi diez minutos de locura hasta que se arrancó como una serpiente acorralada. Si hubieras visto algo como eso, la vida te cambiaría.

El tono de Lobo era serio, hablaba como si lo hiciera ante un espejo que le fuera reflejando los días pasados. Pocas veces se lo vio así. Sereno e incrustado en algo que siempre le arrebató el sueño.

Emilio, sentado a su lado, se vio la punta de los dedos mientras pensaba en lo que decía el Lobo, y no le pareció que sus palabras estuvieran cargadas de la violencia que hasta hace un rato percibía. Es más, notó la lenta ondulación que va dibujando el encierro sobre los hombres, aquélla que los hace ser un poco más conciliadores con la multisignificación de la vida y entienden, al final, que ésta no es sólo el camino trazado por la postración de la irreductible noción de «compromiso».

Las manos de Emilio son pequeñas y se las lleva generalmente a la cara con una rapidez que no deja ver la distancia existente entre el lugar de partida de esas manos y la localidad exacta donde se posan para expresar un viejo gesto del cansancio. Las manos en la cara, apoyando las rectangulares terminaciones de su mentón y sosteniendo el futuro de alguna respuesta para continuar y no quedarse atrapado en el silencio provocado por la calor de una tarde de cárcel.

-Despierta -interrumpió Lobo-, te quedaste como un

monumento. Mira toda esta gente feliz visitando a sus seres queridos... ¿Qué pensarán ellos, te has preguntado alguna vez eso? Están pensando en sus próximos movimientos, en qué harán cuando salgan de la visita. La cuenta del agua, de la luz, qué van a cocinar por la noche o si acaso van a recalentar el almuerzo. Más de alguna de esas mujeres está pensando en su propia capacidad de resistencia a esta situación. Pensando en el teléfono anotado en su libreta para llamar a un «buen amigo» que conocieron hace unas semanas y posiblemente les brinde una naturalidad ficticia, un amor de segunda opción o una caricia que permita el olvido temporal. Mira cómo pueden mentir los ojos, mira a todos esos que se miran. La verdad no están mirando a sus parientes presos. Se miran a ellos mismos y no pueden dejar de hacerlo. Se buscan en otras cosas, en otros lugares. No se están viendo, sólo desplazan sus tragedias hacia otras regiones. Ahora mira al gendarme de la marquesina -continuó Lobo-, él también está mirando, pero está viendo o pensando en la cita que tiene con alguna María de las miles de Marías de este país que trabajan puertas afuera y que pasadas las siete de la tarde se dan cita en una plaza del centro de Santiago junto a cientos de pacos a tomarse algo baratillo para no desbaratar el sueldo del mes.

La voz sardónica del Lobo seguía su curso. Indetenible sociología de las miserias marginales, bisturí de la desesperanza cadavérica que una sismología del sacrificio cubre de gloria perdida.

-¿Qué absurdo, no? -prosiguió Lobo-. Nuestra realidad es sólo un apéndice de la de ellos, una realidad que cuelga, viejo perro. Por eso, lo mejor es la risa ante todos y de todos. Es cierto, aquí pretenden vivir aferrados a las ideas, estrujándolas para que brote una gota de vida de ellas y lamerla como líquido de convicción, como si para soportar la cárcel se necesitara tener ideas. Tú ya bien lo has visto, de las ideas no brota vida. ¿Qué son las ideas sin nosotros? Podrías decir nada, pero eso ya es mucho. ¿A quién encierran cuando te

encierran? Las ideas se mueren, enano, cuando te encierran. Sólo queda tu cuerpo descubierto como una herida descompuesta. Las ideas te abandonan como las ratas antes de un naufragio. Ellas no soportan el encierro. El encierro lo soporta uno. Te quedas solo con tus extremidades, que en ultima instancia, como deberías saberlo, son las que te sostienen. Es mentira, una putrefacta mentira como muchas otras, ésa que dice que en el encierro sólo te ayudan a sobre-vivir las ideas. Es la fuerza de los músculos, la infalible insolencia de los huesos, la aridez obtusa del cráneo. Es eso y nada más. Es lo único que permite levantarse por las mañanas sin creer que somos un hueco entre la suerte. Míralos nuevamente, ve a esos corderos creyendo existir por las ideas, escúchame bien esto, enano, nadie logra convivir con las ideas cuando te encierran -concluyó Lobo, riéndose de sí mismo, de sus cicatrices, de su encierro, de los que lo rodeaban pensando que cumplían una función más dentro de toda esta puesta en escena tan farsante como absurda.

-La verdad es que el encierro te está haciendo bastante mal, ¿no crees? -dijo Emilio moviendo la cabeza, después de seguir pacientemente sus palabras-. No pensé que fuera tan grave, Lobo. ¿O debo llamarte Loco?

-¡Salve dios a los que se ríen de las solemnidades y que el señor nos proteja de toda ilusión! -respondió Lobo, levantándose de la banca endeble que lo sostenía.

Por todas partes, las personas compartían con sus parientes, sacando de sus bolsos paquetes de alimentos o golosinas. Habían niños jugando, corriendo, saltando como pequeños cretinos inocentes de un lado a otro. Algunos hombres dialogaban en voz baja y con aspecto de seriedad, otros simplemente reían. Las visitas duraban cerca de tres horas y algo más, dependiendo del tiempo extra que lograban hacer los presos, demorando la salida de sus parientes.

-Me faltan tiros, Lobo; necesito una cajita de nueve milímetros para darle alimento a mi pistola y a mi espíritu. ¿Puedes solucionarme algo? -preguntó Emilio, sentado, habiéndole a Lobo hacia arriba.

Éste se quedó pensativo, frotándose el mentón con la palma de la mano. Lobo dibujó en su mente un proyectil de pistola, le sintió las hendiduras frías, el peso de pequeña piedra y el hedor de su expulsión fulminante al salir de la boca del cañón, la motivación última de por qué se oprime eso que llaman gatillo y todo el mundo de efectos que provoca la fractura del tiempo surgida de un acto tan pequeño junto a la escisión de la realidad gracias a un ejercicio de fuerza mínimo.

-Tengo pensado darte algo mejor, enano... Un vínculo callejero para que tengas la posibilidad de utilizar los tiros -acotó Lobo-. Pero es bastante serio, es decir, tu próxima destinación no será en las estructuras normales del Frente... pero habrá que esperar la aprobación de tu traspaso. Tal, vez demore un poco.

Emilio se levantó y permaneció de pie, escuchando con atención, siguiendo los labios del Lobo para masticar sus palabras y no perder nada de lo que decía.

-¿Y eso qué significa? -preguntó finalmente.

-Que comenzarás un trabajo algo más arriesgado.

-En estos tiempos todo es arriesgado, hasta tener una foto del Che es arriesgado. Caminar, dormir en una casa donde nadie te conoce. En fin, acuérdate que fallaste con lo de Pinochet y el viejito sigue tan vivo que al parecer tiene para rato.

-Me refiero a emprender acciones más grandes de lo que acostumbras.

-No tengo problemas -agregó en voz baja Emilio , pero que conste que yo sólo te pedí tiros.

-Esos después te los doy, ahora te estoy proponiendo algo bastante más importante que unos tiros cagones.

-Ya te respondí, maniático, te dije que no tengo problemas. -¿No?

-No, no creo -respondió Emilio.

-¿Seguro que no, o crees que no? -sonó la voz del Lobo,

como inquiriendo más seguridad para hacer florecer sus expectativas.

-Es lo mismo.

-¿Cómo que es lo mismo? ¿›Creer› que las cosas sean y que ‹realmente sean› es lo mismo?

-Sólo las separa la palabra creer.

-Uf, te está creciendo el cerebro, enano, no te vaya a dar un shock.

Así estuvieron, hasta que las horas se consumieron entre el sudor y la mentira.

-Lobo -interrumpió Emilio de pronto-, está sonando el timbre... es hora de salir.

-›Ta bien. Te veo el próximo viernes para precisar las comunicaciones y conversar con más calma. Recuerda que es el último día del año... así que nos vemos en enero del noventa.

-Bueno, se pasan rápido las tres horas. Un abrazo, mi hermano -se despidió Emilio. Se abrazaron, reteniendo la insolencia del lugar que los albergaba y aislaba del mundo exterior.

El timbre seguía sonando, ensordeciendo a quienes salían y dejaban una parte de su identidad en el musgo de aquel antiguo edificio. Porque ¿de qué están hechos esos lugares sino de desprendimientos humanos? Así se sostiene la vieja arquitectura del encierro.

Emilio no pudo asistir a la visita siguiente, pero Lobo de alguna manera le hizo llegar el contacto.

Después de la última visita de Emilio, Lobo no estuvo mucho tiempo más tras las rejas. El 30 de enero del noventa logró escapar por un túnel construido durante mucho tiempo por miembros del Partido Comunista. Los rodriguistas desconocían la ubicación del túnel incluso después de que los dueños de dicha tarea habían huido. Nadie sabía nada. Tampoco el Lobo que, junto a los demás presos, logró

encontrarlo horas más tarde, pudiendo salir también.

El año noventa y uno, Emilio y Lobo se reunieron en un café de Santiago. Estaban algo cambiados, pero terminaron riéndose de todo el mundo que los rodeaba. Emilio estaba trabajando en las estructuras a las que Lobo lo había contactado.

Lobo jamás volvió a la cárcel antigua de San Pablo ni a ninguna otra. Recorrió Santiago y Valparaíso encontrándose con viejos hermanos del Frente, sobre todo con Ramiro, quizá su único hermano.

Siguió siendo rodriguista pero no era el mismo Frente que había dejado en el año ochenta y siete.

En octubre del año noventa y uno, el doce de aquel mes, Lobo murió en soledad, abandonado en un hospital de la provincia de Buenos Aires, en la sección de marginales. Cayó en las sedas del cáncer que lo venía demoliendo hace algunos años como a cualquier otro.

Sus ojos se fueron cerrando. Ya estaba emparentado con el silencio de la muerte. Nadie de sus cercanos lo vio morir. Razones de seguridad, argumentaron algunos, como si la seguridad existiera en la muerte de otro.

Más tarde, su cuerpo yacía tirado sobre las lozas del pasillo de la morgue del hospital, cubierto por diarios en cuyas páginas marcadas con plumón de oficina decía: NN.

Por la noche, cuando una valiente fue a retirar el cuerpo del Lobo, una enfermera entregó lo último escrito por él. Una carta para su hijo.

CAPÍTULO III

La puerta se abrió a la hora acostumbrada y con los uniformes de siempre. Dos cabezas cubiertas de gorras verdes se asomaron tímidamente verificando la posición habitual de dos cuerpos acostados sobre sus camas, anotando en un acta diaria la existencia concreta de dos hombres en esa celda, el último día de noviembre del noventa y seis.

-Buenos días -dijo uno de los guardias.

Ninguno respondió, mirando desde sus camas con un gesto de indiferencia. La indiferencia que venía triturando hasta las expectativas de aburrimiento, una indiferencia que se apoderaba de los objetos y los colores o de los ojos que ven esos colores.

La puerta quedó cerrada pero sin llave, el silencio de la celda ya no es el mismo, se mezcla con el movimiento naciente de la cárcel que renueva su rutina atrapada por los sonidos de siempre. El ruido de las fábricas cercanas y los automóviles acelerando en la lejanía de las calles de la ciudad van trazando un cuadro imaginario, una postal descolorida en la memoria.

No hablan, es cierto, ambos despiertos, como esperando que el sol tomara total posesión de la celda (que hasta entonces apenas se situaba sobre la mesa, iluminando rastrojos de migas y libros abiertos mirando hacia abajo). La ropa tirada en ambas sillas de plástico y el polvo cubriendo algunos artefactos daban a todo un aspecto algo decadente y olvidado.

Cierto es que las leyendas construidas en torno a los lugares de reclusión hablan de suciedad y miseria, no sin la ayuda y el hincapié que hace la industria cinematográfica para realzar la inmundicia espiritual de los violadores de las leyes en cualquiera de sus expresiones, pero esto, claro está, no recusa en el orden sanitario las verdades indecibles que ocultan estos sitios de encierro. Es necesario mencionar que

dicho recinto, el lugar punitivo donde se desarrolla el relato mencionado, es de factura reciente y siendo más específico aún, la fecha de su habilitación como tal es de febrero del año de nuestro señor de mil novecientos noventa y cuatro, por tanto, las condiciones infraestructurales y sanitarias son por condición y concepto aceptables.

Habiendo hecho esta especificación, queda a juicio del lector el que la adjetivación anterior («un aspecto algo decadente y olvidado») no diga relación únicamente con su sentido literal, sino también con su espíritu.

No restaremos responsabilidad tampoco a estos dos que moran en la celda respecto de la poca acrimonia en el cumplimiento de normas elementales de aseo y ornato, ya que la limpieza efectuada de manera profunda se limitaba en. tiempo y espacio a un circuito por semana, o sea, una vez en siete días, no mencionando, por cierto, el talante cualitativo de dicha tarea, quedando en sospecha este aspecto.

-¡Basta! -dijo el Negro, o Ricardo Palma, que era uno de los dos que habitaba la celda.

Cinco años rondando col das de diferentes cárceles, aburrido, espantado, silenciosamente desesperado, sostuvo lo poco que iba recordando de él para no ser presa de una extraña autocombustión interna y dividir el mundo en dos categorías definidas: los que mueren reventados por el encierro y los que mueren soportándolo.

Se incorporó de un movimiento, viendo cómo los pelos de su brazo quedaban en desorden. Con los pies colgando desde el camarote superior, como si con esa actitud acabara todo, como si una simple pronunciación de palabras diera la oportunidad de quebrantar la rutina que nace como una larva. Se quedó estático mirando la pared de color amarillo, con los ojos fijos en ella, y de pronto comenzó a seguir la trayectoria de una mosca desplazándose por la muralla. Rápidamente, trasladó sus ojos hacia el lugar de donde provenía la mosca, descubriendo una pequeña marca sobre la muralla; en ese sitio permaneció con la vista durante cinco minutos más.

Notó la curvatura de su columna enderezándose, y estirando las piernas volvió a recorrer la muralla con la vista, hasta detenerla sobre un espejo partido por la mitad colgado de un gancho plástico. Se vio reflejado junto a las moscas posadas en la cubierta del espejo. Pudo perfectamente haber estado unas cuantas horas más tratando de descubrir si las moscas permanecían sobre la cubierta del espejo o encima de su cara, verificando si era su reflejo o su piel. Pudo haber creído cualquier cosa, sin embargo, bajó del camarote de un salto.

Una vez abajo, tomó un termo con agua hervida la noche anterior y una taza plástica en cuyo fondo se notaban evidentes restos de café, sacó de un pequeño baúl un tarro de Nescafé y lo puso sobre la mesa.

-Que sean dos -dijo Ramiro, o Mauricio Hernández, que era el otro habitante de la celda. Éste ya llevaba tres años encerrado cuando descubrió que la distancia entre la traición y la confianza es pura cuestión de oportunidad.

Dirigente del Frente, ‹comandante›, como se le llamaba a su responsabilidad en otros tiempos, debido a las características que revestían las condiciones pomposas de la tradición y la historia. Mediana estatura y buen ánimo, siempre confiado, sereno y esperanzado en el porvenir.

Feliz, podría decirse, pero en tales condiciones la felicidad no deja de ser una estupidez. Un argumento para no perecer inconsciente durante las noches preguntándose con muy poco estilo: «¿Por qué yo?».

Mauricio estaba acostado. Ambos llevaban pantalones cortos, una costumbre impuesta por el medio ambiente que habitaban, ya que las incursiones intempestivas del grupo anti motines (gendarmes bestiales vestidos con indumentaria de guerra y dispuestos constantemente a reafirmar la categoría subhumana que comporta el estado de condenado) se producían generalmente por las mañanas y los hábitos heredados por esta tribu no hacían ninguna concesión al pudor de los condenados, sacándolos con lo puesto y, en ocasiones, completamente desnudos, provocando un paseo

de muy poco recato en lo que a ética corporal y sus derivados se refiere. No es para nada agradable, como decía, reencontrarse con la realidad luego del largo vínculo que se mantiene con la nada del sueño y abrir los ojos para encontrar un arma apuntando directamente hacia la cabeza, para que después, una voz de entonación moribunda, ordene la salida de la celda.

Ritualmente lento, el Negro preparó dos tazas de café. El agua no humeaba.

-Esa agua es de anoche -dijo Mauricio-, yo pensé que la habías calentado ahora.

-Imposible... me vengo levantando -contestó el Negro, sentándose en una silla sobre la ropa tirada.

Estuvieron unos minutos probando el café y despertando. No tenían demasiadas preocupaciones, más bien levitaban sobre una serena y estática neutralidad. El Negro tenía la cabeza inclinada y el cuerpo laxo desparramado sobre la silla. Mauricio, con los ojos abiertos, no miraba hacia ninguna parte.

-¿Qué tenemos para hoy? -preguntó Mauricio sin demasiado interés, tomando un cigarro desde la cajetilla al lado de su cama.

-Lo de siempre: nada -contestó el Negro sin levantar la mirada-. O mejor dicho: lo mismo, abrir los ojos y estar aquí, salir de la celda y ver a los de siempre, esperar el almuerzo, cagar, correr, dormir, soportar. En fin, lo de todos los días, este pequeño mundo siempre va hacia el desmoronamiento. A veces me pregunto qué fue lo normal, si los veintidós años que alcancé a vivir fuera de esto, o los cinco que llevo aquí; quién podría contestarme, decirme siquiera en cuál de los dos sitios debo permanecer para poder decir: «esta es la inmundicia que me corresponde».

Ambos permanecen en silencio luego de lo dicho por el Negro, con las tazas en las manos y los cigarros prendidos consumiéndose solos.

Todo permanece igual, idéntico, sin cambios, con una

gravedad impenetrable. El día es pesado de por sí, se posa sobre el alma y hace notar sus milenios convertidos en veinticuatro horas. El silencio es concentrado pero breve. Demasiado cuestan aquí las palabras y el ruido.

Poco vale decir cómo se dicen las cosas, qué modificación del rostro acompaña a cada adjetivo, qué movimiento interno de los músculos va unido con un hilo a cada pensamiento y a cada ilusión de no ser ésos que están ahí. El ser algo más que acentos de la espera de quién sabe qué.

-Cada día que pasa es un día menos -dijo Mauricio, retomando la conversación-, cada día nos queda menos.

-Sí, es un día menos también de vida porque, lamentablemente, somos mortales -agregó el Negro con un inconfundible tono de sarcasmo.

-Ya vas a ver, te voy a recordar tu pesimismo cuando estemos afuera lomándonos una cerveza, celebrando la salida de esta mierda y dejando todo esto como un mal recuerdo.

-Admiro tu esperanza, Mauricio, no sabes cuánto. Es más, creo que hasta he llegado a necesitarla, verla, convencerme de que será una amiga... Quizás, quién sabe, pueda llegar a satisfacerme sexualmente. Pero cuando la miro de frente la vuelvo a reconocer, oliéndole su aroma de zorra, su aspecto farsante como un patriota antes de la batalla. Mauricio, créeme, los malos recuerdos son los que más se recuerdan, y son una lapa, como una inmunda lapa infecciosa. Dios te escuche, si de tan viejo aún no está sordo, y ojalá sea algo más que un traje de recambio de la esperanza -concluyó, dejando la taza sobre la mesa.

Después, el Negro se levantó, dirigiéndose hacia una repisa en la cual descansaban varias carpetas. Sacó tres hojas en blanco de una de ellas, tomó dos lápices desde un tarro que simulaba ser lapicero y una regla que sobresalía de él. Levantó todo con una mano, mostrándoselo a Mauricio.

-Menos mal que te acordaste de comenzar a hacer los planos.

-Eres intuitivo, Mauricio.

-Sí, oscuro, en este tiempo todo se puede adivinar... en tanto habitemos el mismo hoyo.

-Eso de ‹hoyo› da para mucho -respondió el Negro-, cuida tus palabras

-A lo nuestro -acotó Mauricio-. ¿Vas a terminar los planos?

-Así es... con esta tarea que me asignaste, me conozco la cárcel por puros dibujos. Espero que sirvan de algo.

-¡Ufff!, no logro entender tu falta de esperanza y tu ausencia de confianza -alegó Ramiro, levantándose de la cama y acercándose a los barrotes de la pequeña ventana.

-La esperanza, te lo diré una vez más, hasta que el horror me dicte lo contrario, es nada más que una promesa; la esperanza no me va a dar la fuerza para colgarme de esa cuerda como un trapecista.

-Por lo menos piensas que van a tirar esa cuerda, algo es algo, ¿no? -contestó Mauricio con aire pensativo, mirando hacia la cordillera, verificando el gris posado sobre las alturas de Santiago, dando un tono semimetálico al cielo. Bajó la mirada y confirmó la guardia que hacían los gendarmes por la marquesina de la cárcel. Vio a uno armado con una escopeta y al otro con una subametralladora, pensó en el peligro que constituía todo ello.

La escopeta no era problema, pero si al de la ametralladora se le daba el tiempo de disparar y tenía buena puntería, echaría por tierra todo el proyecto, toda posibilidad de salir de ahí. «¿Qué mal le hemos hecho a estos idiotas para que intenten detenernos?», se dijo. «Vacas paseándose todo el día como si no existiera otra cosa en el mundo que los presos. Tenemos una casilla dentro de todo el tablero, unos segundos para muchos años, y éstos lo único que van a intentar es frustrarnos una vez más»

En el patio corrían algunos presos, como todas las mañanas, dando vueltas al patio, reproduciendo la danza de la muerte que hacen los animales en el zoológico. Un ritual parecido, o igual (si no fuera por eso que llaman conciencia

y que al parecer sólo es connatural a los hombres) a aquella danza macabra.

Los dos permanecían en la celda. Uno sentado, dibujando trazos, y el otro de pie ante la ventana, aproximando hipótesis, imaginando lo que venían imaginando los cuatro desde que la idea del vuelo se había convertido en planificación, representándose la muerte, cada uno a su modo.

No podríamos discutir la sentencia académica que d ice: «No hay otro momento en que el hombre sólo piense en su muerte sino cuando está privado de su libertad». Cosa también difícil de abordar con criterio cuando no se sabe qué es la libertad de manera categórica.

Ellos recurrían a todo cuanto poseían, formulando reencuentros con la vida, resituándose en una esfera olvidada por mucho tiempo. Imaginaban el posible primer impacto de los estímulos extramurales, colores, sonidos, olores, en fin, todo eso que está ausente en el encierro, y que cuando se pierde tanta falta hace; cosas que también hacen hombres a los hombres.

-William Faulkner escribió: «entre la pena y la nada, elijo la pena» -dijo el Negro, alzando los brazos y estirando el cuerpo desde la silla-. Nosotros también elegimos la pena, ¿no?

-Mientras sigamos aquí adentro creo que sí, aunque no tuvimos posibilidades de elegir. Yo, por lo pronto, no elijo la nada, mucho me queda por hacer, además, aquí la pena está impuesta más allá de su sentido jurídico... ¡¿A quién le importa la cantidad de años de condena?! Ése es asunto de ellos, no de nosotros.

-Es verdad, y Faulkner no lo escribió pensando en. la punición legal, sino en aquel estado de letargo íntimo donde tenemos la posibilidad de elegir entre eso y nada.

Mauricio ríe y fuma lento. Torna la taza, el café ya está helado. La deja sobre la mesa y apaga el cigarro.

-La pena no es siempre. Es a ratos. Pero cuando eliges

la nada, ésta es para siempre; al menos así estoy bien. Aún conservo una cierta similitud con las cosas de afuera.

-Bueno, entonces eliges la pena y no la nada -responde el Negro.

-Aquí todos elegimos la pena, pero no es lo mismo que resignación... Supongo que todavía algunos eligen. A los que eligen les queda algo de autonomía, decir ‹no› también es una manera de elegir.

-Quedarse callado, también -contestó el Negro-. La pena es quedarse callado, y yo pretendo no morir jamás. Espero conservar por siempre mi categoría de vivo, aún viviendo callado, que es lo mismo que decir viviendo con pena.

-¿Por qué dices eso? -preguntó Mauricio.

-No sé, sólo sé que no quiero morir jamás.

-¿Y quién mencionó a la muerte en todo esto?

-Nadie, creo, pero no es necesario nombrar a la muerte para sentir que nos vamos a morir en algún momento.

-Ah, ya no entiendo las tonteras que dices.

-Yo tampoco, mejor sigo haciendo los planos para ver si funcionan y salimos de esta porquería.

-Sí, mejor -dijo Mauricio, poniéndose una polera y mirando los planos, imaginándose la vista desde arriba para ver si coincidía con los dibujos.

Dibujar los planos de una cárcel dentro de otra no es tarea fácil para alguien que sólo goza de una leve armonía con las manos. La Cárcel de Alta Seguridad, la CAS, se alzaba dentro de otra. ¿Planificado de esta manera o falta de presupuesto? La verdad, no podríamos decir nada al respecto. Lo cierto es que más allá de las razones de índole práctica, resultó ser, de manera simbólica, un encierro dentro de otro. Las resoluciones de Bentham hace doscientos años conservan aún la vitalidad de la adolescencia.

Convengamos que este infeliz realizó las precisiones de orden teórico sobre la nueva manera de mantener a raya a la carroña de esta tierra. Un delirio de grandeza para quedar

como el gran demiurgo en unas cuantas hojas perdidas amarradas a los libros de historia.

-Faltan dos copias del patio nuestro y terminamos -comentó el Negro, mirando a Mauricio-. Están listos todos los planos generales: el de la CAS completo y el de la penitenciaría (cárcel más grande que contenía a esta otra). También está el de Famae y los alrededores de todo el sector. Los específicos de las garitas creo que ya los mandamos ,¿no?

-Sí, pero falta el informe completo de los últimos cambios de las guardias.

-Eso lo hace Muñoz. Esta semana sólo hemos visto dos guardias y no los cuatro de la semana pasada. Ojalá se mantenga así... En todo caso, no creo que sepan nada. Si fuera así, ya habrían tomado las precauciones correspondientes. Un simple movimiento y nos mandan a la cresta.

-Sí, una simple y barata malla cubriendo el patio, y nos cagan todo el futuro -respondió Mauricio.

-¿Cómo, no se ejecutaría la segunda variante en ese caso?

-Sí, pero demoraría por lo menos un año más, y creo que a ninguno de los cuatro nos gustaría seguir esperando.

-Mira, entre seguir esperando todo lo que hemos esperado y no esperar nada, prefiero seguir esperando algo. Es como la pena y la nada -volvió a la carga el Negro.

-¡Otra vez lo mismo! A veces me aburres -se impaciento Mauricio-, pensemos dónde vamos a poner el barretín para esconder los nuevos planos.

-Créeme, yo también me aburro, pero aunque suene cómodo y farsante, yo no pedí nacer. No podría decir jamás ‹gracias padre y madre por haberme dado el don de la vida›. Reitero: esto suena cobarde para muchos, pero ya es un hecho consumado, y siempre buscamos justificaciones para aquello donde ya no hay vuelta atrás, encontramos cobarde todo lo que no nos podemos responder. En todo caso, no hay forma de prevenirse contra la vida. Tal vez, hacer una consulta a todos aquellos que aún no son pero están en vías

de serlo, mostrarles de alguna forma la posibilidad de una opción, pero siempre es tarde, ya están en la vida y una vez vivo es casi imposible desvincularse de ella. La vida es un vicio consumándonos hasta convertirnos en proteínas para los insectos de la tierra -filosofó el Negro, concentrado en las líneas que iba dibujando sobre el papel.

Mauricio no respondió, esperando una propuesta para la consulta práctica del resguardo de los planos. El Negro levantó la mirada y dijo: «Bueno, con lo de los planos no nos quedan muchos sitios, hasta ahora debemos dar gracias por la miopía de los pacos que no encuentran nada».

-Qué más da si encuentran un par de planos, mientras no tengan más información -dijo Mauricio, observando el entorno de la celda y prendiendo otro cigarro-. Todos los presos de la tierra piensan en fugarse; la hipótesis que ellos mantienen es que de aquí todos quieren fugarse al estilo cavernícola, a lo que venga, saltando rejas y dejando cuerpos regados por todos lados, el que sale, sale.

-¿Y quién dice que no tienen más información sobre lo nuestro?, podrían tenerla perfectamente y estar esperándonos.

-Sí, podría ser, pero todo indica lo contrario... afuera se han hecho las cosas de manera muy cuidadosa, y aquí adentro nos hemos preocupado de que nada se filtre, hemos proyectado una imagen patética de crisis (que no deja de ser cierta), pero es una crisis de un orden determinado, lo que no quiere decir que nos vayan a dejar podrir en el cementerio. A fin de cuentas, supuestamente, no estamos en condiciones de emprender algo exitoso, sino sólo desesperado... por tanto, la hipótesis de la salida cavernaria se les hace más factible, para eso toman medidas y, en rigor, no afectan de manera determinante lo nuestro.

-Quién sabe, viejo, las intrincadas maniobras de la inteligencia podrían dictarnos lo contrario, es cosa de recordar lo que sucedió cuando se realizó la fuga del diez de octubre.

-Eran otros tiempos, tan negros como tú -alegó Mauricio-. Me pregunto ahora: ‹¿En qué se basó la labor de inteligencia y los triunfos sobre nosotros en ese periodo?›. Imagino que, principalmente, en la delación, el fácil trabajo de entregar a los tuyos por unas monedas y algo de supuesta seguridad. La traición es tan probable como el amor, a fin de cuentas, las separa sólo el tiempo y la oportunidad. Tu más cercano siempre puede ser el más amado o el que te traiciona con más remordimiento, pero en última instancia lo hace igual, ¿qué los diferencia? Pues nada, son atajos hacia un mismo sendero... y digo senderos porque no hay caminos centrales, además, tú deberías saber muy bien eso. Si mal no recuerdo, tu estadía en este paraíso se debe a eso.

-Ahórrate los recuerdos, hoy tienen muy poca información... Para ellos estamos muertos -concluyó el Negro-. En realidad, son puras especulaciones nuestras -agregó.

-Pero, en definitiva, de eso se trata la inteligencia: especular con el no saber del otro, transformar su desconocimiento en un conocimiento equivocado. La inteligencia es un juego de verdades a medias -especuló Mauricio-. Bueno, ahora busquemos un barretín para los planos, hay que evitar que terminen con nuestra esperanza.

Ambos callaron, retornando al silencio, buscando un sitio para esconder la esperanza. La postergación de la vida encerrada hace más aguda la posibilidad de pensar lo impensable.

Cada uno evoca en palabras, en cada momento, el pequeño sueño de enumerar bajo un árbol las incontables noches, marcándolas sobre la tierra mojada y reírse de ellas. ¿Olvidarlas? Imposible, sólo para alejarse de ellas como de un virus mortal.

La Cárcel de Alta Seguridad comenzó a construirse hacia finales del año noventa y dos. Fue creciendo grande e invulnerable al interior de otra cárcel. En uno de sus sitios abandonados se alzó por sobre las cabezas de aquéllos que serían sus nuevos habitantes.

No hay que pensar demasiado para buscar las causas del por qué se construyen, simplemente son necesarias para todos los que dominan. Se hacen urgentes siempre, nunca bastan las ya construidas, siempre se requieren más y más. Si fuera posible construirían una ciudad convertida en cárcel, albergando a todo el mundo, cualquiera sea la falta, el pequeño delito o la gran monstruosidad. No hacen falta causas de orden social para ellas, tampoco hombres que las llenen. Las cárceles son así desde sus inicios hace doscientos años, como dice Foucault. Una muestra concreta de poder grandioso, la gran advertencia, el grito fuerte y relleno, robusto y nunca agotado donde los desgraciados mantienen su lugar, para que no olviden la casta a la cual pertenecen, resignándose a perecer con la inmundicia del rebaño, teniendo presente diariamente la amenaza de concreto frente a ellos. En las cárceles, que sigan los presos demostrando y viviendo su estado de pobreza máxima, raquítica, y que no dejen pasar por alto jamás el estado larvario de sus vidas, ya que siempre serán la amenaza a la comunidad, la ofensa para los inocentes. Principios fundamentales éstos para cualquier cárcel. Sin ellos, no sería más que una institución de beneficencia. Pues bien, así fue construida la Cárcel de Alta Seguridad... la presencia de la tecnología para un buen rendimiento fue un elemento adicional que no faltó. Cámaras por doquier, micrófonos de escucha y un centenar de porquerías más la hacían eficiente y temida. El ejemplo que debía propagarse por todos los territorios, tragando infelices, el modelo del Estado, la gracia de la nación libre y soberana defendiéndose de sus bestias tan necesarias.

Honorable y reluciente, fue inaugurada un día de febrero del año noventa y cuatro. Rellenada a la fuerza con cerca de un centenar de jóvenes que pretendían (al alero de su esfuerzo recubierto de pólvora) cambiar la vida... digo cambiarla y no transformarla.

Ya llevaba tres años de funcionamiento, sus paredes comenzaban a perder la pintura y los baños se cubrían con

pequeños hongos. Los que llegaron aquel domingo de febrero por la mañana aún seguían ahí, en particular estos dos que han estado hablando en la celda y que, según sus posibilidades legales, jamás habrían de salir de ella.

-Podríamos dejarlos como una página de libro dentro de un libro -dijo Mauricio- ¿Quién va a buscar papeles en un libro?

-Simplemente los que busquen papeles -contestó el Negro, subrayando la obviedad-, debe ser un lugar cómodo y seguro hasta que llegue el momento de retirarlos para su envío, un lugar que sea realmente un escondrijo impensado.

El Negro hablaba mirando las murallas en busca de algo que se asemejara a un escondite, de vez en cuando pasaba una mano por la superficie lisa de la pared que separaba su celda de la contigua, en otras tocaba los objetos que, de cierta manera, constituían el mobiliario de la celda, hasta que se detuvo mientras Mauricio seguía en igual actividad.

-Mira, Mauricio, ¿y si los dejamos en la cañería del lavamanos?

-¿Y cómo los recuperamos? De hecho, ¿cómo los metemos, si no se puede abrir la cañería? -replicó Mauricio, pensativo, con sus ojos sobre el retrete del interior de la celda.

-No tememos para qué abrir la cañería, los dejamos colgando al interior de ella, bien forrados con plástico para evitar la humedad, amarrados con un hilo y al otro extremo le ponemos un chicle para poder recuperarlos.

-¿A ver... cómo es eso? -interrogó Mauricio.

-Mira, primero metemos los planos en la cañería, luego los atamos con un hilo negro que vaya desde un extremo de los planos hasta la rejilla del lavamanos... hilo negro para que no se note, y el chicle lo ponemos en la rejilla de la cañería, así sirve de sostén para recuperar los planos después del allanamiento. Además, podemos usar un chicle de menta y le hacemos retoques con pintura verde para que simule ser un gargajo bien pegado a la rejilla. ¿Quién se va a atrever a

tocar un gargajo verdoso? Me parece, además, que les podemos dejar un cebo.

-¿Cómo?

-Sí, démoles un premio... unos documentos del Frente por ejemplo, encima de la mesa, para que se vayan con algo entre las manos y no se pongan meticulosos.

-Hey, los estás tirando muy para arriba. Es mejor sobreestimarlos que mirarlos a chinches -argumentó Mauricio en ese argot carcelario que tarde o temprano invade la expresión.

Eran las diez de la mañana, el calor comenzaba a molestar y el sol abandonaba la celda. Los ruidos provenían de las otras celdas, la música se mezclaba en diferentes volúmenes, las rejas se cerraban y abrían sin dejar otra posibilidad al pensamiento y al recuerdo más que la certeza de que aquello era una cárcel. Una conjura del tiempo y la razón contra todos los que vivían ahí dentro.

Esta cárcel es diferente para todos, cada cual le asigna un significado distinto. Se diría que esta cárcel es neutra y se valida como un hecho determinado, según el individuo que la soporte.

Destino. Culpa cristiana. Relación mística con el devenir. Consuelo por el pecado cometido o un mal trazo en el plan científicamente resuelto con las leyes de la dialéctica. Karma no resuelto en otra vida. Ira de los dioses. La respuesta de una derrota. La agudización del enfrentamiento entre clases. Plan estratégico de tomas de cárceles para socavar el poder disciplinario en su más desnuda expresión. Mala raja y todos sus derivados en los restos que surgieron de los escombros del castellano de Castilla. El resultado de una opción que siempre estuvo presente. Lo absurdo de la vida y su similitud con el mito de Sísifo para los más apega-dos a la tradición griega. Para los modernos, solamente una muestra de la diversidad social. El fin de la historia para los más picantes. Para los posmodernos nada importa porque ellos lo aguantan todo. Para los tradicionalistas, la oportunidad de acre-

centar las contradicciones mediante la validación histórica de una nueva clase en ascenso: «elpresoletariado», la que mediante un bloque cultural armado se haría del poder total para la fundación de una canocracia, el gobierno de los ex convictos. En fin, los hechos neutros se pueden significar de distinta manera.

Desde la puerta azul y gruesa de la celda se asoma otro preso. Deja entrever sólo su cabeza, cabello castaño claro y una cara redonda con piel bastante pálida. Ojos grandes como de alguien al borde del colapso, como si esos ojos dijeran la última palabra de desesperación, ‹tenía alrededor de veintiséis años, de los cuales los últimos dos los llevaba dentro de la cárcel. Había sido algo así como la última gota del vaso de una organización que iba pereciendo con los días. Prófugo, viviendo al interior de una camioneta durante meses, recorriendo lugares para dormir y depositar su embrionaria y ceremoniosa miseria. Cercado como un conejo, no podía ver a nadie. Por las tardes se miraba en los espejos de la camioneta y fumaba lentamente un cigarro. Así pasó los últimos nueve meses, esperando que un día lo atraparan y le pidieran cuentas por lo que encontraba justo. Lentamente, se fue cansando y olvidando de todo, hasta que lo encontraron en la casa de su madre cuando le fue a pedir dinero para seguir escapando. Fue todo muy rápido, decía cuando relataba su caída, «entraron por una ventana y por las puertas, no hice nada, quizá los estaba esperando».

«Faltan dos para la pichanga», decía dos años después. «¿Juegan? Son cuarenta y cinco por lado y tres pa› tres, tenemos pelota nueva y un sol maraco que no va a dejar a nadie parado».

Los de la celda se quedaron mirando entre sí, hasta que el Negro accede: «Yo voy. Total, tengo la tarde libre, el sudor tranquiliza el encierro, dicen».

-Es en la tarde, ¿no? -pregunta Mauricio, mirando al que invitaba desde la puerta.

-Sí, a no ser que quieran jugar ahora y secarse como una

pasa. Si no, jugamos a las cinco... No creo que tengan muchas reuniones -agregó riéndose-, últimamente los he visto muy ocupados tratando de arreglar el mundo.

-Pura política, loco, pura política -respondió el Negro haciendo un signo de paz con los dedos-. Nos han domesticado, nos han arriado al reinado de la resignación y no hay nada mejor para la resignación que hablar del pasado.

-Por eso será que aquí todos hablan del ayer... y qué mejor que hacer ese ejercicio de manera sistemática o darle un ritmo a modo de reunión, ¿verdad?

-'Ta bien, yo voy, pero jugamos como corresponde -dijo Mauricio, tomando un par de vendas desde su bolso y depositándolas encima de la mesa, dirigiéndole una sonrisa al de la puerta que ya tenía todo el cuerpo al interior de la celda.

-¿Cómo es eso de ‹como corresponde›? Explícate -preguntó el organizador de la justa deportiva.

-Quiero decir que pisemos bien la pelota.

-¡Ahh! se me olvidaba que estoy invitando a Maradona, la cárcel no cambia a nadie.

-Nunca tanto pero por ahí, ¿no? -respondió Mauricio mirando al Negro.

- No sé yo... no soy confesor de las habilidades de nadie -repuso éste.

-Actúa como compañero de celda -reclamó Mauricio-, acuérdate que estamos en el mismo equipo.

-Eso se verá cuando empecemos a jugar, nadie va con los equipos cortados -interrumpió el otro preso, riéndose y luego saliendo de la celda-, abajo nos vemos ¡¡Maradona!! -gritó ya desde el pasillo.

-Vamos a jugar suave Negro, ¿no?

-'Ta claro; no sería ninguna gracia andar volando con una pierna enyesada.

-Ninguna gracia, ninguna gracia -repitió Mauricio, bostezando y abriendo los brazos-, ahora sólo nos queda esperar una cosa.

-¿Cuál?

-Salir para siempre de esta tontera en que caímos. Pero, bueno, ahora hay que prepararse para la pichanga de la tarde -sentenció, tomando su reloj y confirmando la hora-, por ahora, voy a dar una vuelta al patio, hemos estado demasiado encerrados.

-¡Ja! -se burló el Negro, encogiéndose de hombros-, como si no estuvieras encerrado allá abajo en esa caja de fósforos... pero en fin, cada cual con sus fantasías, ¿no?

Mauricio bajó con un papel doblado en cuatro partes entre sus manos. Se sentó en una de las sillas del patio como esperando una cita programada con antelación. Se sacó la polera y permaneció con la cabeza volteada hacia el cielo, sintiendo el calor del sol en el rostro

-Bueno, aquí estoy -le dijo repentinamente el Lobo, muerto, a Mauricio.

Mauricio miró hacia el lado y lo encontró arrodillado.

-De tanto llamarte apareciste.

-Por algo será, viejo... Aquí me tienes, y te aclaro que no es de mi agrado meterme en esta cárcel, tú ya sabes que cumplí mi humana cuota de encierro en otro tiempo.

-¿Quieres decir que todos tenemos una cuota necesaria? -preguntó Mauricio.

-Los hombres están hechos a la medida de su resistencia.

-Ya, Lobo, te llamé para que nos ayudes.

-Le están pidiendo ayuda a un muerto, eso es raro, ¿no te parece?

-No -respondió Mauricio-. Todo vale para que salgamos de aquí.

El Lobo rió, pensando en su fuga accidental desde la cárcel pública.

-Bueno, ¿qué quieres que haga?

-No es nada difícil, sólo entrégale esto a Emilio.

-¿Al chico?

-Sí, debe estar por estos lados, búscalo y le pasas esta carta.

-¿Qué dice la carta?

-Nada importante, sólo algunos antecedentes para lograr salir de aquí luego.

-Está bien, apenas lo encuentre se la paso -accedió el Lobo-. Mauricio, ¿y tú, cómo has estado?

-Más preso que la chucha -respondió Mauricio, mirando a sus costados.

-Ahora me entiendes... lo que te escribía cuando estaba preso y te decía lo que se sentía.

-A veces hay que mascar más de lo acostumbrado la carne muerta para poder vomitar, Lobo.

-Bueno, me voy, espero la respuesta del enano y te vengo a visitar de vez en cuando.

El Lobo se levantó y caminó hacia los baños, desapareciendo entre ellos. Mauricio lo siguió con la vista y luego se paró, pensando en el encierro.

Por la tarde se dieron cita en el patio para la realización de la pichanga. No era mucho el espacio del cual disponían. Fueron inventando el juego de a poco, en la medida en que descubrían nuevas técnicas y leyes que dieran origen a una variante carcelaria de lo que conocemos como baby fútbol. Disminuyeron el número de participantes en los sucesivos cotejos, redujeron las cortapisas de orden normativo que demoraban la rapidez del encuentro, debido a las características espaciales de la cancha. Instauraron una nueva arquitectura para los pórticos, en los cuales se debía introducir el balon, utilizando para ello las mesas del comedor. En. cuanto a las actitudes punibles dentro del campo de juego, mantenían su carácter universal. Se sancionaba la violencia y el mal espíritu deportivo de los participantes.

Era un sistema autorregulado que no daba paso a un

mediador entre las partes. Se confiaba profundamente en el buen criterio y ausencia de bajas pasiones para una armónica actividad deportiva. Naturalmente, como en todo orden de cosas, no faltaban las almas pecaminosas que abusaban de esta dinámica autorregulada e imponían su criterio haciendo alarde de un volumen de voz más fuerte o de una capacidad física por sobre la media participante en el cotejo.

Fue una hora y media de juego, dividida en dos tiempos de cuarenta y cinco minutos. Inenarrable resultaría ahondar en los detalles de la pichanga cañera. No habría figura retórica capaz de conjugar los avatares emotivos y pasionales, sin desmerecer la inusitada violencia que puede engendrar una actividad que a simple vista está fundada en nociones de convivencia. Las caras destrozadas por el rojo del sudor.

Mientras jugaban y debido al estremecimiento y al rigor, se fueron acumulando dentro del comedor no menos de media docena de presos que observaban el encuentro. Parecía un encuentro capital, situación que sirvió para el intercambio de comentarios acerca de otras cosas totalmente desligadas del encuentro deportivo.

El día terminó como todos los otros días. Las puertas de las celdas comenzaron a cerrarse alrededor de las diez y media de la noche, hora en que los gendarmes se pasean por los pasillos sin decir nada, mostrando sus caras de molestia; ésa es, quizás, la única herramienta que poseen ante una situación que pocas veces pueden controlar, y es aquello también lo que les permite hacer valer lo que les han enseñado en la escuela de su institución, cuando un oficial de gendarmería los arenga, señalando que en la nueva cárcel «nosotros somos la autoridad». Palabras que se fueron destiñendo ante el simple y banal hecho de no poder cerrar las puertas de las celdas a la hora del reglamento.

Pero aquella noche Mauricio y el Negro ya estaban con su puerta cerrada, al igual que Pablo Muñoz y Patricio Ortíz. Ellos no querían provocar problemas.

Manuela:

Éstas son las primeras líneas que logro escribirte, no por la imposibilidad de haberlo hec*ho antes, sino por la simple razón de que estoy vacío. Esta situación me destrozó él alma y simplemente no podía articular pensamientos para traducirlos en palabras, porque, ¿qué son las palabras sino una compleja y arbitraria representación de los pensamientos, de mis pensamientos, pensamientos que hoy tengo en descomposición por cuanto esta realidad, esta celda y las otras, me golpean y agotan en cada momento que miro hacia atrás, hacia cada segundo de mi pasado? No lo digo en un sentido de arrepentimiento, sino en el de comenzar una etapa, inconfesablemente, sin determinación.*

El encierro, este dulce y tormentoso invento del poder. Esta verificación de que somos sólo la posibilidad de convertirnos en unos seres sin identidad. El encierro permanece aquí, en el tacto de mis manos planeando sobre la superficie de las murallas›, está en la puerta que abren los guardias que, como una cifra, un guarismo numérico, nos convierte en una estadística del cómputo cotidiano.

Jamás pensé que la frialdad pudiera tener una representación tan concreta; es la imposibilidad de expansión de mis articulaciones y de mis voluntades, o mejor dicho, un acotamiento del rango de mi corporalidad, una disminución de mi no por venir. Este será un largo combate por mantener mi universo de aquello que no quiero hacer o aceptar, como los hombres de espíritu gregario a través de la historia.

En los días que estuve en el período de incomunicación, esa constante herramienta de presión que en algunos cobra un alto precio, tuve un sueño, o quizás fue una pesadilla, porque existe una diferencia capital entre estas dos formas de liberación meridiana. La pesadilla golpea cuando la vida es espoloneada por la realidad y el sueño siempre está ahí, se desenvuelve como una madeja suave y no con el espanto tan propio de la pesadilla que activa todo aquello de lo que escapamos, como nuestros pequeños desperdicios y las recurrentes frustraciones.

Recuerdo, al hablar de esto, mis pesadillas de joven. Pesadillas

relacionadas con el oculto y nunca expresado erotismo que siempre me atrajo hacia mi abuela. Mi eterna frustración, jamás poder decirle directamente que la amaba, no como su nieto, sino como él proyecto de hombre que comenzaba a ser.

Años viviendo junto a ella, mirando sus movimientos de dinosaurio desahuciado, viendo cómo se le caían los dientes, y yo sin poder decirle «mírame, habla conmigo de tu muerte que tanto te ha quitado, besa estos pequeños labios que también son de tu tribu».

Manuela, cada mañana la espiaba para penetrar en su cuerpo mientras ella se vestía con la lentitud de una condena, le veía el rostro surcado por los canales del agotamiento, sus pechos olvidados y sus nalgas privadas de toda juventud, pero eso era lo que amaba, eso era lo que yo deseaba con la calentura imberbe de mis trece años.

¡Cuántas veces me masturbé recordando su textura ajada! Recuerdo cuando ella *me bañaba por las tardes de invierno y recorría mi pequeño y obsecuente cuerpo con sus manos, sólo atinando a resistir el impulso oculto de mi inminente erección. «Tienes un pene de niñito», me dijo una vez, corrí desnudo y atrofiado por la angustia de no poder llenar las expectativas sexuales de aquella mujer que yo admiraba. ¿Por qué la admiraba?, quién sabe, Manuela, tal vez por esa heroica resistencia al tiempo que yo adivinaba en su cuerpo y en sus emociones.*

Manuela, perdón por decirte todo esto, pero es demasiado él recuerdo que aflora en estas circunstancias, es como una vuelta a un núcleo olvidado, un retorno a lo que el ruido y la acción nos niega cada vez que nos vestimos con identidades diferentes.

Bueno espero que estas líneas te hagan retornar a una nueva normalidad, basada en este encierro que tú también comienzas a asumir, porque no solamente soy yo él del encierro, sino el conjunto de seres que me aman, quienes también comienzan esta travesía desde un universo diferente, aunque anclados a esta profunda pesadilla.

Siempre amándote

CAPÍTULO IV

Sudoroso y antiguamente confiado, Emilio siempre soñó con los muertos. Los veía caminar y recorrer los mismos lugares. Los sentía moverse sigilosamente tras la huella que iban dejando sus pasos, se sentaba con ellos en sitios comunes charlando de cosas inútiles, de causas perdidas y derrotas con marcas de dolor.

Hablaban de mujeres compartidas y de muertos que nunca volvieron porque nadie los recordaba, porque simplemente se murieron en su propia muerte, o se extraviaron como una pequeña gota en el océano.

Emilio permanece sentado en una fuente de soda en avenida Macul con avenida Grecia, esperando a dos hombres con quienes habrá de definir cuestiones de trabajo. Hablar de cómo hacer las cosas rápido y bien, hablar de no dejar rastros innecesarios y revisar lo que han hecho hasta ese momento.

Son las doce del día. Está bien vestido, bien peinado, como aguardando a una novia. Nervioso y preocupado por la espera, recorriendo con los ojos el trayecto de aquellos que caminan por la calle, pasando su mano por la superficie de la taza, para luego dejarla caer sobre su pierna en constante movimiento.

Zapatos lustrados por la mañana antes de salir de la casa, el lugar que lo cobijaba de temores y desvergüenzas, donde una señora de congénita vejez le preguntaba todas las mañanas cómo podía vivir de esa forma, sin familia y sin lugar estable, a lo cual Emilio siempre respondía lo mismo: «No es tan difícil como parece, hay que ir olvidándose de uno mismo», y terminaba recordando a su antigua novia.

Su tono de respuesta siempre estuvo amparado por una indómita desesperanza que lo hacía suspirar en silencio y permanecer con los ojos entornados sobre las murallas de aquella casa de techos altos como un cielo sin fin.

El lugar que habitaba tenía un olor antiguo dado por la humedad, el piso de madera y escalera con pasamanos clásico, la pintura ajada y mal cuidada, poseía un jardín seco y unos cuantos árboles de aridez premeditada. El frontis de la casa se caía a pedazos cada cierto tiempo, dejando los restos esparcidos por la vereda, provocando el continuo reclamo de los vecinos.

Su dueña, la señora Nora, vieja colaboradora de tiempos anteriores, olvidada como tantas, alta y espigada como una vara seca, nunca les prestó demasiada atención, remitiéndose siempre a recoger los pedazos de casa con una pala, para después amontonarlos en una esquina de su antejardín. De voz suave y ojos claros, que en algún tiempo, antes de los días de soledad que soportaba, atraían a sus pretendientes. Pero Nora ya no tenía pretendientes, sino cuatro perros de dudosa raza que la seguían como fanáticos religiosos hacia todos lados.

La tarde que Emilio la conoció, quedó prendado de los ojos de la mujer y de la enrarecida delgadez de sus manos que se desplazaban como mariposas al vaivén de sus palabras. Se sintió extraño, intruso, hablándole a esa mujer que veía por primera vez en la vida. Sus palabras, algo nerviosas, se tropezaban ante la mirada fija. Aquel día le entregó una carta escrita por «Salvador», en que le pedía un espacio de alojamiento para este extraño de baja estatura que ahora estaba ante ella. Después de doblar la carta en silencio y sin demostrar sentimiento alguno, Nora subió hasta el segundo piso de su casa y ordenó una de las habitaciones, luego bajó haciendo crujir los escalones y dijo, mirando a Emilio: «Yo pensaba que ya no existían».

-La mala hierba nunca muere señora Nora, -contestó él, más relajado.

Desde ese día de noviembre, y durante varios meses, Emilio adoptó la casa de Nora como su refugio.

—»Es una buena casa para lo que queremos», le dijeron a Emilio cuando, junto a «Salvador» y «Chele», en septiembre de ese año, redactaron la carta para que Nora asumiera la estadía de Emilio en Santiago.

Era una casa que servía, además, para no levantar sospechas ante ojos auscultadores. Esto, en un tiempo en que todo se mira y se dice y se percibe por los disfraces. Pero esta casa no puede tener disfraz ya que es muy vieja, en un barrio viejo y habitada por una vieja. Las cosas antiguas y viejas no pueden ocultar su esqueleto, no pueden disimular lo que son, se podría decir que son dueñas de su autenticidad.

Al margen de todo, los viejos y sus cosas se van muriendo con obstinada seguridad, una clave inútil, por cierto, pero necesaria para morir en tranquilidad.

Los viejos, en general, son personas que cuando asumen ese estado avanzado de tiempo, permiten que aflore en ellos la honestidad como una forma de arrepentirse de todo aquello que no lograron hacer por cobardía o simple desinterés. Volcados durante vidas enteras hacia la consumación de idioteces y banalidades, cuando están ahí, al filo de ya no ser nada más que restos adornando la tierra, se desbordan en arrepentimientos. No se trata siquiera de arrepentimientos para con ellos, sino respecto de los que quedan en la tierra, escuchándolos antes de que callen para siempre. Empecinados mil veces en dejar una buena impresión, no dejan más que imprecisiones cuando no queda nada por hacer. La vida ya se ha ido.

Emilio sigue esperando. Paciente y previsor, toma su café, lo mira, lo revuelve una y otra vez, recuerda sus antiguos encuentros con otros hombres y otras mujeres en ese mismo sitio donde ahora está. El lugar no ha cambiado mucho, las señoritas que lo atienden todavía usan esas ajustadas falditas, y persisten las cómplices sonrisas hacia los clientes. Es como un viejo prostíbulo de miradas. Pero está ahí desde hace mucho y ya es parte del entorno de ese barrio, un apéndice de su identidad, desde los tiempos en que en esos lugares se lanzaban piedras y se levantaban barricadas; cuando estudiantes diestros en el arte del lanzamiento de la piedra las emprendían contra las fuerzas del orden. «De eso hace mucho», pensó Emilio, «fueron tiempos entretenidos».

Mira su reloj y da vuelta la cabeza para ver si se acercan sus invitados, se toca la cara buscando alguna imperfección en la afeitada y se saca los lentes para limpiarlos, da el último trago a su café y llama a la chica que lo atiende.

-Dígame señor, ¿desea otra cosa?, -pregunta la mujer, hablando suavemente.

El cabello negro y corto, una figura esbelta que hacía sobresalir sus tetas y su culo de manera estrepitosa, piernas contorneadas envueltas en pantis negras y zapatos de taco alto, un pequeño delantal color blanco amarrado a la cintura destacaba por su inutilidad.

Se sabía rica, deseada, imaginada desnuda y con la boca jadeante por los concurrentes al boliche, coqueteaba con repartidores montados en camiones de gaseosas y cerveza que acudían semanalmente a dejar sus productos. En buenas cuentas, una zorra consciente de sus atributos sensuales. Los explotaba con delicadeza, tenía perfecta noción de cuándo mover el culo y cuándo no.

Ante la sexualidad humana y animal cae todo, sistemas cognoscitivos completos, morales de toda época cultural. En buenas cuentas, la sexualidad, el canibalismo y la muerte, son los únicos estados en que emerge la igualdad perpetua del hombre. Es ahí, solamente, donde los hombres se pueden mirar de igual a igual, descubrirse tan morbosos y fétidos como sus pares.

Ella hablaba remarcando las eses, como si patinara sobre determinadas letras de sus frases.

-¿Cómo te llamas? -pregunta Emilio, mirándola por todos lados.

-Me dicen Lili, pero mi nombre es Liliana, ¿A qué vendría su pregunta?

-Nada, sólo curiosidad, me gusta saber, el nombre de las personas.

-Es curioso el señor.

-A veces... Pero dígame una cosa, Lili, el barrio parece más

tranquilo que antes, ¿verdad?

-Sí, gracias a dios se tranquilizó. ¿Sabe?, cuando aquí comenzaba el desorden provocado por los estudiantes... con sus piedras y con las bombas lacrimógenas de los pacos, esto era insoportable. No se podía ni respirar. Ahora parece que se tranquilizaron y hace bastante tiempo que ya no pasa riada. Sólo a veces aparecen algunos acelerados, pero ya no es tan grave como antes. Es que, claro, imagínese, ya salieron de la universidad los que antes peleaban con los pacos, cada vez son menos.

-Se volvieron viejos -señala Emilio.

-O a lo mejor ya no tienen por qué pelear con los pacos -responde ella, mirando hacia la calle-, yo nunca entendí por qué peleaban si tenían la posibilidad de estudiar y ser profesionales con futuro.

-Quizás de puro aburridos, Lili.

-No pues, cómo alguien va a pelear con los pacos porque está aburrido... Yo cuando me aburro veo tele o converso con alguna chiquilla de aquí, pero no se me ocurriría andar tirando piedras.

-Quién sabe, Lili, quién sabe, a lo mejor sí iban a ser profesionales, pero eso del futuro no dependía de ellos.

-Ya, ya... Dígame qué se va a servir.

-Tráeme un café, por favor.

-¿Sólo eso?

-Sólo eso.

La mujer da media vuelta y regresa a la barra moviendo sus nalgas. Emilio la sigue, observándola desde su silla hasta que ella entra en el local.

-No sabía que te gustaban las meseras, enano -le dice Lobo el muerto a Emilio, que sigue distraído mirando a la mujer mientras espera a sus compañeros.

-¡Vaya! Mira, mira quién está aquí -contesta Emilio con cara de sorpresa y asombro ante el encuentro inesperado-.

Ni. más ni menos que el muerto que no se me quiere desaparecer. ¿Dónde estabas, muerto de pacotilla? Te he esperado en todas partes y justo te apareces ahora que estoy ocupado.

-Aparecemos cuando nadie se lo espera, ésa es nuestra garantía de muertos. ¿No te parece? -contesta Lobo, sentándose junto a Emilio en la pequeña mesa del boliche.

Lobo vestía una polera blanca abotonada y pantalones de tela color café claro, llevaba el cabello largo hasta medio cuello y lucía una buena sonrisa.

-Se te ve bien -agrega Emilio, acomodándose en. la silla-, parece que te sienta la muerte, ni siquiera pareces muerto.

-Me ves así porque no podrías soportar mi estado de descomposición biológica; permanezco como me ves gracias a tu memoria, si no, te sería insoportable, enano. Además, cuando te mueras vas a saber lo que es y te vas a dar cuenta de que aquello no tiene nada de nuevo, simplemente es como otra forma de vida.

-También se ponen más agudos, por lo visto -bromea Emilio, completamente feliz de ver al Lobo-, ¿por qué no habías aparecido antes?

-Qué se yo por qué, últimamente no me ando preguntando los porqué de las cosas. Esa es una maña de los vivos y yo ya dejé de serlo.

-Sí, me doy cuenta.

-¿A quién esperas? -pregunta el Lobo.

-Supongo que sabes.

-Te imaginas mal, maldita costumbre de creer que los muertos lo sabemos todo y que andamos cuidando a los que queremos. Yo ya me morí y mis asuntos de vivo dejaron de ser... ¿cómo decirte? Es como si no me interesaran. Como si nada me llamara la atención ahora que soy parte de las cosas inanimadas. Dilo como quieras, estoy libre, enteramente libre de todo lo que me constituía como ser vivo. En otro tiempo, en mi tiempo de vivo, quizás hubiera visto con asco y desprecio lo que soy ahora y aquello en lo que estaba en

vías de convertirme, eso es lo que me define como muerto. Des-conocía realmente la muerte, ¿entiendes? Creo que no, pero ya lo entenderás. Los vivos no entienden la muerte, no comprenden su significado, simplemente la recubren de cosas y artefactos inútiles para mantenerse alejados de ella. Incluso le atribuyen género, como si fuera hembra o macho. Ahora invítame un café y charlemos de lo que estás haciendo.

La gente de alrededor no pensaba que ese hombre recientemente aparecido, tan simple y normal, tan vestido de cosas rutinarias, fuera realmente un muerto, un muerto de hace años, olvidado en la trastienda de un hospital para marginales. Con la simpleza de la ceremonia desgastada, fue cerrando los ojos y se fue lentamente. Pero ahora estaba ahí, vivo a los ojos de Emilio, como una materia constante.

-Ando en la misma de siempre, aunque ahora en algo un poco más arriesgado... Es que el aire y las alturas no son mi fuerte. Ojalá nos resulte bien, de lo contrario, tendremos presos para rato y unos cuantos muertos más -responde Emilio, bajando la cabeza y reconociendo a su viejo amigo tan cambiado por la muerte.

-Por lo que deduzco, quieren sacar a los presos de ese sarcófago.

-Justamente, mi querido muerto.

-Pero eso del aire no lo entiendo.

-Los vamos a sacar volando -aclara Emilio.

-Imagino que eso es una metáfora, ¿verdad?

-No.

-¿Y cómo entonces? -pregunta el Lobo, levantando un brazo para llamar a la muchacha del culo prominente.

-En un helicóptero -responde Emilio secamente, previendo el descreimiento por parte del Lobo.

-Sí, claro, y yo soy la reencarnación de Buda.

Emilio ríe echándose hacia atrás sobre el respaldo de su silla.

-Mira, muerto sicótico, yo no sé nada de tus andanzas de

muerto, pero sí sé que si esto no nos sale como queremos, muy pronto te vamos a hacer compañía... No entiendo por qué se ponen tan giles los muertos.

-¿Cómo quieres que te crea que los van a sacar en un helicóptero si apenas sabes manejar un auto?

-¿Y quién te dijo que yo voy a manejar el helicóptero? -contesta Emilio, algo molesto-, el que lo va a manejar ya está por llegar.

-Ah, los estás esperando a ellos -dice el Lobo con curiosidad-, ¿los conozco?

-¿Qué importa eso? ¿No que no te importaban los asuntos de los vivos? Además, dicen que a buen entendedor, pocas palabras.

-Bueno, quizás exageré un poco... Después de todo, la curiosidad es algo que permanece aun entre los muertos. Pero, estás conspirando conmigo, con el que te dio la ilustración y el apostolado ¿O se te subieron los humos a la cabeza?

-No, nada de eso, pero es mejor mantener la reserva.

-Tú no entiendes nada, te digo algo de mi trascendencia de muerto de modo casi literario y tú lo tomas por simples hechos banales.

-Creo que no los conoces, si es que tanto te interesa. Al menos al piloto creo que no lo conoces.

-¿Y de dónde sacaron un piloto para esta locura?

-Ni idea de dónde salió, yo sólo lo conozco hace unos meses.

-¿Y el otro?

-¿Cuál? -pregunta Emilio, notando que el Lobo ya está interesado en la conversación.

-El otro que va con ustedes arriba.

-¿Cómo sabes que somos tres?

-Sexto sentido de muerto, sólo eso; además, no hay que ser demasiado sensible para sacar la cuenta de que dos es demasiado poco.

-Es una respuesta convincente, te la creo. El otro lleva tiempo y está dispuesto a cualquier cosa con tal de sacar a los presos.

En ese momento, la mujer del vestido ceñido regresa junto a la mesa.

-¿Se va a servir algo el señor?

-Tráeme un café bien cargado y un paquete de cigarros -responde el Lobo, mirándole las piernas.

-¿Sólo eso, señor?

-Por el momento, sí.

Los dos estaban ahí, un muerto y un vivo, conversando de cosas que para muchos no tenían significado alguno. Hablaban seguros de sí mismos, como si la muerte fuera una paradójica expresión de la vida; como si el extraño fenómeno de la muerte fuera la clave de la continuidad de las cosas y de los hombres. La muerte puede ser una utopía mientras permanezca inaccesible, mientras sea un lugar sin realización, aun si la representación de los vivos sobre la muerte se alza como una parcela dominada por la conciencia. Es por eso que este muerto se convierte tan sólo en un prólogo del recuerdo.

El Lobo toma lentamente su café y abre el paquete de cigarros, saca uno y lo prende, mirando a Emilio. Luego, gira la cabeza y mira hacia el mesón, detrás del que atiende un hombre con delantal blanco. El hombre limpia sin descanso el mesón, lo frota con prolijidad y premura, usando un viejo paño oscuro. A ratos levanta la cabeza para inspeccionar el número de clientes que aún permanecen en el local. El Lobo lo aborda con la mirada fija, como si una rancia pena le estuviera tallando los huesos de muerto.

-¿En qué piensas, Lobo? -pregunta Emilio.

-En nada, sólo recordaba el día de mi muerte, mis últimos instantes de vivo. Ahí, cuando sólo te sigue importando la realidad de vivo porque desconoces cualquier otra cosa. ¡Y vaya cómo importa la tristeza para un vivo! La transición que

comporta el estado de la vida que se agota ante la muerte naciente es realmente extraña, pero no hay peor momento que abandonar la vida con tristeza. Sí, ahí en medio de ese hospital con enfermos como yo, asquerosos, descarnados, sucios y solos como perros dejados fuera de la casa. Cancerosos, muertos antes de morir, eso éramos. Un batallón de restos descompuestos. Sabes, finalmente uno se muere solo, la muerte quizá sea lo más individual, pero cómo me hubiera gustado ver la cara de algún conocido y no haber partido con tristeza. Dónde estuvieron, ya no me importa, pero en ese momento sí. Sabía que iba a morir, la enfermera se paseaba junto a mí como un ave carroñera con la única intención de acelerar mi extinción para desocupar la sucia cama. La muerte ahuyenta hasta las más hermosas palabras, hasta los más grandes y pomposos principios. La muerte es la palabra absoluta, enano.

Por avenida Grecia, a unos cien metros de donde se encuentran Lobo y Emilio, se acercan dos hombres.

Caminan tranquilos, sin premura, por la vereda flanqueada de árboles que, para ese tiempo, ya están enteramente verdes. Son cerca de las doce y media. La hora prevista para el encuentro con Emilio.

El tráfico es constante: escolares, universitarios que suben y bajan de los microbuses elevando el nivel de contaminación acústica.

Esta esquina se ha puesto demasiado concurrida, pisoteada, ha perdido lentamente su pedestal de esquina universitaria. Poco a poco el comercio ha ganado espacio, los combates habituales en otro tiempo y el decaimiento de ellos en este tiempo, entre estudiantes y policías, hicieron posible la reanimación de los negocios originarios, atendidos con el desgano de sus propietarios. Pero los desórdenes no murieron del todo, en ocasiones algunos estudiantes salen a tomar la calle por asalto, haciendo del lugar un estrecho campo de batalla. Y así el barrio renace de su letargo para descubrirse como era. Al final de los combates todo vuelve a su curso y

las palabras de toda aquella gente caminando terminan en un sí o en un no. Todo retorna a su normalidad y la abulia los consume.

Ambos caminantes se detienen en la esquina de Macul y Grecia frente a un quiosco y compran el diario, uno de ellos mira hacia atrás, verifica, buscando algo, como si los metros recorridos desde que se bajaron del taxi a una cuadra del lugar del encuentro fueran una excusa para su nerviosismo.

Uno es de contextura mediana, con una incipiente barriga. De rostro redondo y detalles ásperos, más bien opacos y de aspecto simpático. Es de aquellos que caen bien de presencia (aunque sean unas ratas imposibles de soportar), pero este hombre contiene una gracia a flor de piel y deslumbra con historias narradas con humor. Bonachón, se le podría haber dicho en determinada circunstancias. Éste poseía otra cualidad determinante para que estuviera en esa esquina al borde del encuentro con Emilio. Hace años se había convertido en piloto de helicópteros,, realizando todo por consumar un impulso que lo arrastraba desde su niñez.

Su acompañante es un poco más joven, menos aferrado a las actitudes fundadas en rigurosidades ideológicas, sereno y relajado, hábil en los sinuosos caminos del enamoramiento, no muy diestro en la técnica de la guerra. Su presencia más bien responde a su insistencia constante por sacar a los presos de su jaula. Había pensado muchas veces que aquello de las armas se aprende según lo que estemos dispuestos a hacer por lo que llevamos muy adentro, al fin, saber disparar o pintar un cuadro o simplemente escribir una prosa monstruosa y delirante es el efecto de una necesidad de satisfacción.

Él era el mismo que viajó junto a Emilio a bordo del tren que los trajo a Santiago. Dispuesto a enamorar a quien se le cruzara en el camino, hacía de la seducción casi una promesa doctrinaria, pues para él la vida es fútilmente breve, corta y desilusionante si no estamos dispuestos a arder en el camino de nuestra desesperación. Así reflexionó más de una vez.

-Desde aquí veo al Chico, pero está acompañado... No alcanzo a ver bien quién es -dice, alzando el cuello y poniéndose la mano sobre la frente a modo de visera.

-Entonces esperamos hasta que el acompañante se vaya –responde el Piloto, acercándose más al quiosco de diarios y leyendo los titulares, con las manos en los bolsillos.

Emilio está frente al Lobo y de espaldas a quienes espera. Lobo alza la vista y le dice: «Ya, Chico, te entrego lo que vine a hacer. Aquí tienes una carta de Mauricio, la escribió hace poco y creo que te dice algo sobre el plan, cuando quieras responderle me avisas. Al fin, estoy aquí por eso. Mira, enano, otro día nos encontramos. Espero que les salga todo bien».

Emilio, sorprendido, lo mira sin poder decir nada, con la carta entre sus manos.

-Sabías todo desde un principio y me tuviste hablando como un tarado -le reprocha, mirándolo fijamente.

-El silencio también es garantía de muerto -responde el Lobo, sonriendo-, pero bueno, ahora te dejo, enano.

-¿Cómo, ya te vas?

-Sí, pero nos encontraremos nuevamente.

-Ojalá, no alcancé a decirte muchas cosas y te noté algo triste, además debo responder la carta a Mauricio.

-De ahí lo harás, queda tiempo aún y yo no me iré con mis mañas de muerto -respondió el Lobo al tiempo que se levantaba y comenzaba a caminar por Grecia hacia Pedro de Valdivia. Se guardó los cigarros mientras caminaba y suspiró hondo. Su silueta desaparecía entre la gente en movimiento. Emilio quedó recordando los últimos días que alcanzó a ver al Lobo cuando aún vivía. Puso las manos sobre la mesa y miró hacia atrás. Abrió la carta de Mauricio en la cual se alcanzaba a leer: *Espero que hayas llegado bien y sin problemas. Aquí te estamos esperando desde hace mucho tiempo. Ojalá no te sorprendas por quien te entregue esta carta, ya que su presencia siempre viene sin aviso. Te cuento que él será el que nos mantenga comunicados permanentemente sobre lo que*

vayas ¡uniendo en este tiempo. Para responderme sólo tienes que avisarle, y de alguna manera se aparecerá.

-Qué tal, hermano –dice el Piloto en voz baja-, te vi acompañado.

-Sí, un viejo amigo que no veía hace mucho tiempo -responde con la esperanza oculta de que la muerte fuera sólo un artificio de las palabras. Después miró al recién llegado y dobló la carta en cuatro partes para meterla en su billetera.

Los recién llegados se sientan alrededor de la mesa llamando a la mujer. Ella se acerca con su habitual movimiento de caderas haciendo una pequeña finta por entre las mesas. «Dígame qué se van a servir los señores». «¿Qué tienes para servirme?», pregunta el Piloto sonriéndole. Ella le pasa una carpeta café, sonriendo nuevamente. «A mí me traes un café con leche», ordena el Piloto. «¿Y usted señor?», dice ella, dirigiendo sus palabras y toda sus expresiones al Fusilero.

-Yo quiero enamorarme de ti, pero por ahora tráeme una bebida y luego te llamo a ver si quiero algo más -contesta cerrándole un ojo.

El calor chocaba con el toldo sobre la terraza del local haciendo más abrasador el ambiente que parece un pequeño horno. La otra gente bebía cervezas y gaseosas, nadie en ese lugar se tomaba en cuenta, cada cual empollando pensamientos desviados por la temperatura. Hacía un calor casi veraniego que se dejaba caer a plomo sobre los hombres que sólo veían sin emoción cómo transcurría el tiempo.

Los tres tenían familia, pero hacía mucho que no la veían, era así. Algunos se marcharon sin decir ninguna palabra, sin decir por ejemplo: «Me voy». O tal vez: «Es hora de irme porque me buscan». Otro quizás pudo haber dicho: «Me aburre la vida de esta manera tan recta y segura», mientras abría la puerta de su casa para marcharse.

Sin lugar a dudas, una situación de esta naturaleza pesa;

es como subir una cuesta con los pies descalzos y una carga sobre los hombros, un lastre sobre el alma que no permite asumir de forma plena las decisiones adoptadas a lo largo de nuestro periplo.

Cómo desprenderse completamente de todo aquello sin convertirnos en unos bastardos o en unos canallas despreocupados y felices diariamente porque no recordamos a nadie con una angustia demoliéndonos el interior. Ah, como desearíamos una situación como ésa, ser libres de pasado, de lazos y tradiciones. No tener preocupaciones jamás por lo que se dejó en algún lugar. Olvidarse de todo para ser feliz durante algunos segundos. Pero, cierto, la gente es así, quiere volver como un criminal vuelve al lugar del crimen, quiere re-tornar siempre y disciplinadamente al lugar donde lo recuerdan, donde alguien lo espera. ¿No serían las cosas más fáciles si fuéramos olvidados desde el día en que nacemos? Ser un completo granuja olvidado de la tierra y recordado por nadie.

Pero son hombres y en alguna parte los recuerdan, y lo anterior no deja de ser un deseo cobarde.

Alguien guarda fotos de su niñez o diplomas de alguna graduación para mostrarlos y decir todo el tiempo que ha pasado y pocos los han vuelto a ver.

Ellos en cambio poseían pequeños recuerdos en sus billeteras, una carta, una foto, la dirección de algún pariente, algo en suma que les brindara la oportunidad de seguir siendo lo que habían sido en otro tiempo. Ciertas noches los sacaban en soledad, tocaban los lazos, leían las cartas una y otra vez.

Pero era su vida, diría un pariente de mediano criterio dando vuelta la hoja del álbum de fotos y poniendo ambas encima para luego dar un hondo suspiro.

Qué fácil es quebrar ese pequeño desaparecimiento, romper con las manos una soga labrada durante años de ausencia para un día cualquiera aparecer tallado en alguna carta o imaginado en un llamado telefónico y decir «aquí

estoy, pisando la misma tierra que tú pisas, respirando el mismo aire por las mañanas». Volver a ser permanente en el movimiento de los que recuerdan. Una medida sana sería la opinión de cualquier juicio clínico. Pero si uno de estos tres hombres quebrara su silencio o rompiera los vidrios de su secreto, a la par difuminaría la única posibilidad de libertad de esos otros cuatro hombres esperando en una cárcel de Santiago. Es» cosa de prioridades, simple como el agua.

No olvidemos que estos hombres pertenecen a una organización que durante mucho tiempo ha sido perseguida por lo que hace. Porque lo que hacen es la extensión de lo que piensan y no hay pensamiento como tal sin un acto que lo sostenga, al menos cuando de la vida se trata. Es eso, los persiguen y existen todas las formas tecnológicas y políticas del lado de los perseguidores, o al menos se han dado el tiempo de construir esas formas para que estén de su lado. Una cuestión de épocas, de tiempos, de hombres y mujeres, y no hay mejor manera de destruir a un grupo que destruir a los hombres que lo componen. Pero cuando hablamos de destrucción no nos referimos a esa manera grosera de eliminación física, aunque en ciertas ocasiones no faltó este vil ejercicio.

El ingenio y la buena utilización de los recursos y medios para la destrucción estableció un virtual modo de producción para la destrucción, y su transformación no tiene nada que ver con una cierta respetabilidad hacia eso que comúnmente llaman los derechos del hombre, sino por el contrario establecen su verdadero vínculo con una buena administración de los recursos en la consecución de los objetivos. ¿Los objetivos? Simplemente la destrucción de los otros bajo un estado de derecho, la dominación frágil y a la vez efectiva de la voluntad. Todo esto recubierto con cargas ideológicas y políticas construidas con una larga historia de fracasos y buenas intenciones. Así es como en estos tiempos nacieron ilustres delatores y honorables traidores, eficientes funcionarios de la información ajena, traficantes de secretos para el beneficio de un Estado y su seguridad. Es cierto, este nuevo reino moderno

dio muerte a los ancestrales torturadores de aspecto abyecto y hosco, esa imagen de desprecio y malevolencia fue superada por buenos soplones de corbata y arrepentimiento matinal, funcionarios con el éxito de su tarea encomendada.

Muy buenos resultados les dio, al menos por un tiempo. Se glorificaron con pequeñas cosas, se embrutecieron con la construcción de grandes edificaciones mortuorias, miraron con desprecio a los que iban siendo fagocitados por sus cárceles, la gallardía los inundó cuando proclamaban su victoria total sobre los «anormales»».

Por ello, esos tres que están en el boliche concertando una indisciplina suprema no podían comunicarse con los que querían. Imaginen que alguno de ellos rompiera el secreto, imaginen que alguno hubiera dicho yo voy a hacer tal cosa y ese simple rumor llegara a uno de estos nuevos estandartes de la soplonería. Tan sólo eso, y ni estas palabras estarían conviviendo unas con otras en la superficie de esta hoja ni los protagonistas de esta demencia sonreirían cada mañana sin la constante palidez del encierro.

Ciertamente, en aquel encuentro realizado pasado el mediodía no definieron demasiadas cosas. Más bien constataron las obligaciones impuestas anteriormente para sacar la tarea adelante. Emilio, cada vez que tomaba la palabra, era escuchado como si sus frases mantuvieran de alguna forma la coherencia de todo aquello que a primera vista parecía un soberano monumento inalcanzable. Buscaban ardorosamente la mejor forma de hacer las cosas, con celo y cautela para no dejar siquiera un rastrojo de pista a sus futuros perseguidores. Porque había que ver cómo se iba a poner todo eso después del rescate. Mal que mal, lo que se aprende definitivamente en estos, casos es que al final de lo hecho se terminará, indiscutiblemente, escapando una vez más, como siempre, para no terminar de escapar hasta el fin de los tiempos. Se sabía que iban a desvivirse con tal de atraparlos y devolverlos a la jaula, y si por acaso caía otro más en las redes, un inmundo y despreciable subvertidor del orden alcanzado

con años y años de esfuerzo mancomunado por toda esa gente de espíritu noble y abnegado, aquellos gusanillos de seda con bigotes a la bohemia francesa y la cobardía entre las bolas, ¡ah, felices ellos!, lo mostrarían como la nueva el ase de basura que hoy aterroriza desde el cielo.

Mientras menos dejemos algún sello de nosotros sobre los sitios donde anduvimos depositando nuestras intenciones, mejor será para el futuro, mejor dormiremos. Ser, dentro de lo posible, un sujeto que siga respirando, en fin, conservar, seguir siendo sobre la superficie de la tierra, sin rejas.

A veces dudosos, otras completamente convencidos, en suma, a la espera de verse montados dentro de un helicóptero ajeno, sustraído, robado, recuperado o secuestrado... qué más da el verbo que acompañe la acción. El resultado es el mismo, y que se lo llame de una forma o de otra no va a variar la opinión que algunos tengan de ellos y de los que están encerrados. Cuestiones de significado simplemente.

Desde que Emilio y el Fusilero llegaron a Santiago las resoluciones se hicieron más rápidas, el arrendamiento de las casas para la operación se aceleró. Si bien es cierto debían llenar algunos requisitos, no fue mayor problema conseguirlas.

Ese día del arrendamiento se presentó el Piloto junto a un grupo de mujeres sonrientes y dispuestas a mentir hasta el cansancio, repitiendo los inútiles comentarios habituales en la boca de turistas.

Articulaban un extraño grupo entre ellas, una unidad difícil de catalogar sin descubrir las intenciones existentes detrás de todas esas mujeres, gente dispuesta sin ningún tipo de requisito, sin nada que pusiera en duda su cuota. Una raza extinta en estos tiempos, pero se mantenían algunos ejemplares en silencio, a la espera, resguardados durante mucho tiempo con nada más que el recuerdo de la hazaña pasada.

En la tarde de ese día y sin mayor contratiempo, el trato con los dueños fue sellado con sonrisas y una buena cantidad de efectivo en las manos. El dinero siempre termina por

apaciguar los inconvenientes presentados en ese tipo de situaciones. Las casas las arrendaron en la Sexta Región, una en Rapel y la otra en Las Cabras.

El Fusilero mira hacia la barra y ve que se acerca la mujer con una bandeja y los pedidos hechos.

-Café con leche para usted -dice ella dirigiéndose al Piloto-, y gaseosa para usted -agrega, sin mirar al Fusilero-. Cuando deseen algo más me llaman.

Los tres la miran y dejan que hable sola, ninguno dice nada y ella se aleja.

-Hace mucho que estás con la obsesión de sacarlos ¿no es cierto, Chico? -dice el Fusilero con tono pausado.

-Sí, hace bastante.

-Pero no los conoces a todos o sí, inquiere el Piloto.

-No, de los cuatro conozco a Ramiro y al Negro. Los conocí el año noventa, y de ahí en adelante no nos separamos hasta que fueron cayendo.

-Hicieron muchas cosas juntos, por lo visto.

-Sí, -contesta Emilio, riendo.

-¿Es cierto que le dispararon diecinueve veces al coronel Fontaine?

Emilio los mira con algo de recato.

-Creo que éste no es un lugar para hablar de eso y no acostumbro a decirlo tampoco.

-Hey, en unas semanas más tal vez ya no estemos más y eres la única persona que me puede aclarar esa duda -insiste.

-Quizás... pero bueno, si les digo esto es para que ustedes... aunque haya pasado tanto tiempo... se me revuelve el estómago por ese día.

-Dale, dinos como fue, al menos sabremos ciertas cosas que no se dicen por pudor.

Nos juntamos temprano por la mañana con el Negro en una casa que yo tenía. Antes de ese día lo habíamos inten-

tado dos veces y en realidad no nos atrevimos a dispararle. Parecía tan grande, tan espantosamente poderoso, incluso muchas veces el Negro y yo habíamos soñado, en el tiempo que seguíamos al coronel para averiguar su rutina, que le disparábamos mil veces y nada le hacía daño. Terminaba, en nuestros sueños, eliminándonos a nosotros. Nadie podía sustraerse, del pasado monstruoso que tenía este tipo, mas allá de lo que pueda provocar en el terreno de la ira o la rabia, lo primero era el terror que inspiraba. No en vano mandó matar a los profesores comunistas en aquel mes de marzo, luego de secuestrarlos en la puerta del colegio aquel, y vaya, qué forma de matarlos. Abrirles el cuello, torturarlos en medio de la noche. Cierto, lo más probable es que este animal no haya tocado la carne sangrante de sus víctimas y que su papel se haya limitado a dar la orden final en la cadena alimenticia de todos esos lobos, pero, ¿acaso eso lo hacía menos responsable en todo aquel ritual bárbaro desplegado por sus subordinados? Creo que no y al contrario, era el primero en la lista de defunción, al final así fue y me alegro de ello.

-¡Salud por eso!, -acotó el Fusilero.

-Saben -continuó Emilio-, eran verdaderas pesadillas. En las oportunidades anteriores lo habíamos visto salir de su oficina, pero ninguno de los dos dio el primer paso que hay que dar en esas situaciones, era un calvario estar cerca del coronel y no atreverse a hacer lo que queríamos hacer.

Salimos de la casa vestidos de escolares, nos fuimos en taxi hasta unas tres cuadras antes de Portugal, de ahí fuimos caminando. Estábamos aterrados, ninguno de los dos lo decía, pero se notaba. Caminábamos como seres de otra galaxia pensando que todo el mundo sabía nuestras intenciones y que éramos extraños disfrazados de escolares. Pero nadie nos tomaba en cuenta y pasábamos como lo que queríamos pasar. Sospechábamos de nosotros y éramos los únicos sospechan-do. Llegamos a la placita ubicada en frente de la salida de la oficina del coronel. Nos sentamos como a las doce del día y lo teníamos

que esperar hasta su hora de salida, alrededor de la una y treinta. aquella era la hora de su almuerzo.

No se imaginan lo sufrido en esa hora y media de espera. Nos debimos haber visto bastante ridículos disfrazados de escolares. Yo me arreglaba la corbata azul cada un minuto, y no por la presentación, sino porque ya no podía respirar. Ahí estábamos, confundidos entre todos los escolares.

Hablábamos, escuchábamos sus voces, repetíamos cada movimiento realizado por ellos, hasta nos pusimos a pedir monedas para comprar cigarros sueltos. Habríamos hecho cualquier cosa con tal de ser uno de ellos.

-¿Y el Negro cómo estaba? -pregunta el Fusilero.

Exactamente igual que yo, quizá uh poco más callado, o tal vez más atento a su alrededor. Pero siempre recuerdo una cosa que me dijo en ese momento. "Es el tercer día y no nos podemos ir sin matar a ese infeliz". Lo dijo como si nada pasara. Era un odio similar al que yo sentía por el coronel y su prepotencia.

Emilio relataba en voz baja y a ratos miraba a su alrededor, comprobando que no hubiera nadie demasiado cerca. El Piloto y el Fusilero lo escuchaban atentos, devorando cada detalle.

Pero algo nos llamaba la atención y hacía relucir una gota de esperanza de que el coronel no estuviera ahí -continúa Emilio-. Su auto no se veía estacionado en el lugar habitual, incluso lo salimos a buscar y no lo encontramos en otras cuadras cercanas a su oficina. Pero seguíamos ahí esperando como dos cuervos. Fue en ese momento, mientras yo pensaba cualquier cosa menos en la salida del coronel, cuando sale por esa pequeña puerta, acompañado por una mujer de estatura baja y de presencia que no parecía la indicada para sor la acompañante habitual de un hombre como el coronel. Un hombre al cual le apetecen las mujeres de atributos barrocos y facciones desdibujadas por el neón nocturno. Al coronel le gustaban las hembras gruesas y pulas, ‹lisa no era una hembra del coronel›, pensé haciendo uso de la poca capaci-

dad que me iba quedando para reflexionar con coherencia, ya que los veíamos avanzar y en ninguno de los dos se veía la disposición de alcanzarlo.

El coronel llevaba veinte metros avanzados y sólo se le cruzaban escolares, casas y calles urbanas, miraba a la gente buscando alguna conspiración en su contra, buscando en sus ojos lo que seguramente vio esa mañana dé marzo desde su helicóptero cuando coordinaba el secuestro de los profesores. Y tal vez más tarde, uno de sus subordinados le habría preguntado: ¿coronel qué hacemos con los comunistas? Y él simplemente respondió: ¡jÁbranlos hasta que revienten!!

Pero ya empezábamos a caminar detrás del coronel y él no sospecha de nosotros, no sospechaba que íbamos a veinticinco metros tras él. Sentíamos los pies amarrados al pavimento y creíamos no avanzar. El Negro me repite: ‹¡se nos va, es el tercer día y se nos va!›. Yo no pensé nada, sólo me adelantaba a los hechos imaginándome con la pistola en la mano y disparándole, pero eso aún no ocurría. Ya nos estábamos acercando lo suficiente y el coronel se dio vuelta mirando hacia nosotros.

Pensamos que ya estábamos muertos pero el coronel nos hace a un lado con su vista tratando de mirar por sobre nosotros. No éramos sospechosos para él, buscaba al estereotipo y no lo encontró. Suspiramos con el Negro pero aún no hacíamos nada y el coronel ya estaba en Santa Isabel, levantando su brazo para detener un taxi. Se detuvo uno frente a él. Nosotros mirábamos con estupor. Abrió la puerta y dejó entrar a su acompañante, luego lo abordó, cerrando la puerta y subiendo el cristal.

Permanecimos parados en la esquina donde unos segundos antes había estado el coronel. Lo miramos arriba del taxi detenido por una luz roja. Mirábamos hacia todos lados, como esperando la ayuda de alguien que nos dijera: ¡¡Qué mierda están esperando!!

Yo no soporté más y corrí solo hacía la esquina gritándole al Negro que me acompañara, pero no lo hizo y partí con

la esperanza de emboscarlo en el taco de la esquina. Corrí entre personas y autos alrededor de diez metros hasta la esquina y, cuando bajé a la calle, salté por los sonidos de los disparos. No eran de mi pistola, seguro.

Miré hacia atrás y vi al Negro con las dos piernas abiertas y su pistola en medio de las manos. Fue una tronadora espantosa, sólo veía el fuego que lanzaba la pistola del Negro sobre el cristal saltando en pedazos. El coronel hacía un vano intento por desenfundar el arma desde su cintura.

La potencia de la vida enviaba su última señal a los tendones del coronel, una muy antigua fuerza amparada en el instinto que se niega a la noche. El brazo del coronel busca la respuesta de su pistola. Fueron nanosegundos de desesperación y de la pistola del Negro... veo que salen siete tiros más de los cuatro anteriores que habían abierto la cabeza del coronel. Siete cuevas más abriéndose paso en la interioridad de ese cuerpo que ya abandonaba las cosas de esta tierra.

Luego corrí hacia el Negro, pasando al lado del taxi y disparé dos veces sobre el cuerpo del coronel tirado hacia el lado de su acompañante. El Negro me miraba, gritándole a los demás escolares, que no entendían lo que pasaba: ¡ ¡Corran que vienen los pacos!! Vaya qué estampida aquella. Después corrimos juntos mezclados con todos esos escolares. Salimos hacia Portugal y abordamos un colectivo que pasaba en ese momento.

Mientras escapábamos íbamos dispuestos a todo, era como si nos hubiéramos sacado una pesadilla de la cabeza, respirábamos más tranquilos.

Lo único que le dije al Negro fue que lo quería mucho, se lo repetí dos veces, no sé por qué, tal vez lo sentía profundamente en ese momento.

-Eso fue todo, -concluyó Emilio, ante la cara llena de estupor de sus oyentes.

El Fusilero sacaba una cuenta con sus dedos.

-¿Qué haces? -le pregunta el Piloto.

-Nada, sólo sacaba la cuenta de los tiros y no fueron diecinueve, si no que trece, porque once que le da el Negro y dos del chico hacen trece, ¿quién le pegó los otros seis?.

-Nadie, esas son cosas que dicen para agrandar el cuento, -responde Emilio-, vamos.

Se levantan de la mesa y le dicen al Fusilero que pague la cuenta.

-No hay problema -dice él- yo me quedo con la chúcara, ustedes vayan y asegúrenme la vida arriba de esa bestia voladora, que yo soluciono todo lo demás, el futuro del Frente está en mis manos y seré como el profeta Elías. Adiós hijos míos dejadme en la retaguardia del combate -termina su actuación con ambas manos sobre el corazón.

-Ya te quiero ver ese día, a ver si estás con el mismo humor, -le contesta Emilio, despidiéndose con un apretón de manos.

-Nos vemos a las ocho.

-Nos vemos.

Son las trece horas, Emilio y el Piloto caminan lentamente por Grecia hacia Macul. Los brazos descubiertos por el verano, la seguridad de estos hombres no deja de ser un espacio entre sus recuerdos y la posibilidad de la muerte, una nube de creencias, ciega y constante retorciendo las entrañas para llevar el nombre de una guerra olvidada por el tiempo.

CAPÍTULO V

«Morid con el pensamiento cada mañana
y ya no temeréis morir».

Están viendo al camión blindado de la empresa Prosegur que entra suavemente hasta quedar frente a la puerta principal de acceso y descargar el dinero correspondiente a ese día de enero para la caja pagadora del banco en el interior de la universidad.

Observan desde un patio pequeño, siguiendo los movimientos. Llegaron temprano por la mañana, mezclándose entre los estudiantes.

La noche anterior la pasaron los tres juntos en una casa cercana. Antes de salir de ella se miraron con nerviosismo, se ordenaron mutuamente las ropas y se abrazaron como no lo habían hecho antes. Salió primero Pablo Muñoz, con la cara despejada, sus ojos claros y nariz prominente. Tras él iba uno muy parecido, casi del mismo tamaño y color de ojos pero con la nariz un poco menos afilada. Era su hermano Alexis Muñoz, que llevaba un bolso en las manos. Un poco mayor que Pablo, casi nada, una diferencia de tiempo a esas alturas inútil. Cuando ambos eran niños, se podía observar que aquella diferencia era concreta. Alexis, el mayor, guiaba con mano segura a Pablo. Le decía qué debía hacer y qué no, lo regañaba cuando cometía alguna torpeza de niño, lo ayudaba a subir las escaleras del edificio en que vivían y no lo dejaba acercarse a los balcones. Tiempo después, las cosas cambiaron, Alexis empezó una vida bohemia y los desvaríos eran habituales cada fin de semana. Ahora era Pablo quien lo ayudaba a subir, pero ya no tomándolo de la mano sino arrastrándolo hasta el décimo piso, entre risas y quejidos por los golpes contra los escalones. Borracho hasta el infierno, irreconocible, reptaba del brazo de Pablo hasta llegar a su cama donde lo último que hacía era darle las gracias a su

hermano para después acabar con un profundo y violento vómito sobre los pantalones de Pablo.

Siempre estuvieron algo abandonados, lo único que tenían era a sí mismos y a sus demás hermanos. En total eran cinco.

El último en salir aquella mañana fue Fabián. Seguro, de barba, se desplazó casi como un vikingo. De pelo negro y piel blanca. Más joven, quizás un niño. Cerró la puerta de la casa despidiéndose del dueño con una sonrisa.

Pablo y Fabián entraron al Campus Oriente de la Universidad Católica, y Alexis se quedó en la parada de autobuses esperando dar la señal una vez que viera entrar el camión blindado. Ahí estuvo hasta que apareció el camión en medio de la calle. Levantó un brazo como si se peinara y adentro, Muñoz y Fabián se levantaron nerviosos y empezaron a caminar.

Los tres ya están en eso, y la voz de Pablo se escucha antes que el revólver de Fabián apunte al cuerpo de uno de los dos guardias.

-"¡Al suelo, conchesumadre, no se resistan!», gritó Pablo en el hall principal del campus. El suelo brillaba y Pablo vio el reflejo de toda la situación. No hay nadie más que pueda decir lo que ocurrió esa mañana.

Uno de los guardias se quedó quieto, dominado por la sorpresa. El otro corrió despavorido, descontrolado. Al llegar casi a la puerta de salida lo detuvo la detonación del revólver Colt de Fabián. Cayó desplomado, aún con el bolso del dinero aferrado a su mano como si ese simple automatismo servil, que otros llaman profesionalismo, le fuera a hacer merecedor de una sonrisa complacida del patrón.

-Quédate quieto, quédate quieto -le repitió Pablo al otro guardia. Sonaron dos tiros y el guardia, herido en la pierna, cayó gimiendo.

-No me mate, por favor, no me mate, decía, mirándolo con la cara desencajada, mientras Pablo le quitaba el revólver. Fabián lo siguió. Corrieron hacia la única salida, el

camión estaba afuera. Su chofer, al volante, comenzó a lanzar, en un último acto de desesperación, el camión contra Pablo y Fabián que seguían corriendo. Fabián se detuvo al ver a Pablo que disparaba tiros sobre el blindado. En ese momento algo sucedió con el arma de Pablo. «¡No salen más tiros!», gritó. El depósito yacía en uno de los escalones de la entrada principal.

-¡¡Hijos de puta, hijos de puta!!

¿De dónde vienen esos gritos de impotencia? Pablo se dio vuelta y vio a Alexis. Su hermano, el tercero, que iniciaba el cumplimiento de su misión en medio de la avenida Battle y Ordóñez, frente al campus, con un fusil M-16 escupiendo múltiples ráfagas cortas hacia el camión blindado.

Una vez los tres juntos en la esquina de Ordóñez y Regina Pacis, con sus armas en las manos, simplemente se miraron. Pablo colocó un nuevo cargador en su pistola y Alexis daba vueltas junto a Fabián, esperando a un cuarto que nunca llegó y que más tarde dijo con voz trémula de vergüenza: «Me perdí».

También comenzaban a perderse los tres, porque ninguno sabía manejar y era imposible arrebatarle el automóvil a alguien para escapar del lugar.

Cerca de un minuto lo esperaron, y luego Pablo Muñoz dijo: «Vamos caminando separados y a lo que venga». Habló con nerviosismo y con la pistola en la mano. Respiraba fuerte. Sólo quería salir de ahí. Creer que todo era la imagen de una vida pasada.

«Vamos», respondieron. No tenían nada más qué decir porque no había más que hacer, porque los diálogos son mentira en estas circunstancias.

Y caminaron como cuando caminaban de la mano de su padre hacia el colegio. Con una seguridad de media tarde y una desmesura regada sobre sus armas.

No alcanzaron a caminar demasiado pues les salió al paso un furgón de carabineros en la esquina de Pacis y Holanda. Los tres se parapetaron en unos automóviles disparando contra el vehículo.

Todos disparan en un escenario demencial. Pablo cayó de dolor al recibir un tiro que le partió la pierna en dos. Fabián, al ver aquello, dejó de disparar tratando de ayudarlo, pero era imposible. Alexis siguió concentrado en cada tiro, mirando de reojo a su hermano. Le saltaban las lágrimas ante el hecho de dejarlo en el suelo junto a la sangre iluminada por el sol.

Sabemos que Pablo quedó ahí, a pesar de la insistencia de Alexis y Fabián que querían cargarlo, pero él dijo mil veces que no, y los dos corrieron entre los disparos hacia un destino que Pablo desconocía, porque lo que comenzaba a conocer era el miedo de los carabineros, que antes de acercarse le rafaguearon las piernas tras el último tiro que logró dar antes de que se le trabara definitivamente la pistola, como si un negro cuervo desajustara los impredecibles mecanismos de esa inercia.

También sabemos que Alexis y Fabián continuaron corriendo y disparando hasta quedar sin municiones. Murieron en su jardín a manos de carabineros en un espectáculo transmitido a todo Chile por la televisión.

Sangre de verdad y caliente, como le gusta al buen ciudadano respetuoso del pudor y la moral judeo/cristiana.

Así salieron aquellos dos, con la última profecía del 22 de enero de 1992.

Y por cierto sabemos que Pablo sobrevivió, tras seis meses en un hospital de la cárcel. Que debió aprender a caminar nuevamente, y logró aferrarse a una cuerda, cinco años más tarde, para despegarse del encierro. Que supo de la muerte de sus hermanos una semana después, una tarde en que sólo se escuchaban las cerraduras de la Penitenciaría de Santiago.

Lo que viene es materia de otras palabras...

CAPÍTULO VI

-El rescate del rodriguismo pasa por el rescate de los rodriguistas que tenemos encarcelados, -dijo Salvador, levantándose de la mesa y mirando hacia el mar por el ventanal que daba hacia la playa-. Es imprescindible para nosotros y para el futuro del Frente, es necesario para todos los que seguimos en esto, y sobre todo por la vida de ellos. No los podemos dejar morir en el encierro. El problema es saber entender la política y la relación que ésta tiene con los hombres. Con esto digo que nos estamos planteando un desafío de orden fundacional para nuestra organización. Desde un tiempo a esta parte nuestra visión de cómo hacer las cosas no sólo ha variado en esto, sino por sobre todo en cómo pensarlas y abordarlas, desentrañarlas en toda su magnitud. Es cierto, hemos sido tributarios de una cosmovisión particular a la época que pertenecemos, en la cual el hombre, con todas sus interrogantes e inquietudes, se reducía a ser y permanecer en su entorno como un artefacto digno de uso para alcanzar un fin, y jamás nos detuvimos o reparamos en descubrir que el hombre es un fin en sí mismo.

Unidas sus manos tras la espalda, hablaba con tono fuerte, su reflejo en el ventanal era difuso, algo tosco y nocturno. Afuera, el mar se recogía calmo y poca gente se veía caminando por la playa; el sol se escondía dejando un tono rojizo sobre el cielo.

Era el mes de mayo de 1996, el clima se mantenía tibio y la casa poseía escasa ventilación. En la mesa estaba el Chele, conocido por ese seudónimo que tapaba desde hace muchos años el nombre de Juan Gutiérrez Fischman. Al costado, permanecía Emilio, con un lápiz en la mano, dejándolo caer cada cierto tiempo sobre un cuaderno con anotaciones.

Escuchaban a Salvador, observaban sus gestos.

La casa era de madera y grandes ventanales, tenía una

terraza amplia y sobre ella una hilera de maceteros con malas madres y helechos que colgaban hacia la calle, separando la casa del comienzo de la playa.

Al interior había tres piezas con varias camas, un pequeño living-comedor y la cocina con una mesa de diario, sobre la que descansaban tazas y platos sucios y en desorden.

Salvador volvió a sentarse, miró hacia el suelo como queriendo expresar un cansancio de años, como queriendo decir que la derrota es un frío eterno que inmoviliza todo.

-Lo admito -recitó el Chele-, no estamos en el mejor momento ni en las mejores condiciones como para emprender este tipo de operación. Más bien lo único que tenemos son deseos de sacarlos, pero si esperamos un mejor momento lo más probable será que nos sigamos empantanando en esta crisis. ¿Qué esperamos, acaso llegar a desarrollarnos tanto como en otro tiempo o que alguno de los presos termine con la lúcida decisión de hacer algo como en octubre del noventa y dos, y a la larga terminen todos muertos? Esto debe ser rápido y debemos decidir por cuál de las variantes vamos a optar. Nadie en el Frente podría cuestionar una medida como ésta... aun si fracasáramos.

El aire de mayo entraba por una de las ventanas que estaba cerca de la mesa donde se realizaba la reunión, el aroma a hojas segas se dejaba caer, recubría los rostros que se movían ausentes de sincronía, cada uno bajo los hábitos de una vida, cada cual con cierto desasosiego emparentado con los años de lámparas grises.

-Creo que hacemos mal cuando nos preocupamos de lo que dirían si llegamos a fracasar -repuso Emilio, tomando la palabra- ¿Qué más podríamos perder de todo lo que hemos dejado ir, en realidad de todo lo ido o de todos los que se nos han marchado del brazo de la muerte? Lo sé. Mi presencia aquí responde exclusivamente a la entrega de aportes que posibiliten la decisión correcta por parte de ustedes. Hasta el momento me he encargado de recopilar antecedentes sobre la única variante por la cual nos la hemos jugado. Seré

honesto: la verdad es que no veo avances concretos. Ya son tres años de esto y aún no hay nada. Lo único que hemos ido acumulando son papeles y papeles. Creo que lo que plantea Ramiro en sus comunicaciones no tiene nada de inalcanzable. La idea del vuelo es posible en tanto nos pongamos con ella. Muchas cosas absurdas suenan así porque las vemos demasiado lejanas.

-Bueno -contestó Salvador-, las cosas no son tan simples como se plantean. Hay una serie de factores que están en juego. Por lo que sabemos respecto de las demás variantes para sacarlos, está claro que no llegaremos a buen puerto. La variante vuelo por ahora es la mejor, en la historia del Frente nadie se ha detenido porque las cosas aparezcan como inalcanzables. Es más, cuando así ha sucedido nos hemos encargado de refutar los dichos con hechos. El vuelo no será el final sino al contrario, se alzará como nuestro principio para fundar una nueva manera de concebir la política.

Nuestros constantes intercambios con Chele y la contumaz insistencia de Ramiro sobre la posibilidad de éxito en esta variante, dan cuenta de la factibilidad de dicho desafío. Entonces, tomemos una decisión respecto de lo que vamos a hacer, -añadió Salvador, mirando al Chele-. Nuestros mecanismos son limitados a la hora de optar por algo como esto. No podemos recurrir a una elección colectiva porque se tiene que manejar con criterios de índole operativa para administrar todos los canales por donde circule la comunicación.

El Chele se pasó la mano por la cabeza con un lento movimiento y miró al Emilio, luego le sonrió.

-¿Por qué te ríes? -preguntó Emilio.

-No me río, sólo pensaba en cómo solucionar los problemas para sacar esto adelante.

-Igual como lo hemos hecho siempre -agregó Salvador-, con lo que tenemos y con lo que podemos conseguir. Pero insisto, será la mejor variante para trabajar sobre cosas concretas.

-Con permiso -dijo Emilio, abandonando la mesa y caminando hacia la cocina. Sacó tres tazas de un armario y ofreció café a los otros dos-, tengo una duda -señaló desde la cocina-, esto lo hacemos por salir de una crisis o por sacar a los presos, porque creo que no hay discusión posible cuando se trata de la vida de ellos, ¿no?

-Nadie ha puesto en discusión eso -contestó Salvador desde su asiento, mirando a Emilio-, lo que queremos dilucidar es la forma y los mecanismos para su libertad y no la validez de una futura operación, creo que concordamos en eso. Además, ambas cosas van de la mano.

-Yo sólo pregunto... parecía que estábamos pidiendo permiso a alguien para hacer lo que debemos hacer -insistió Emilio, avanzando hacia la mesa-, yo vine acá a aportar elementos para que ustedes elijan una de las opciones existentes para sacar a los presos.

Con el eterno apremio de sus actitudes, el Chele cruzó los brazos y los apoyó sobre la mesa. Estaba sentado con sus interrogantes, masticando el terror de las preguntas, las dudas que incrementan el desgaste de la claridad fortuita y subsumen el derecho de actuar de acuerdo con la propia razón, aun a riesgo del error.

A sus espaldas, en la penumbra, se distinguían dos banderas cruzadas, como estandartes victoriosos, dos símbolos aceptados por la fuerza de la costumbre, amarrados a la impúdica insolencia del tiempo.

El Chele suspiró antes de hablar.

-Aquí podemos fracasar, o sacar a los presos; no le podemos pedir consejos a nadie, ni nadie puede argumentar que esto, lo que pretenderemos hacer, sea en definitiva una posibilidad de dilución del Frente si llegara a fracasar la operación. En particular, yo elijo, opto por algo y desecho las demás posibilidades; ¿Cómo puede un acto tan simple ser tan espantosamente complicado cuando se trata de la vida de los hombres? Pero aquí no solamente están en juego

nuestras íntimas dudas, sino por sobre todo la existencia de los que están allá adentro. -Mientras hablaba, continuaba mirando a Salvador y a Emilio-. Es cierto que si lo hacemos vamos a tensar todas nuestras posibilidades -agregó-, pero creo que sólo nos mueve la vida y no hay nada de soberbia u omnipotencia en esto. Los antecedentes están a la vista y los esfuerzos por delante.

-¿Entonces? -inquirió Emilio.

-Sólo nos queda decidir y ya -respondió Salvador, tomando las hojas sueltas en donde llevaba sus anotaciones-, pero démonos cinco minutos.

Emilio volvió a pararse y fue a la cocina por la tetera con agua hirviendo que repartió en las tres tazas, echándoles café y azúcar.

Salvador se acercó a la mesa de la cocina mientras el Chele permanecía en la terraza de la casa.

Luego entró el Chele y llamó a Salvador, que con-versaba con Emilio. Los dos salieron nuevamente a la terraza, donde se respiraba la brisa marina. Se quedaron mirando el océano, sintiendo el aroma del mar y el viento que corría.

-¿Crees que sea lo mejor? -preguntó el Chele entrecerrando los ojos a causa del viento.

-Estoy plenamente convencido que sí. Su factibilidad dependerá del despliegue de nuestras capacidades y no de algún elemento externo a nosotros. Eso es lo que me tiene más seguro, además de las opiniones de Ramiro. Eso hay que tenerlo en cuenta, es la opinión de ellos y son los que mejor conocen los detalles de lo planteado.

-Bueno, entonces será así, pero habrá que remover la tierra para encontrar un piloto -convino el Chele, sintiendo con los dedos unas astillas sobre la baranda de la terraza.

-Eso no va a ser complicado si buscamos donde corresponde... sólo hay que hacer memoria.

-Así espero, así espero...

Regresaron al interior. Se veían más tranquilos.

-¿Dónde está mi café? -preguntó el Chele, dirigiéndose a Emilio.

-Una cosa es que sea el picante del grupo, y otra que me nombren el encargado de aseo y ornato del Frente -ironizó éste, alcanzándole la taza humeante.

Salvador y Chele rieron como si no hubieran complicaciones por delante, como si el arriesgarse y desaparecer fuera sólo una desmesura de la imaginación, un simple prurito de la locura.

Los tres se sentaron nuevamente a la mesa. Ordenaron sus papeles y se acomodaron en las sillas, como viejos escolares de una escuela primaria.

-Hace tres años que venimos discutiendo la primera opción para sacar a los presos, -comenzó Salvador-por lo visto no hemos avanzado mucho debido a la complejidad política presentada por dicha variante, ahora tenemos una nueva posibilidad que depende exclusivamente de nuestras fuerzas, -su voz suena pausada, retoca los acentos, se detiene en los vacíos que por momentos invaden su cabeza, y con las manos va dibujando imágenes invisibles en el espacio entre él y los otros dos.

La mesa está cubierta por restos de papeles, trozos de hojas escritas en silencio. Emilio juega con ellas, las junta una y otra vez sacando de cada intento una palabra diferente por su tamaño o su significado, las rearma como un viejo arqueólogo, como un entomólogo de hombres perdidos.

-Cuando digo nuestras fuerzas, -continúa Salvador- me refiero a la capacidad que tengamos para sacar esto adelante. La última comunicación con Ramiro nos dice que está absolutamente convencido sobre la propuesta; concuerda con los criterios expuestos aquí, y los argumentos entregados por él son plenamente coherentes con lo que pensamos. Siendo así, ésta será de ahora en adelante nuestra principal preocupación: la opción del vuelo. Está decidido.

Mientras Salvador pronunciaba estas palabras, Emilio abrió los ojos como si acabara de ver la luz de todos los arcanos.

-Bueno -dijo el Chele, levantando la cabeza- ¿Entonces estamos de acuerdo con llevar adelante esta variante?

-Yo encantado -contestó Emilio-, mientras más rápido mejor.

-El encargado de la operación serás tú Emilio -determinó Salvador con resolución-, creemos que eres el más idóneo; yo me haré cargo de la continuidad del proceso de discusión, mientras Chele y tú trabajan en los detalles de la implementación de la tarea.

-Será un verdadero placer sacar a los presos de ahí, encantado -sonrió Emilio.

-A mí me parece bien, siempre y cuando tengamos encuentros periódicos para evaluar cómo van los avances -acotó el Chele.

Aquello fue el principio de una idea que tuvo miles de modificaciones, abriéndose paso ante la reticencia de muchos que no veían con claridad algo que parecía tan lejano o, mejor aun, tan fuera del rango de aquello llamado ‹posible›. Pero se abrió entre la muchedumbre, buscando a los dispuestos a protagonizar una saga moderna de tal magnitud. No fue fácil encontrarlos.

Pero el egoísmo aquí nada tuvo que ver con quienes dijeron «no», o «no estoy tan seguro».

La acción de desprenderse por los demás tiene una larga ruta de pliegues, una sincronía de superficies que, a primera vista, nos hace adquirir la costumbre de considerarlas algo como la bandera de tope de un seguro navío por donde habrán de navegar nuestros prejuicios. ¿Acaso el que se desprende por los demás y rifa su carne en la feria del devenir no goza del rasgo inequívoco del egoísmo? ¿Acaso no querrá librarse de la espantosa carga de ver por sus propios ojos el imperio de la miseria ajena? Y cuando alguien ejecuta eso que para muchos es una demostración de bondad, ¿en quién piensa sino en él mismo, en su impotencia para sacudirse definitivamente el dolor propio confesado en un fulminante instante de venganza?

Entonces, ¿qué es el egoísmo sino una mascota de raza diversa?

Poco pensamos en los demás en relación con lo que otorgamos a nuestra propia ventura cuando nos liberamos de las inquisiciones rotando concéntricamente hasta atrapar la más leve esperanza. ¿Qué diferencia hay entre estos dos? ¿Qué los separa? ¿Será tan sólo una fuerte tolerancia al peligro por parte de unos y una indiferencia musculosa y atlética por parte de otros? ¿La moral tiene que ver con todo esto? ¿O todo lo que hicimos, lo que hacemos y lo que haremos será para reconocer nuestros órganos y ser algo más que aire sobre la tierra imaginaria?

De aquel día en adelante las cosas caminaron lentamente, pero por un camino de pretiles seguros. No era cosa de semanas sino de meses y tal vez de años, pero caminaban hacia un lugar. En las ansias de todos esos hombres, los de adentro y los de afuera, se había estacionado un cadavérico cuerpo que iría creciendo. No era fácil conseguir un helicóptero ni menos aún un piloto para guiarlo sobre una cárcel mientras le disparaban como a un pato de feria.

El tiempo pasó lentamente, el invierno se hacía más frío y las hojas en Santiago sobre las calles sin nombre caían absortas al paso de la gente. En aquel mes de mayo comenzó a latir el corazón de una derrota con largo cabello de cemento.

Manuela:

Hace unos días nos condenaron, fue todo muy rápido. Por la mañana llegaron unos gendarmes y nos avisaron que debíamos salir hacia el tribunal. El procedimiento fue el acostumbrado. Nos bajaron por la escalera de siempre y nos condujeron en medio de estos pasillos muy semejantes a las viejas fortalezas ideadas por Leonardo para su rey.

Son pasillos subterráneos y se extienden como los tentáculos de una bestia reposando bajo toneladas de cemento. Llegamos al lugar donde nos ponen las esposas. Había un conjunto de guar-

dias esperándonos para trasladarnos hacia el tribunal. íbamos dos, yo y otro preso procesado por la misma causa, estábamos tranquilos, subsistía en nosotros o al menos en mí, una lenta pena. Aguardábamos que los gendarmes revisaran sus armas para el traslado cuando se acerca uno de ellos y me dice: «hoy es el gran día para ustedes». Me lo dijo sin resentimiento; no encontré en sus palabras acento de violencia o enfado, eran palabras neutras, lanzadas para justificar la rutina sembrada por el tiempo. En ellas no existía carga que pudiera decir que esas palabras provenían de un carcelero. ¿Será eso el profesionalismo? ¿Será esa invertebrada posibilidad de desprenderse de las emociones y ser sólo una partícula de polvo en la mesa de los amos? Ya no me acuerdo lo que le respondí, pero me di cuenta de que todo esto era para ellos y para los que nos esperaban una gran ceremonia. Un ritual donde se justificaba su autoridad.

Salimos de la cárcel en el interior del vehículo de traslado. Es un furgón parecido a una ambulancia pero con la gran diferencia que traslada enfermos de una clase diferente. Es de color verde y con un potente blindaje. La parte de atrás se divide en dos, una para los guardias y la otra, considerablemente más pequeña, para los presos. Naturalmente no tiene ninguna ventana y es totalmente oscura. Pero tiene una característica que se repite en todos los espacios de este encierro como un rezo cristiano. Te ven sin poder ver tú al que te observa. No puedes ver al que está detrás de una pequeña ventana o tras un monitor con su puño en el control de una cámara obedeciendo sus impulsos. Aunque no haya nadie detrás, pero el ojo ya está instalado, el ojo de tu vigilante no está en él sino permanece en ti mismo, en tus movimientos, en tus diálogos internos hay una pupila extraña como un parásito viviendo de tus intimidades.

Manuela, el viaje fue rápido, al menos así lo sentimos adentro del camión.

Íbamos escoltados por varios autos de policía que hacían sonar sus sirenas a cada momento. Debió ser un gran espectáculo para aquéllos que miraban desde la acera. Los dos íbamos en silencio y cada cierto tiempo cruzábamos algunas palabras en medio de la oscuridad.

Luego de dar innumerables vueltas, el camión se detiene, pasan algunos minutos en que se escuchan pasos y carreras de los guardias, al parecer revisaban el tribunal. Es algo que siempre hacen antes de bajar a un preso de cuidado para ellos. De pronto la puerta del habitáculo se abre y un guardia nos indica que debemos bajar. La luz irrumpió encegueciéndonos. La calle tenía colores extraños y él viento fue como un alivio.

*¿ Sabes la diferencia de los vientos, su textura y su densidad? Yo antes tampoco lo sabía, no podía reconocer entre él aire y el viento, o tal vez jam*ás me detuve a respirar verdader*amente. Lo mismo fue con los colores de la calle rebotando por las caras de toda esa gente que caminaba sin mirar a los lados.*

Por la noche había llovido y el suelo aún estaba húmedo, mojado, cristalino, como queriendo reflejar él cielo gris tapizado de nubes que en otro tiempo no existían.

Ambos bajamos del camión algo complicados ya que con las manos esposadas perdíamos el equilibrio. La gente nos miraba con una suerte de morbosidad, como agradecidos de no ser ellos los esposados y en esa misma morbosidad daban gracias a su dios por haber creado personas como nosotros porque les dábamos la contingencia de su absurda bondad.

En los ojos de ellos, en los de los guardias, de los empleados del tribunal, de los funcionarios de las leyes, había temor. Tal vez en nuestros ojos también existía temor. Todos nos temíamos. ¿ Qué nos hace conocernos a nosotros y a los otros? ¿Conocemos por disfrute, por la curiosidad, o por una necesidad de defensa? Aristóteles se equivocó y junto a él se equivocó un continente entero, aquel en que se funda nuestra cultura.

Caminamos serenos en medio de todo el mundo, conscientes de su potente farsa, de su espectáculo inclaudicable para cualquier orden social. ¿Qué importan las transformaciones cuando una cultura se sostiene en la producción de temor? Este será su pilar mientras unos manden y otros obedezcan.

Nos condujeron hacia el segundo piso por un ascensor, llegamos a una sala donde descansaban otros guardias senta-

dos en sillones. Frente a ellos se ubicaban dos mesones con una cantidad incalculable de legajos y hojas sueltas. Entramos y nos sentamos. Esperamos la constitución del espectáculo solemne y ala vez ridículo de la condena.

Al cabo de treinta minutos llegó una señora mayor acompañada de otra de más o menos la misma edad. En sus brazos traía otro lote de cuadernos empastados. Entraron con seguridad, en línea recta, se sentaron ante la mesa y comenzaron a ordenar los cuadernos.

En toda la sala se olía a institución, un aroma característico de los hospitales y las cárceles.

Ahí estaba el par de ancianas encargadas de minimizar en gran medida nuestras posibilidades de existencia legal.

Una de ellas, la más vieja, le dice a uno de los guardias levantando lentamente la cabeza y mirando alternadamente con y sin sus anteojos: «¿Ellos son los reos?».

-Sí magistrado -le responde el guardia.

-Bueno, que se levanten -ordena ella.

El guardia se dirigió hacia nosotros y nos ordenó que nos levantásemos. Yo y mi compañero nos miramos, riéndonos del guardia, nos reímos de ella y ambos le respondimos que no queríamos levantarnos, que procediera con aquello que tenía que decir.

La señora se enfurece. Dice que somos unos irrespetuosos, que nos merecemos la condena, estamos frente a la ley y nadie puede burlarse de la ley sin pagar las consecuencias, todo esto dicho entre salivazos y un acento irreconocible. La anciana estaba como un perro rabioso, incontrolable y peligroso.

Los guardias miraban con ojos expectantes alrededor de la mesa donde se sentaba la señora. Su acompañante fingía no darse por enterada de la situación, pero también comenzaba a descontrolarse. Hacía movimientos extraños y le nacían indescriptibles muecas.

Uno de los guardias se acercó a ella diciéndole que se tranquilizara. Nosotros seguíamos sentados, dispuestos a seguir igual;

quizá lo hacíamos de aburrimiento y no le otorgábamos ninguna importancia al hecho. No había una actitud premeditada detrás de todo. No reptaba la seriedad ideológica tras nuestra apariencia, tan sólo no queríamos pararnos delante de esa anciana para satisfacer el ansia de su espectáculo.

La vieja se calló y sacó un cuaderno con dos copias, eran las condenas. Se paró mirándonos y comenzó a leerlas, su rostro estaba ajado y al leer sus arrugas se acentuaban, su cara era una gran pasa parlante.

Todos callaron cuando comenzó la lectura: «a) Visto en los autos de procesamiento consignados en las fojas 234, 235, 236 y vuelta que los...».

Pero en ese momento mi compañero la interrumpe preguntándole si va a leer toda la resolución.

-¿Pero, por qué? -pregunta ella, sorprendida.

Mi compañero le dice que mejor se ahorre el tiempo porque no la vamos a escuchar, que nos pase sus papeles y termine él trámite.

-¡Esto es inadmisible! -grita ella al borde del desmayo-¡Ustedes no pueden restringir mi labor!

-Y usted no puede obligarnos a aburrirnos con sus palabras -contesté yo.

Ella suspiró con desengaño y pidió un vaso de agua, jadeaba como una fiera herida y sangrante al borde del sacrificio, luego nos dijo que él tribunal había resuelto dictar sentencia para ambos, lo cual significaba que estábamos condenados a presidio perpetuo. Cuando dijo esto le nació una singular sonrisa... después de todo, esa era su venganza. Le hubiera gustado vernos ardiendo en la hoguera o que nos destrozaran con cuatro poderosos caballos tirando de nuestras extremidades. Pero aquello de perecer tras las rejas, dinamitados por él tiempo, no era algo que le viniera mal a su sentimiento de odio.

Así fue todo de rápido. El viaje de vuelta fue tan rutinario como el inicial, sirenas, guardias armados, caras de nerviosismo, gente mirando, cosas que ya he visto antes.

Al llegar a la cárcel, mientras nos sacaban las esposas, el

mismo guardia se acercó y dijo que lo sentía por nuestras condenas. Yo lo miré y no contesté nada. ¿Qué le podría decir, Manuela, que no le hayan dicho otros?

Subimos las escaleras con mi compañero, haciendo comentarios acerca de la anciana condenadora y los años que lleva haciendo lo mismo con tantos hombres. El significado y el peso de las condenas varía dependiendo de quien la asuma. He visto gente que llora por su condena, otorgándole una seriedad demasiado pesada, y eso es porque no existió una relación auténtica entre éstos y «el crimen» cometido o la falta realizada, posibilitando la inoculación de la culpa como un germen que los va demoliendo.

Cuando llegamos a la celda le pregunté a mi compañero cómo se sentía y me respondió que igual que siempre desde que está encerrado. Y es cierto, el tiempo no importa cuando te lo distribuye otro fuera de ti mismo.

Bueno, te escribía todo esto quizá por aburrimiento o por la esperanza de recibir alguna respuesta de tu parte. Si ya sabes de nuestras condenas, ojalá no te aflijas, nadie esperaba menos. Consuelos nos quedan muchos, al menos eso me dijo otro preso.

Amándote siempre, aún en el silencio de tus letras.

CAPÍTULO VII

El día estaba nublado y el frío convertía a los pájaros en pequeños puntos entumecidos que atravesaban el cielo. El invierno cantaba su poderío abrazando las montañas que rodeaban el pequeño pueblo de Curanilahue.

Pueblo de campesinos, sierreros, pueblo de ratas, según el decir de sus habitantes descontentos con el divagar de sus calles y sus puertas cerradas.

Era un pueblo tranquilo, de gente serena, acostumbrada a la lentitud de los días y de sus palabras. Leñadores y pequeños mendigos del carbón, mineros acabados, hombres de pueblo.

Poca algarabía existía en este lugar, fiestas o casamientos, celebraciones de cualquier índole que posibilitaran el desenfreno parcelado de sus moradores. Es cierto, no existían muchas, quizá contadas con los dedos de una mano. No había ese espacio para comentar el suceso con el vecino o el compañero de trabajo. En pocas palabras, era un pueblo semimuerto, acabado por su propia ventura de otro siglo, con otras gentes que vestían de manera diferente y hablaban del porvenir urbano que deparaba el destino al querido pueblo de Curanilahue. El tiempo, como una daga dorada, fue rebanando los sueños e ilusiones de los más jóvenes pobladores. Veían con estupor cómo la precaria economía, floreciente en otra época, iba decayendo, bajando hacia donde el alcohol y la miseria hacen gala de sus hazañas.

En fin, ese pueblo floreciente y venturoso fue presa de la desidia y el mal gesto del futuro. Sus habitantes poco a poco fueron convirtiéndose en sujetos malolientes y desdeñosos. Sus mujeres comenzaron a frecuentar a ladrones y traficantes de madera. Por las calles se veían borrachos a la salida de las tabernas, con sus rostros hundidos en el barro. El pueblo ya no lucía como antes.

En agosto de 1993, se acerca un hombre que no es del pueblo, pero eso no importa, ya que últimamente al pueblo ha entrado una serie de sujetos que no pertenecen a él y que han pasado inadvertidos para los habitantes de Curanilahue.

Coincidentemente, todos visitan la misma casa y al mismo sujeto dueño de casa. Pero una diferencia capital los separa. Unos son cazadores y este último es la presa.

Mauricio Hernández bajó del autobús vestido con un abrigo café y un gorro chilote. Tal vez fue por el frío o por ocultar su cabeza semi calva a los cazadores. Lo cierto es que no sabemos el por qué del uso de ese tipo de gorro, pero es un detalle de poca relevancia para este relato y menos importante para lo que ocurrió después de visitar y pactar un acuerdo con un viejo compañero del Frente.

Al dueño de casa se le conocía en el Frente como Claudio; en el pueblo de Curanilahue también como Claudio. Su nombre original era Agdalín Valenzuela. Llevaba tiempo instalado en la zona como apicultor. Una vida tranquila, apacible y dada a la meditación acerca de la ecología del entorno. En el Frente no había mucho que hacer, más bien, nada. Se estaba reponiendo como un cuerpo desgastado se repone de las golpizas. Así era la vida de Agdalín, al menos eso era lo que demostraba y lo que hacía creer a todos sus visitantes. Nunca dijo «no» cuando algún conocido del Frente le solicitaba un resguardo temporal en su casa, y al parecer nunca dijo no cuando otros le pedían alguna colaboración para pacificar el estado de una guerra quimérica.

Mauricio abrió la desgastada reja (cinco tablillas desparramadas) y tocó la puerta de la casa. Esta se abrió, y se asomó la cara de Claudio. Mauricio lo miró, saludándolo afectuosamente. Este le alcanzó la mano dándole un fuerte apretón.

-¿Todo tranquilo? -pregunta Mauricio con lentitud en el movimiento de los párpados.

-Así es, todo quieto como un vaso de leche -responde Claudio, tomando el liviano equipaje de Mauricio.

Luego, pasaron a una habitación donde Claudio había programado la estadía temporal de su invitado.

Todo parecía tan habitual, tan libre de sospechas y suspicacias, que Mauricio se recostó en la cama de la habitación sintiendo un gran relajamiento que le hizo cerrar los ojos.

-¿Cansado? - preguntó Claudio.

-Sí, el viaje fue largo y agotador.

-Me imagino quieres café caliente.

-Como siempre, una y media de azúcar y la mitad de la taza-, responde Mauricio sacándose de la cintura una pistola Browning nueve milímetros que deja bajo la almohada. Claudio lo miró y no cambió ningún músculo en su expresión, no hubo en su rostro algo así como «¡Oh está armado!». Hay una familiaridad con esos artefactos fríos, no por su significado sino por su contextura y su metal forjado maquinalmente por el temor. Existía esa familiaridad porque Claudio muchas veces empuñó un arma o la portó aferrada a su cintura como un apéndice de su azar.

Lo que quedó del día se pasó entre conversaciones y recuerdos. Charlaron hasta tarde, ocupando las manos en tomar café y prender cigarrillos. Afinaron el encuentro con otros rodriguistas para el día siguiente, verificaron las rutas que habrían de tomar a bordo del viejo y fiel jeep de Claudio.

Así se fue esa noche, no como cualquier otra sino como la inusitada radiografía de la sombra que pronto llegaría.

Por la mañana se levantaron y bebieron nuevamente café. Ahora Mauricio estaba vestido a la usanza de la región, unos jeans desgastados y un grueso chaleco cubierto por una parka para las posibles lluvias.

Está nuevamente con su inútil bolsón, parado a la salida de la casa, listo, adiestrado, esperando que Claudio termine de beber su café para salir a hacer lo que viene haciendo hace muchos años. Es una forma de vivir, una extraña táctica de hacerse un deber tan abandonado como está a sí mismo.

Salieron de la casa pequeña y barrosa. Mauricio esperó a

que Claudio encendiera el motor del jeep, luego subió a su lado y tomaron rumbo hacia el centro del pueblo.

El lugar adonde iban no estaba tan lejos, sólo cruzando un par de bosques frondosos a la vera de la carretera y ya estaban en su destino, al menos ése era el destino que Mauricio había planificado.

Claudio va conduciendo y Mauricio tiene la ventanilla abierta hasta la mitad. Es una mañana fría, de color profundo, y poca gente camina por las calles enterradas, más bien precarias de este pueblo, alejadas de los hombres que las pisan a través del largo cuerpo de los años.

-Con esta gasolina no llegamos -dice Claudio, tocando con un dedo el marcador desgastado.

-Deberías haberlo hecho ayer -responde-, y ayer no me dijiste nada de la falta de gasolina.

-Lo olvidé, pero no nos demoramos nada en cargar el estanque, además, la gasolinera está en el camino -responde Claudio dividiendo su mirada entre el rostro de Mauricio y el camino recorrido, repartiendo también su otra mirada entre su interior azotado y el otro rostro de Mauricio que no está a la vista de los ojos de Claudio.

Gasolinera de pueblo con sólo dos estanques para servir.

-Qué más -dice Claudio-, si apenas hay autos. Se estacionaron, y Claudio bajó para ubicar al bencinero que no se veía por ahí.

-Ya vuelvo -fue la última palabra que escuchó Mauricio antes de ponerse cómodo, no sin antes mirar hacia atrás para luego meterse las manos en los bolsillos de la parka y dar un suspiro.

Después vino lo que contó en pocas oportunidades, y que siempre justificó como un accidente de trabajo, esta vez sin seguro.

Un brazo le sujetó el cuello a la vez que por la ventana del chofer apareció un hombre con una pistola que lo apuntaba. No alcanzó a hacer nada. Como una mala jugada, su pistola quedó aferrada a la cintura, sin movimiento, quieta,

impávida, ante los hechos que no le concernían.

Inmovilizado, lo bajaron del jeep tirándolo al suelo, desde esa posición alcanzó a ver a Claudio, lo tenían en la misma situación y hacía dramáticos esfuerzos por sacar su revólver, una dramatización importada desde sus intenciones anteriores. Una simple puesta en escena para un espectador reducido a la impotencia de sentir cómo lo esposaban subiéndolo al vehículo que apareció junto a todos esos hombres armados.

No alcanzó a decir nada, la sorpresa también muerde a los productores de ella, se vuelve contra su demiurgo, es una figura neutra, ausente de un estado constante.

Más tarde y ya esposado, rumbo al lugar de su detención, vino esa disgresión entre el sueño y la realidad. ¿Si soñáramos todos los días lo mismo, tendríamos la capacidad de diferenciar entre la realidad y lo que a ésta no le pertenece? ¡Cuánto daríamos por detener ese instante y tomar irrelevantes decisiones para no caer en la pesadumbre escayolada de la tragedia!

Mauricio ya estaba preso, y éste fue un sueño permanente, junto a la frustración de haber sido entregado por Claudio aquella mañana de frío. La confianza no es más que un ardid atravesando la noche.

Fue así hasta que despertó con las manos sudorosas colgando sobre la superficie de Santiago.

Claudio murió dos años más tarde. Lo encontraron en el barro de Curanilahue con dos orificios de bala en su cuerpo, al lado de su viejo y fiel jeep...

CAPÍTULO VIII

El dedo de Juan Carlos Distéfano recorre sin detenerse la superficie de la página de avisos económicos de El Mercurio. Busca en la sección de ventas de automóviles. Sus ojos suben y bajan entre diminutas letras anunciando la oferta de diferentes modelos y marcas. Está sentado solo. Son las diez de la mañana y el café donde revisa el diario permanece casi vacío. Sobre su mesa una taza de café con leche humea sin cesar. Al lado de la taza reposa una pequeña cartuchera de anteojos, un llavero con las iniciales de su hotel y un lápiz de color azul que le sirve para marcar sin prisa las ofertas y modelos que se ajusten a su búsqueda.

Está distendido en su tarea, tiene tiempo de imaginarse el futuro contrato con el dueño del automóvil que adquiera. Ensaya mentalmente sus respuestas ante las posibles preguntas, sus gestos, el movimiento de sus articulaciones que le permita proyectarse hacia una situación inesperada que logre salvar su futuro sainete.

El pequeño café es uno de esos tantos que se distribuyen por Apoquindo, en el barrio alto de Santiago. Tiene buena estampa, muebles de ébano y plantas de interior. Los que lo atienden siempre acuden con una sonrisa en los labios, dispuestos a satisfacer las demandas del cliente que, generalmente, va de corbata y traje de corte italiano.

Distéfano viste al estilo del café y no desentona con los ademanes propios del recinto; no llama la atención de los mozos, salvo, por la breve entonación de su voz que denota un leve acento transandino. También su documentación confirma dicha apreciación territorial.

Distéfano es tranquilo, le gusta hacer las cosas de manera puntillosa y casi siempre quiere hacer más de lo que se le pide, acuden a él las desnudas formas de una envidia sin adjetivo. La envidia no es ni mala ni buena. Lo riesgoso de la envidia viene de acuerdo con lo que estemos dispuestos

a hacer por tener o simular aquello que envidiamos. No es la envidia en sí misma. La envidia es una tenue vértebra de nuestras carencias. Distéfano envidia no hacer más, envidia no poder dar un paso de mayor longitud hacia una cosmología más arriesgada de la que está encargado en la fase de prepa-ración de la operación. Pero él no sabe mucho respecto de lo que Emilio prepara con todos los pedidos hechos por éste sin dar o mencionar detalles de su destino final. Entre otras cosas, el arriendo de casas fuera de Santiago, la compra aún no efectuada de automóviles y la averiguación del alquiler de vuelos en helicóptero con fines turísticos.

Distéfano goza del poder de la hipótesis como todo hombre, teje cuadros imaginando la constelación de hechos que se encadenan para arribar a un resultado. Siempre mantuvo una hipótesis de trabajo con la cual fundó su translúcido método de especulación, que le sirve para mantener una fuerte ligazón con Emilio. Desde que hizo las primeras consultas sobre los alquileres turísticos de helicópteros, en Distéfano fue naciendo la posibilidad, la construcción de un supuesto donde todo su trabajo cobraba un sentido.

Imagina que se trataba de la muerte de Pinochet y todo lo que hace a la sombra de Emilio va en esa dirección. Porque sino ¿de qué se trata? ¿Para qué ese aparataje de casas y helicópteros, para qué arrendar casas fuera de Santiago y comprar automóviles de gran espacio, para qué trasladar vidrios blindados y material de keblar junto a chalecos antibalas?

Conoce desde hace tiempo a varios militantes del Frente y a más de alguno le escuchó repetir, como un cliché iterativo por la historia, aquello acerca de la vieja deuda que había con el dictador. ¿Qué más elementos requiere Distéfano, además de todo lo que ha visto, hecho y escuchado? Así, se fue convenciendo silenciosamente de lo venidero.

Aquella mañana se reunió con Emilio para certificarle el encuentro de las solicitudes de este último sobre la compra de los automóviles. Anteriormente, Emilio le había dado detalles sobre las cualidades de los vehículos. En general no

debían llamar demasiado la atención por lo que su elección debía ser exacta. Un detalle reiterado decía relación con la potencia de los elegidos, al menos en uno de ellos el motor y la carrocería tendrían que ser lo suficientemente fuertes como para cargar a siete personas sin que esto produjera una merma en la potencia de la velocidad y maniobrabilidad en condiciones extremas. El otro automóvil tenía menos requerimientos ya que era sólo para trasladar el material para la construcción de algo que estaba fuera del conocimiento de Distéfano.

El encuentro entre ambos fue breve y sólo sirvió para que Distéfano comunicara su elección. Rastreando el diario había seleccionado un modelo que tenía las características pedidas, un excelente motor de dieciséis válvulas con una carrocería modelo station. Era un Subaru Legacy. El otro, bastante más humilde, también cumplía: un Lada station, para el traslado del material. Ambos modelos estaban marcados con el lápiz azul de Distéfano, una casi imperceptible línea sobre el anuncio indicaba que ésa era la elección.

-Tienes un día largo por delante -le dijo Emilio, mientras le pasaba el dinero para la compra.

Nunca, en todo ese tiempo, Distéfano dejó de preguntarle si no había otra cosa que hacer, tal vez para encubrir esa retocada concupiscencia de hacer algo más de lo que se le pedía o quizá para demostrarse lo que nunca se cree que se puede llegar a hacer.

De grandes ojos, siempre miraba a los ojos de los demás, transmitía confianza, se ponía en manos de los otros como quien olvida sus propias urgencias. Pero es que no tenía urgencias.

Luego de la conversación con Emilio, después que éste le pasara él sobre colmado de billetes, Distéfano llamó al mozo para pedir la cuenta.

-Tú me dijiste que pronto pasará lo que tiene que pasar -le dijo a Emilio.

-Yo no te he dicho nada, ésas son cuentas tuyas.

Distéfano levanta la cabeza, como queriendo ver al mozo.

-Quizás, ya no me acuerdo... Pero lo de la muerte de Pinochet es una buena hipótesis ¿no?

-Te creía con más imaginación -responde Emilio con una sonrisa que intriga a Distéfano-, pero por ahora esa no es nuestra premura.

El argentino lo mira y trata de obtener otras res-puestas para su interrogante, encadena situaciones pasadas para darle una nueva lectura. Pero no hay nada que le diga que todo eso es para liberar a presos del Frente.

-Trabajando la imaginación, ¿eh? -interrumpió Emilio.

Distéfano seguía absorto, callado, con la vista buscando al mozo, su cabeza trabajando como un escultor trabaja en su obra, dándole la expresión dirigida hacia una oscura angustia.

Luego de pagar la cuenta ambos se levantaron y acordaron una cita para la tarde de aquel día de la semana. Fue una despedida breve, unas cuantas palabras, gestos y la cita estaba hecha. Emilio le alcanzó la mano despidiéndose.

Una vez separados, Distéfano tomó un taxi en dirección poniente, indicándole al chofer el sitio de la automotora donde ofrecían el automóvil que se iba a comprar como un buen ciudadano extranjero que realiza negocios en Chile.

Emilio se marchó en dirección contraria, cargando sus preocupaciones finales. Llevaba encima el último encuentro con el Lobo como una sórdida manta de seguridad, recordando años pasados con una estela de nostalgia.

Quizá ni él mismo entendía la propia vehemencia y resolución, a veces ciega, de sacar a sus conocidos de esa morgue, siendo que probablemente ellos quedarían en el mismo estado o tal vez peor.

Tranquilo, caminó hacia una cabina telefónica al costado de la parada de autobuses. En un momento dado sacó su billetera para extraer una antigua foto del Lobo. La miró lentamente hasta que un pequeño brillo se asomó por sus ojos. Pensó en el Lobo con sus ojos clavados sobre él y conclu-

yó que toda su resolución era para satisfacer la tranquilidad de un muerto. Una serenidad, también, salvaguardándolo de él mismo. Descolgó el auricular y marcó un número anotado en la parte posterior de la fotografía.

Del otro lado de la línea respondió la lenta voz del Chele.

-Aló -dijo Emilio.

-¿Quién habla? -preguntó el Chele.

-¿Quién crees tú que te podría llamar a ese teléfono?

-Ya, me imagino...

-Así es, soy yo.

-Bueno, ¿cómo van las cosas? Por lo que me avisaste el otro día, al parecer va todo bien.

-Sí, eso parece, hasta ahora ningún inconveniente, todo parece ir sobre ruedas.

-Bueno, nosotros esperamos solamente que me avises el día... Ah, otra cosa, cuéntame de la gente... ¿Han estado solucionando las cosas y las comunicaciones con Ramiro?

-Sí, ningún contratiempo, ya recibí comunicación suya y me dice que todo marcha bien. Es un canal bastante muerto el que tenemos y no hay problema con filtraciones de seguridad. Espero tener todo solucionado en los tiempos conversados.

-¿Cómo es eso de un canal muerto? -preguntó el Chele, confundido.

-No te preocupes -se sonrió Emilio-, no lo entenderías.

-Bueno, cualquier problema me llamas a este teléfono, o al otro que te di.

-Sí, no hay problema...

-¿Qué pasa? -interrogó el Chele.

-Nada.

-¿Y por qué te quedas callado?

-Porque no tengo nada más que decir.

-Entonces cuelga.

-Está bien, adiós.

-Adiós -concluyó el Chele.

Después de hablar, Emilio se sentó en las bancas de la parada de bus, sacando de su bolsillo la comunicación entregada por el Lobo y enviada por Ramiro. En aquella carta le decía que adentro tenían todo listo y sólo esperaban su aviso.

Ya eran los primeros días de diciembre.

En la automotora, Distéfano lucía una malsana sonrisa. Hacía comentarios insulsos, dejándose convencer por la labia del vendedor.

-Es un excelente automóvil, potencia y confort están unidos para dar el resultado que usted ve. El precio es ridículo comparado con el producto que va a llevar si se decide-. El vendedor vestía un impecable traje, era un esclavo de los humores ajenos, subastador de su ánimo en beneficio del amo, lameculo de oficio y rastrero por diversión. Si su cliente o su jefe reían, él reía, si lloraban, él se echaba encima todo el dolor de la tierra. Sólo quería vender.

Distéfano observa al vendedor y al automóvil, pasa su mano por la superficie comprobando la suavidad de la pintura, abre las puertas sentándose en el lado del chofer, toma el volante sintiendo el aroma del tapiz, se reclina sobre el asiento pulsando los pedales de freno y embrague. Imagina a Emilio conduciendo entre disparos y gritos, piensa en los tiros penetrando la superficie tersa de aquella materia, dejando espacios entre lo que ayer fue continuo y lo que hoy deja de serlo por un plomo candente abriendo el metal. Sus manos empiezan a sudar sobre el volante.

-El precio es el del diario, ¿no?

-El mismo señor -contesta el vendedor- ¿Desea ver el motor?

-Por supuesto -responde Distéfano con aire distraído pero consciente de que toda su postura es un falso espectáculo.

-El motor está intacto, recién calibrado por nuestros mecánicos, potencia no le va a faltar para su familia -le dice abriendo la cajuela del motor. Distéfano lo vuelve a mirar y

sonríe. Piensa que el vendedor podría decir cualquier cosa con tal de vender el auto.

-Qué bien que lo menciona -comenta el cliente-, tengo una familia muy numerosa. Encendélo, querés.

-Inmediatamente, señor.

El automóvil se nota en perfectas condiciones.

-Muy bien, amigo, ¿con quién debo cerrar el trato?

-Pase por acá -indicó el vendedor, dichoso.

Lo condujo entre medio de otros automóviles hasta la oficina donde se divisaba a un hombre sentado frente a un escritorio. Aquel era el dueño. De cara redonda y grasosa, ocupaba el ochenta porciento de la silla depositando sus pliegues sobrantes. Amasaba papeles y más papeles sobre la mesa. Era una oficina hecha a su medida, todo calzaba con su aspecto de dueño.

-El señor quiere hacer la compra del modelo Legacy -indicó el vendedor con humildad, aunque a la vez remarcando su triunfo.

-Buenos días -saludó Distéfano-, supongo no existirá ningún inconveniente para la compra del automóvil.

-Por supuesto que no, todo está al día y en orden.

Lo que vino después fue la transacción económica: pagó al contado, produciendo una eterna sonrisa en el dueño de la automotora. El papeleo fue rápido, quedando todo en orden. Las naturales suspicacias y desconfianzas del dueño fueron aplacadas después de hacer una fotocopia del documento de identidad de Distéfano.

-Todo bien -indicó el negociante, sosteniendo entre sus manos un sobre en cuyo interior descansaban cinco millones de pesos y algo más. Lo amasaba con cariño. Estaba feliz.

Distéfano salió del local conduciendo el Legacy rumbo al encuentro con Emilio.

Cruzó Santiago, sus calles, los pequeños rastros de todos los días. El sol iluminaba fuerte, un optimismo de madruga-

da viajaba con Distéfano, el viento hacía lagrimear sus ojos. Se sintió parte de todo, grande, necesitado, querido como una pieza insustituible, dispuesto a todo, la vida le parecía el más hermoso milagro. Se llenó los pulmones con aire contaminado, pero no le dio mayor importancia, en ese momento era capaz de asaltar Santiago entero.

Bajó calles y subió otras, siempre mirando, descubriendo en las murallas y ventanas de las casas ojos de otros que penetraban en su mundo, viéndolo sobre ese auto que era parte de algo desconocido por todos, hasta él mismo ignoraba las improntas que dejaría ese auto en un futuro pronto a inventarse detrás del tiempo.

Emilio esperaba en la esquina de la avenida Irarrázaval y Pedro de Valdivia, mezclado entre la gente.

Muchas veces, debido al escaso tamaño de Emilio, Distéfano no lograba ubicarlo desde el automóvil. Y en eso estaba, alargando el cuello para encontrarlo, cuando de pronto se abre la puerta del copiloto.

-Ciego, estoy frente a ti -le reprocha Emilio, sentándose a su lado.

-¿Qué te parece la joyita que te traje? -contesta, dejando entrever un domado orgullo por la compra.

-Sí, parece bueno, ¿lo corriste?

-No aún no, no quiero que me pasen una infracción justo ahora -contestó.

-Está bien, ¿Y el precio?

-El mismo que salía en el diario.

-¿Ninguna sospecha por la compra? -preguntó Emilio distraído, tocando los instrumentos del automóvil.

-No, nada, sólo me pidió el documento para fotocopiarlo y dejar constancia. Últimamente la gente se ha puesto demasiado desconfiada, para cada cosa que haces te piden una prueba de que realmente eres tú el que está ahí. Ah... ¡Pero lo hubieras visto cuando sus manos se tropezaban para

recibir el dinero, eso sí que lo puso tremendamente contento! Si tuviéramos aspecto de billetudos nadie nos pediría documentación.

-Esos papeles verdes tienen la característica de ser documentos universales -señaló Emilio.

-Hay que ver cómo han cambiado las cosas -se lamentó Distéfano concentrado visualmente en la conducción.

-Estás hablando como un viejo que conocí hace un tiempo a bordo de un tren, no se contentaba con nada, y dale, todo el tiempo a criticar cuanto se le cruzaba por delante.

-Aún me queda tiempo para llegar a eso -se defendió Distéfano-, pero no hay que desesperar, todos caminamos en la misma dirección.

-Y, parece que avanzamos rápido -murmuró Emilio.

-Antes de eso hay que apurarse como un condenado a muerte, hacer todo lo que un día soñaste para morir como un viejo completo.

-Sí, completamente muerto y viejo, pero con algo en la memoria -reconoció Emilio.

-¿Sabes? -siguió Distéfano, mirando por la ventana del auto-, mi generación fue desbastada, la mayoría de ellos reventados y los que lograron quedar se revientan solos pero de otra manera. Ya más viejos y más cansados, con más dinero en sus bolsillos, en suma, seguros de la vida, pero con una cuota menor y mejor aún diría, inexistente, de cordura.

-¿A qué te refieres?

-Si no tienes cordura no puedes perderla ya que jamás la has poseído, hay personas que viven con aquella carencia y los que logran reconocer su cordura, te aseguro, si acaso tienen una mísera cuota de valor, la abandonarán de inmediato, sin vacilación.

-Te estás poniendo nostálgico últimamente, a veces recordar demasiado sólo sirve para empantanarse y dormir en un colchón seguro-, le contestó Emilio con la seguridad de

quien ya no duerme en ninguna parte.

-Puede ser, pero seguro que es porque estoy envuelto en todo esto, al fin y al cabo yo soy un viejo tercio metiendo las narices en una época diferente. Los dos parecieron estar de acuerdo con esa afirmación.

Ya estaban en avenida Larraín y Américo Vespucio. Distéfano bajó del auto y Emilio pasó por el interior hasta el puesto de mando del vehículo. Luego tomaron por Vespucio hacia el sur.

A gran velocidad, llegaron en línea recta hasta la rotonda de Grecia. En la esquina y atrapado en la inmovilidad, se veía al Piloto con sus manos en los bolsillos. Miraba distraído hacia la cordillera como pidiéndole que lanzara sus palabras de buenaventura a las manos que surcarían el cielo de Santiago en unas semanas más.

Emilio le tocó suavemente la bocina del vehículo haciéndole señas. Una vez arriba Emilio lo presentó como «P». Distéfano se río.

-¡Qué nombre tan corto, podría llamarse de cualquier manera, ustedes tienen extrañas formas de llamarse, en mi época éramos más clásicos. Todos nos llamábamos ‹compañeros›. Compañero esto, compañero lo otro, en fin.

Los otros dos lo miraron sin decir nada.

-Bueno, él te va a acompañar en otro auto para que recojan el material, ¿entiendes? -interrumpe Emilio mirando por el retrovisor al Piloto.

-¿Y eso cuándo va a ser? -pregunta, sujetándose de ambos guardamanos por la velocidad con que Emilio lleva el auto.

-Una vez que estemos más cerca del día.

La velocidad iba subiendo y las caras de los ocupantes se iban transformando con un oculto deleite; se podría decir que gozaban con la velocidad, descubriendo un eslabón sordo de sus personalidades, labrado o ahogado por las costumbres. Una extraña luz que les permitía, en su desconocimiento, seguir respirando. No se daban cuenta de su

imprecisión. Cuánto de lo que ellos piensan se puede modular en una palabra arbitraria y prepotente, cuánto de lo que ellos expresaban, como lo dicho por muchos más, no habría estado mejor dicho con un llanto o un grito letárgico, como el proferido por un espantapájaros hambriento.

Así continuaron hasta llegar a avenida La Florida y Walker Martínez. Los tres viajaban sin decir nada, como recién salidos de la oscuridad del útero, como queriendo reconocer los olores y colores de un mundo que no los reconocía.

Detenidos por la luz roja del semáforo, de pronto se vieron invadidos por una serie de sujetos extraños que balbuceaban incoherencias encima del parabrisas. La calle estaba copada por una inusual muchedumbre. Todos los automóviles se detuvieron, sonando fuertemente sus bocinas, los conductores gritaban a viva voz para que los asaltantes salieran del paso. Pero nada hacía echar pie atrás a toda esa turba.

La mayoría de ellos circulaban en sillas de ruedas y los que lograban caminar evidenciaban, con indescriptibles expresiones de dolor en sus rostros, los ojos virados hacia ninguna parte, mientras realizaban los movimientos de sus extremidades como si sufrieran algún mal motor. Trataban de gritar, pero sólo alcanzaban a emitir gemidos indefinibles. Se notaba que les costaba. La mayoría de quienes usaban las sillas de ruedas no podían impedir que la saliva les manara desde sus bocas; los de a pie se contorsionaban como si quisieran decir algo urgente. Era un espectáculo siniestro, oscuro, en medio de la ciudad. De pronto se alzaron unos carteles y un gran lienzo en el cual se alcanzaba a leer: «Primer Festival del discapacitado».

No bien cruzó la avenida un primer grupo, otro de las mismas características le siguió. Eran dirigidos por un hombre excesivamente delgado que lucía una insignia de la Cruz Roja, a su lado y detentando la misma autoridad, lo seguía una mujer de pelo pajoso y rostro moribundo, cansado y seco. Eran los únicos seres humanos en condiciones de guiar a tan precario grupo de sujetos atribulados.

La sicodélica sublevación duró alrededor de diez minutos, durante los cuales no dejaron avanzar a ningún automóvil. Pero aquella no era su intención, no pretendían detener el tráfico, sino ubicarse en un sector eriazo sobre una de las esquinas de la arteria. Ahí se alcanzaba a notar un escenario emplazado sobre la tierra de crecida hierba.

Sobre la tarima descansaban tres sujetos con guitarras en las manos, mientras otros terminaban de instalar unos cuantos micrófonos.

La gente ya estaba serena tomando ubicación en la periferia del escenario. Algunos, quizá los de mayor jerarquía dentro de ese espantoso mundo, tenían la posibilidad de tomar asiento sobre unas sillas plásticas, los otros simplemente se quedaban de pie o tratando de permanecer en esa posición.

Todo retornaba a la calma luego de aquel torbellino. Los automóviles circulaban y los curiosos comenzaban a acercarse.

-Bueno, aquí los dejo -señaló en ese momento Emilio.

Los tres estaban aún perplejos por lo recién vivido.

-¡Qué locura! -exclamó Distéfano-, yo pensé cual-quiera cosa.

-En estos casos lo mejor es no pensar, pobre gente, tienen solamente a esos dos sujetos que los guían, que pretenden hacer un. festival para sordos, mudos, paralíticos -se lamentó el Piloto.

-Pero, ¿por qué no? -agregó Emilio- ¿Qué les impediría hacerlo?

-Simplemente porque no escuchan -opinó el Piloto, con algo de desconcierto-, el problema es que quieren hacerlos sentir igual a los demás y eso es imposible. Un negro jamás va a ser un blanco, un gay jamás va querer dejar de serlo y un paralítico, por lo menos dentro del la mitad del próximo siglo, no va a poder caminar, un mudo jamás va a poder hablar, entonces, ¿cómo van a ser iguales que los demás? El problema es otro y me refiero al monopolio de la normalidad.

Distéfano lo miró con desgano, sin ninguna intención de responder.

-Bueno, adiós y mañana nos vemos -dijo Distéfano, dándole la mano a Emilio, para luego bajar del auto junto al Piloto.

-¡No se olviden de afinar bien los detalles para el traslado! -gritó Emilio desde el interior.

-No te preocupes -le responde Distéfano, moviendo la cabeza en un gesto de indiferencia.

Los dos se fueron caminando en dirección del escenario en medio de toda la gente reunida en la cercanía.

-¿Por qué no miramos un momento? -propone el Piloto.

-Después de escuchar tus opiniones respecto de esta gente, tal vez no sea lo más prudente.

-Amigo mío, al parecer me estás malinterpretando. Yo sólo intento poner el meollo del problema en otra parte. No me tomes como un discriminador, sólo planteo que la solución, si es que existe, no pasa por hacerlos iguales, ni menos por presentarlos como aspirantes a la alcurnia de la normalidad. El problema está en quienes son dueños de la normalidad, en quienes dicen cuáles son las pautas que definen nuestro juicio respecto de la supuesta normalidad.

-Creo que el tema da para mucho, pero por ahora te acepto la invitación

Se quedaron a un costado del escenario, viendo como los cantores entonaban con sus guitarras desafinadas y roñosas unas cuantas canciones populares.

Al lado de ellos se encontraba la mujer de aspecto cadavérico que guiaba al grupo. Con sus manos iba traduciendo en lenguaje de sordomudos lo que decía la canción. El público trataba de mover las manos, alcanzando sólo a retorcerse los dedos. Aquellos que lograban entender permanecían postrados en sus sillas sin mover siquiera la boca. Todo era un verdadero murmullo inentendible de gestos apoplégicos y estrabismos faciales.

-La verdad es que esto es espantoso, una morbosidad -dijo de pronto el Piloto en voz alta, dirigiéndose a Distéfano a su lado. Éste lo miró y con una seña le pidió que fuera más

silencioso, pero ya era demasiado tarde. Una señora gorda y baja que calzaba chancletas lo había escuchado y se acercaba hacia el Piloto increpándolo.

-¿¡Qué dice usted señor!? ¿¡Podría repetirlo!? ¿¡Qué clase de ser humano podría decir tamaña barbaridad acerca de estos niños inválidos!?

-Tranquilícese, señora -recomendó el Piloto, previendo que el volumen de voz de la señora fuera en aumento.

Ella, efectivamente, fue aumentando en cólera, hasta terminar profiriendo gritos que llamaron la atención de otras personas. Así se fue reuniendo un nutrido grupo de airados que unieron fuerzas para increpar al Piloto y a su acompañante.

-La situación se ponía difícil para ambos. El Piloto ya no podía dar ningún tipo de explicación coherente que permitiera calmar a la muchedumbre que se les iba encima.

-¡Usted es un malvado! -seguía gritando la señora- ¡Que se vayan!

Todos gritaban. «¡No los queremos aquí! ¡Somos gente decente y compasiva, fuera de aquí!».

Ya no había más que hacer. Terminaron caminando a paso ligero, seguidos por parte de los increpadores.

-¡Que lío en que nos metiste! -reclamó airado Distéfano.

-La vida es así, no todos entienden, además, si me hubieran dejado hablar, todo habría sido distinto.

-Eso nunca, nadie te hubiera entendido nada.

-Tal vez, quien sabe...

El automóvil bajaba rápido hacia, el poniente. Emilio se dirigía a su casa. En rigor no era suya, sino de la señora Nora.

Ya no tenía nada más que hacer ese día. Pensó ir al cine, pero lo desechó rápidamente. A veces se olvidaba que lo buscaban. Se entregaba a una tranquilidad peligrosa, esquiva, como un reptil del desierto valiéndose de sí mismo para ocultarse de sus depredadores, gracias a los mecanismos de su propio cuerpo. Luego optó por la barroca seguridad de su

refugio y comenzó a repasar mentalmente los detalles de la planificación de la tarea.

A veces la palabra ‹tarea› le sonaba extranjera, impersonal, desprovista de sentimientos, algo que no decía relación con la idea de que se subieran a una máquina voladora para rescatar a los que un día estuvieron junto a él. Repasó lentamente los pasos, las compras, los antecedentes del helicóptero. Pero estaba demasiado desconcentrado. Después eligió sacar una pequeña grabadora de sus ropas y comenzar a hablarle, no a la grabadora, sino a la persona que imaginaba tras el aparato.

Mientras hablaba, restauraba en su memoria los detalles de tiempos anteriores, anclados en la vida de una mujer a la cual Emilio le hablaba ahora por intermedio de los mecanismos invisibles de la grabadora. Aún concentrado en el manejo del automóvil comenzó: *«Ya llevamos cerca de dos meses en la operación, al parecer camina todo bien, o al menos eso creo. Confieso que estoy ansioso y ala vez muy nervioso -por lo que vendrá. Nervioso no por lo que nos pueda suceder, aunque haya mucho de eso en cierta forma, sino por el posible fracaso que nos pueda abrazar deforma repentina. Esta es la tercera cinta que te estoy grabando y la dejo ante la posibilidad de que no vuelva a verte. Están seguras, sé que te las entregarán si yo no puedo enviártelas o dártelas una vez que todo esto haya finalizado de buena manera.*

Te recuerdo todos los días y añoro los últimos que logramos estar juntos. A veces la felicidad existe y es como un terco ruido que, casi siempre o muy rápidamente, dejamos de escuchar. Ahora voy en auto y estoy cruzando por los barrios donde vivías. Está todo igual, pareciera que el tiempo no tocara la periferia de Santiago, está como detenido a pesar de lo transcurrido. Todos estos años de alejamiento no parecen haber cambiado nada. Hace unos días pasé por él colegio de tu hijo, lo hice conscientemente y esperé hasta que saliera. Yo estaba enfrente y no había posibilidad que me viera. En un momento sonó la campana del colegio y comenzaron a salir muchos niños, también habían

bastantes padres esperándolos. Demoré en encontrarlo hasta que apareció vestido con su uniforme. En un principio no pude reconocerlo, era demasiado grande para el niño que dejamos de ver el año noventa y dos. Ahora es un adolescente, gesticulaba como otra persona, tenía los movimientos torpes de quien aún no maneja completamente los crecimientos de sus extremidades. Corría de un lado a otro, se veía contento, feliz. Me dieron deseos de gritarle y decirle que tú lo amabas, que en algún momento volverán a estar juntos. Pero, ¿me hubiera entendido? Si quizá ni siquiera me reconociese o en él mejor de los casos me hubiera dicho que él no tenía nada de responsabilidad por las opciones de su madre.

Lo vi hasta que llegó su padre. Se fueron caminando tomados de la mano desapareciendo tras una esquina.

Después de eso me fui caminando, pensando en tu hijo y en los hijos de todos esos que no pueden verlos y me di cuenta lo permeables que somos, abrimos flancos para el dolor como quien respira en la oscuridad y al fin aprende a ver› con otras cosas que no sean los ojos. Una larga cadena en la que, al parecer, nadie quiere ser el último eslabón. Ojalá esto te ponga feliz, al menos él está contento.

Bueno, estoy llegando a la casa y debo cortar la grabación. Se me olvidaba decirte que en la última carta de Ramiro me dice que te envíe sus cariños y que está ansioso por volver a encontrarse con nosotros. Espero que así sea».

Emilio cortó la grabación y estacionó el automóvil en un garaje cercano a la casa donde alojaba. Se fue pisando algunas ramas esparcidas sobre la vereda. Iba con la cabeza gacha, la pistola en la cintura y un llavero en la mano izquierda. Llegó al frontis de la casa y abrió la antigua y poderosa reja metálica. Los cuatro perros de Nora salieron como pequeñas fieras enfurecidas. De la ventana superior apareció ella controlando a las bestias.

-Llega temprano hoy -le dijo desde el segundo piso, medio cuerpo apoyado sobre el umbral de la ventana.

Emilio la miró, sonriéndole, pero sin decir palabra alguna. Caminando entre los perros, cerró la reja de acero.

Por la noche puso varios planos y dibujos de la cárcel de alta seguridad sobre la endeble mesa ubicada en un rincón de su pieza. Los desplegó y se quedó absorto mirándolos. Se alejó de ellos y se recostó. Puso su pistola al lado de su mano, no sin antes sacar el cargador y mirarlo detenidamente, suspiró y lo volvió a poner. Después se quedó dormido, soñando que piloteaba un helicóptero.

Amada hija:

Algún día tendrás el entendimiento suficiente para comprender esta carta y lo que ella, en algún grado, quiere comunicarte. Hoy veo difícil que esta seña de papel pueda ser lo que yo pretendo que sea, un hito de tiempo, una muerte de ensayo para nuestra propia muerte.

Quizá cuando tengas catorce o quince años y leas, con ojos de mediana adultez, podrás entender lo que fue él destello de un tiempo cuando tomamos decisiones y dejamos otras de lado, porque al fin eso es en parte la libertad.

Te digo que tomamos decisiones porque te preguntarás, dentro de algún tiempo, por qué me separé de ti y no fui un padre como cualquier otro. Hija, también nos debemos a nuestros egoísmos y a nuestras más íntimas oscuridades, cuando nos vemos desnudos ante los hechos revelados como absurdos, y entonces, ¿qué nos queda? Qué queda de lo que somos ante la inutilidad de nosotros mismos.

Son cosas que tampoco me las puedo responder, y tú, a lo largo de tu vida, tendrás la oportunidad de elegir preguntártelas. Por ahora sólo te puedo decir lo que no me puedo contestar.

Pero si alguien en el futuro te dice que lo hecho y lo que aún me queda por hacer fue hecho por y para otros, no les creas. Cuando te digan que lo hice por un futuro sin injusticias, no les creas. No creas jamás en esas fórmulas de encubrimiento doma-

das por la vergüenza y la justificación.

La rebelión es más profunda y más inentendible de lo imaginado. Se tapan con los códigos de una época, pero ya lo entenderás, es mucho más que toda esa época con la cual se reviste.

Catalina, ése es tu nombre, tal vez cuando seas mayor yo aún esté por estas nuevas jaulas que, para ese tiempo, ya no serán tan nuevas y mi voz ya no será tan clara y no seré lo mismo que hoy. Por eso debes entender las cosas como nacieron y las condiciones bajo las cuales vieron el sol y la noche. Jamás saques las cosas de su cuna, entiéndelas como ellas entendieron su tiempo y fueron lo que fueron.

Es cierto, ya no fui lo que quizás debería haber sido para ti. Ver como crecías y decirte ciertas cosas acorde a esas circunstancias. Caminar junto a ti sin tener que mirar hacia atrás por sobre mi hombro. Todo eso es algo que nunca fue y nunca llegará a ser...hay cosas así, son simplemente de aquella manera.

Recordándote siempre

CAPÍTULO IX

Ya no se veía una expresión de apetito en la cara de Pablo Muñoz, más bien se notaba una sensación de asco que recorría su cuerpo.

El brazo subía y bajaba como una palanca auto-matizada desde la boca hasta la bandeja plástica azul que contenía el supuesto almuerzo.

En la bandeja flotaban pedazos de papas y otras verduras diluidas en un líquido café en el que se sumergía la mezcolanza. Pensó en botarla, tirarla por la taza del baño de su celda. Después recapacitó, pensando que tendría que limpiar la taza y que, además, era jueves, y sólo los viernes tenía visita. Sólo entonces podría reaprovisionar su improvisada despensa. Si arrojaba ese almuerzo inmundo que tenía ante él, la posibilidad más segura era que, pasadas las tres de la tarde, comenzara a sentir verdadero apetito. Miró la caja que se encontraba junto a la cama. Para él, esa caja descolorida era la despensa. Revolvió paquetes de té y bolsas de azúcar comprobando el vacío. Se quedó sentado mirando la bandeja y suspiró.

Desde hacía un tiempo y no mucho después de la inauguración del recinto, los almuerzos y en general toda la comida entregada, venía sufriendo un deterioro considerable. Nadie, en su sano juicio, podría haber afirmado que eso que llamaban engañosamente cazuela de pollo, fuera realmente algo emparentado a un pollo, o que aquello insistentemente denominado pescado frito, fuera el cuerpo inerte de un otrora pez.

La comida, un eufemismo para disimular la rutina, era servida en los horarios correspondientes cuando se veía llegar por entre los pasillos a un hombrecito de reducido tamaño y pelo excesivamente tieso que no permitía otra posibilidad de diagnóstico que el que éste fuera un representante del proletariado reventado a través de la historia.

Llegaba pacíficamente, empujando con sus manos hincha-

das y con las uñas ennegrecidas un carrito metálico con dos fondos brillantes.

Se veía que la necesidad lo había llevado a aceptar tan humillante trabajo de servicio menor, no por ser un sucio trabajo de cárcel, sino por los incesantes atropellos sufridos cuando era asaltado verbalmente por el apetito herido de los presos.

En situaciones así no queda más que pensar que solamente la necesidad de subsistencia lo había arrastrado a tan infame infierno.

Su tarea consistía en servir las bandejas con comida, depositar en su justa cantidad las porciones para los condenados y una vez terminado el ritual gastronómico, retirar los despojos sobrantes.

Siempre dejó en claro su condición de neutralidad entre ambos bandos (presos y carceleros) y dejaba muy evidentemente establecido que su tarea se reducía a la repartición y no a la elaboración de la comida, asunto no obviable al momento de dar la cara con tan indeseable alimento. Apodado de mil formas, ridiculizado hasta el infinito, aplastado por presos y carceleros. Quizá la única víctima real de todo aquello era él.

Muñoz tomó un pedazo de pan y lo masticó lentamente, con desgano. Alzó la cabeza y observó al Chang, Patricio Ortiz, conocido así por sus inclinaciones orientales en los sinuosos caminos de las artes marciales. De los cuatro era el que más tiempo llevaba al interior de la cárcel. Aquel era su sexto año de encierro. Ortiz era compañero de celda de Muñoz, pero era también compañero de tragedias, de muertes y plomos. Una extraña comunión en las venas del devenir los reunía. Los hermanos de ambos habían muerto en enfrentamientos. Los dos, Pablo y Chang, habían sido recapturados en la fuga que intentaron en el año noventa y dos.

-¿Por qué tanto asco? -preguntó Chang, mirando a Muñoz.

-Te parece poco estar frente a esto... al menos a mí me queda una cuota de amor por mi estómago, pero en tu caso se ve que

tienes hambrecita, porque te veo comer casi con deleite.

-¿Y qué? ¿Quieres que te traiga la lista de los vinos acaso?

-No, sólo mayonesa para darle algún sabor a este brebaje de brujas.

-No hay mayonesa -respondió Chang.

Muñoz se levantó y salió de la celda con un trozo de pan entre los dientes. Caminó despacio mirando el interior de las otras celdas, viendo como todos comían. Para algunos era un verdadero almuerzo de camaradería, de logia. «Al fin y al cabo se las arreglan para hacer de la mierda un plato de reyes», pensó.

A esa hora la cárcel era como un restaurante, todos se preparaban y comían, charlaban de temas mil veces abordados en otras oportunidades, se miraban las expresiones, las comparaban con las anteriores, todo era como una repetición del mismo capítulo. Retornar y retornar siempre al mismo punto, a la misma letra, al mismo espacio entre mirada y mirada. La memoria era un artefacto innecesario, inútil. Sólo así se podía justificar aquella rutina de rostros sorprendidos por los dichos de otros, a sabiendas exactamente de lo que venía; cada acento e inflexión de la voz era reconocida, pero en esa dinámica demencial la misma voz era aceptada como algo totalmente novedoso, extrañamente sorprendente y aceptado con regocijo.

Muñoz llegó por el pasillo hasta la celda del Negro y Mauricio. En su mesa estaban las bandejas, algunos panes y dos jarros de plástico conjugo. Pero lo que atrapó la mirada de Muñoz fue una bolsa gigante de mayonesa en las manos del Negro.

-Ya sé... vienes a bolsear mayonesa -adivinó el Negro, moviendo la bolsa entre sus manos.

-No vengo a bolsear, vengo a pedirle a mis compañeros -respondió riendo.

-Es casi lo mismo cuando se repite todos los almuerzos y todos los días de todos estos años.

Muñoz miró a Mauricio esperando su solidaridad, pero éste levantó los hombros como queriendo decir «yo nada puedo hacer».

-No hay reciprocidad, viejo -continuó el Negro-, debe haber un sano intercambio entre nuestros territorios. Pero no, cuando aquí estamos en sequía, en tu sector fluyen los manjares.

-Ya pues, que el platillo se me enfría -insistió Muñoz con la seguridad de que todo era parte de la rutina y que al final saldría con la mayonesa en la mano.

-Tomad hijo mío, mi mesa es la vuestra -ironizó el Negro, alcanzándole la bolsa.

-Siempre me haces lo mismo -se quejó Muñoz.

-Hay que pasar el día ¿no?

Muñoz salió de la celda, retornando lentamente a la suya con la bolsa de mayonesa. Luego se detuvo ante la voz de Mauricio que lo llamaba.

-Ahora qué -regresó, mirando a Mauricio.

-Hoy nos vamos a reunir en tu celda a eso de las cinco -respondió Mauricio con la cuchara en la mano, apoyado sobre el respaldo de la silla.

-¿Le aviso al Chang?

-Sí.

La expresión en el rostro de Muñoz cambió de improviso. Miró al Negro que se hacía el dormido.

-O sea va todo en los plazos, ¿verdad? -preguntó Muñoz.

-Así es, y no comas mucho, porque el que no está en el peso justo se queda abajo.

-¿Viste? Pásame la mayonesa -acotó, burlón, el Negro- ¿Acaso no sabes la cantidad de calorías que tiene?

-Prefiero botarla...¿A las cinco entonces?

-Sí, a las cinco -confirmó Mauricio.

-Di que nos vamos a reunir para hablar tonteras -volvió a interrumpir el Negro.

Mauricio lo miró y siguió comiendo.

-Déjate de comer -prosiguió el Negro, dirigiéndose al visitante- ¿O te quieres quedar abajo?

-Preocúpate de ti, que estas bastante pasadito -devolvió la mano Muñoz.

Cuando Muñoz llegó a la celda ya no sentía apetito. Dejó la bolsa sobre la mesa y le dijo al Chang lo de la reunión y el peso.

Después tomó la bolsa y le puso un poco de mayonesa a la comida. La esparció a lo largo de la bandeja, pensando e imaginando lo que el deseo de libertad le provocaba. Abandonar la cárcel le parecía lejano, improbable, casi imposible y más aún de la forma prevista. Se dio cuenta que estaba más escéptico, más alejado de todo aquello que ayer profesaba sin explicaciones. Los días pasaban y él pasaba por los días sin más complejidad, sin pedir cuentas sobre las noches en que recuerda su infancia acompañado de su hermano. Pero se aferra a lo que viene, lo venera cada mañana cuando abre los ojos y ve el techo de la celda. Muchas veces pensó que estar muerto era una de las formas de la libertad. Extraña y escurridiza como el líquido, la quiere y la imagina, la restituye en conversaciones proyectadas por lo que fue ayer. Así es la forma del recuerdo, se vive de lo que se fue, en la medida en que no hay nada por delante. Pero siempre ha sido un optimista, después de todo.

Dejó la cuchara sobre la mesa y dijo: Vamos a hablar sobre los últimos días que nos quedan.

-Nadie puede hablar de eso, ¿o acaso tú sabes cuánto es lo que nos queda?

-Bueno, es una forma de decir.

-Y, según tu forma de decir, ¿cuánto nos quedaría? -inquirió Chang.

-Un par de semanas, más o menos -precisó Muñoz, tomando la bandeja y dejándola en el piso.

-¡Ah! ¿Y eso qué significa?

-Significa que queda poco tiempo para regular el peso de los que están pasados, entre ellos, el tuyo y el del Negro.

Chang se levantó llevando la bandeja vacía hacia la puerta, la dejó en el suelo y se sentó en la cama.

-Ayer me pesé en la enfermería y tengo cuatro kilos más de mi peso normal, y el Negro anda por ahí. Son ocho kilos de sobrepeso, cómo va a ser un helicóptero tan picante que no soporte ocho kilos de más.

-El problema es que viene con tres arriba, más nosotros cuatro, vamos a ser siete, dice Muñoz tomándose la cabeza y reclinándose sobre la silla.

-No sé, pero tienes que bajar de peso.

-Voy a hacer todo lo posible, pero tampoco puedo ponerme en huelga de hambre para bajar, ¿no?

-Es tu problema, y también el mío; si el helicóptero no sube, yo tampoco subo.

-No es para tanto, Muñoz, tampoco soy una vaca.

Muñoz se nota algo tenso, rígido.

Se quedaron charlando sobre las variantes. Ensayaban las posiciones y reían a carcajadas. Las posibilidades de quién podría caer primero al vacío. El pavor ante la idea de caer hasta quedar desparramado sobre el pavimento, como un escupo. Con tal de que sea fuera de la cárcel, se decían ambos, todo bien.

-Estaba pensando -dice Muñoz- en la posibilidad de que a alguien ese día en el patio se le ocurra colgarse con nosotros.

-Si yo fuera ese alguien no dudaría en hacerlo, oportunidades como ésa hay una vez en la vida, pero aquí son pocos los dispuestos a lanzarse así, aunque no sé, es muy difícil asegurarlo.

-Hay muchas variables de por medio que influyen de manera casi imperceptible cuando está en juego la vida -asegura Chang con una mueca reflexiva, pegando los ojos en la ventana de la celda.

-¿Cómo cuáles, por ejemplo? Porque en una situación así

no se piensa mucho...

-No sé, tal vez interfiera demasiado la biografía de la persona, sus expectativas de vida... o tal vez es una situación de puro instinto, quién sabe -Chang se sume en un prolongado silencio, como si la confusión hiciera presa de él, antes de continuar-. Cuando se hace algo con un alto nivel de tensión, te envuelve una poderosa y temporal amnesia que sólo el tiempo y la tranquilidad de la contemplación comienzan a hacer digerible. Claro, siempre que sobrevivas...

-Demasiadas palabras, creo yo; la cosa es más simple: o te mueres aquí o te mueres intentando algo -finalizó Muñoz con seguridad.

-Sí, puede ser más simple, pero no por ello va a dejar de tener su complejidad. Al final, siempre se termina eligiendo; el problema es cuánto de esa elección (que supuestamente es una realización de la libertad como individuo) está determinada por factores desconocidos y, ante los hechos, parecieran ser sólo un antecedente más de lo que muchas veces es capital para entenderse y asimilarse mejor, aunque no me gusta usar los conceptos de mejor y peor.

-Mmm, puede ser, quién sabe -responde Muñoz dudoso en cierta forma de todo lo que dice Chang.

-Yo no podría dar cuenta de mí mismo -prosigue Chang-. Como un sujeto plenamente autónomo y que se basta a sí mismo, ésa es una utopía que nace a partir del modelo de hombre absoluto, y desconozco los sutiles mecanismos que se activan en las articulaciones de mi voluntad. Cuánto de mi historia social está influyendo, cuánto de mis afectos escondidos, que no reconozco como propios, determinan, tras todas las elecciones que he hecho en mi vida, una manera de asumir la vida. De cierta manera estamos predeterminados por lo que otros fueron, algo tiene que ver la tradición en todo esto. Es como si se tendiera a la reproducción de seres idénticos a través de la historia, ¿no?

-La verdad, te fuiste para el lado de los cocos, comenza-

mos hablando de la posibilidad de que alguien se nos colgara, y terminaste en tradición y no sé qué otras cosas -responde Muñoz, levantándose y tomando una caja con cassettes.

-Tu problema es el totalitarismo -contesta Chang-, mejor voy a caminar al patio.

-Excelente idea -acota Muñoz, cerrando la casettera de la grabadora, mientras empieza a oírse a gran volumen *Foxy-Lady*, de Hendrix.

Chang salió de la celda escuchando el grito de Muñoz: ¡¡Latero!!.

-Vos mismo -respondió desde afuera, riéndose.

Era costumbre de los presos, después de almorzar, comenzar a pasearse de un lado a otro buscando un estímulo que los sacara del letargo, que les entregara una inusitada novedad capaz de diferenciar un día respecto del otro, para llamar este día lunes y ése martes, y no una amalgama de tiempo indiferenciado.

Muñoz se había extrañado de que nadie fuera a verlo. En toda la tarde, nadie entró a su celda. Comenzó a sentir un sopor y se recostó sobre el camarote que le correspondía. Se quedó mirando hacia el techo con la puerta abierta por el calor.

Con una suave sensación de vacío, pensó en la fuga. Sin embargo, para ser estrictos con los términos aquí utilizados, no se trataría precisamente de una fuga, ya que la fuga como concepto, al parecer (porque no existe concordancia semántica en torno a los alcances y significaciones entre una noción y otra, en este caso la binaridad fuga-rescate), no corresponde con exactitud a lo que hay en la mente de Muñoz.

Discusión bizantina, por cierto, pero no por ello inútil en el momento de definir si lo que pensaba Muñoz era su fuga o su rescate. En primer lugar, la fuga implica una situación extrema, al igual que el rescate. En ese sentido, ambos conceptos sobreviven en los márgenes de la vida, pero, paradojalmente, pertenecen a ella como un órgano al cuerpo o como el dolor a la poesía.

A simple vista, la fuga es la salida, el escape de los márge-

nes legales y comprende, fundamentalmente, un esfuerzo por parte del que realiza o ejecuta la fuga. Se tiende a pensar en el fugado como un sujeto activo, y en el rescatado como un sujeto pasivo, víctima del rescate por parte de otros que, en este caso, serían los activos. No hay rescate sin el consentimiento del rescatado, y, por tanto, también pasa a ser un sujeto activo que aporta sus fuerzas, aunque éstas sean sólo simbólicas, para que el rescate se constituya como tal.

¿Entonces, cuáles son las diferencias? ¿Qué jardín de rosas hay entre una y otra noción? Para qué tantas palabras cuando casi todas llegan a lo mismo. Decir las mismas cosas una y mil veces con la retorcida diferencia de acentos y espacios inventados a fuerza de lugares comunes. Quizá ya hace cien años que los libros lo dijeron todo y nadie pueda agregar más, haciendo de la tristeza un lugar habitable. Esta cárcel tiene a veces eso, o mejor dicho, tuvo eso de bueno. Porque a Muñoz sólo le quedó ir subiendo, igual que los otros tres, ya que no había nada más en los escalones de la subtierra y sólo así obtuvieron el instante que lograron ver la tierra que antes pisaron.

Muñoz se durmió sin darse cuenta de que realmente estaba pensando. Durmió hasta diez minutos antes de la reunión. Se levantó y bajó por las escaleras, llegó hasta la reja que separaba el patio de la escalera a través de una sala que llamaban colectivo. Esperó al guardia para que le abriera. Entró al patio y vio a otros presos haciendo deporte. Entre ellos estaba Chang. En las duchas divisó al Negro y mientras caminaba vio a Mauricio. Le extrañó que todos estuvieran abajo, pero no le dio mayor importancia y siguió hasta el lavamanos. Abrió la llave del agua y se dio un fuerte chapuzón con ambas manos sobre la cara, se mojó el pelo y luego se dirigió hacia Mauricio, que caminaba solo.

-¿Estamos en condiciones? -preguntó Mauricio con tono festivo y paso lento.

-Sí, ya ordené la celda -contestó Muñoz.

-Se me olvidó decirte hace un rato que vamos a ensayar

las posiciones que tendríamos en el canasto.

-Eso ya lo arreglé, el Negro me lo había dicho, y vimos la posibilidad de inventar algo parecido al canasto.

-¿Qué cosa? -preguntó Mauricio preocupado, siguiendo el paso acelerado de Muñoz.

-Nada sospechoso, arriba lo vas a ver, en todo caso no es nada extraordinario, es sólo para ver cómo vamos a instalarnos, ¿no?

-Sí, necesitamos algo semejante en tamaño y dimensión al canasto.

Mauricio acercó su muñeca a una distancia aceptable para la verificación de la hora.

-Estamos en la hora. Yo voy a subir primero -continuó Mauricio-, después háganlo ustedes y no se vengan amontonados, mientras menos sospechas para los demás, mejor.

La idea del canasto había sido un verdadero parto. Se fue gestando lentamente, con dificultad, mutaron cuerdas y arquitectura. A principios del mes de julio llegaron unos dibujos a las manos de Mauricio. En ellos se veían cuatro secciones, cada una correspondía a un ángulo de su efectividad.

En uno de aquellos croquis se especificaban cuatro cuerdas y unos pequeños arneses en sus extremidades. Se trataba simplemente de lanzar las cuatro cuerdas desde el helicóptero y que los rescatados-fugados se calzaran los arneses para volar colgados por los aires. El otro croquis, que graficaba una idea más operativa y ágil, requería menos tiempo de colocación, pues se trataba de cuatro cuerdas anudadas, lo que posibilitaba tomarlas rápidamente y, aferrarse a los nudos como topes para no caer. Éste fue desechado inmediatamente por no cumplir requisitos para la seguridad de los transportados. El tercero era, quizás, el embrión del canasto. Una circunferencia tejida como red de pescador pendiendo de cuatro poderosas cuerdas amarradas alrededor de la circunferencia.

Este último diseño fue el elegido por todos: ofrecía seguridad y confianza para un buen ascenso por los aires, mien-

tras desde tierra se abría el fuego.

Esta era la idea principal del canasto. En principio fue un concepto algo tosco, por no decir grosero. Parecía una batea. Desde un principio se pensó confeccionarla con material blindado. Pero el problema era el peso y su rigidez, lo que podía significar que, al caer desde quince metros de altura, el canasto se destrozara. Así pasaron los meses iniciales, discutiendo la mejor manera de confeccionar el canasto y optimizar sus características. El Negro había leído, en una revista, algo acerca de las nuevas generaciones de un producto llamado Keblar. Había sido un artículo dominical casi imperceptible; y en él se hacían elogios acerca de la confiabilidad de este material de última generación: capaz de detener un proyectil de alto calibre, pero susceptible de ser atravesado por el filo de una navaja casera («las contradicciones de la vida», pensó el Negro mientras leía). Lo que le llamó la atención, sobre todo, fue el peso del material blindado. Era casi como vestir una polera veraniega.

Con estas nuevas características, y otras desconocidas, se comenzó a dar vida y gestación a la criatura que finalmente habría de transformarse en un vientre materno acogiendo a los rescatados-fugados.

No fue fácil conseguir dicho material; tampoco fue sencilla la construcción. Fue el resultado de un delirio de demencia, como aquel en que un poeta construye los oxímoron de sus metáforas.

Estaban los cuatro en la celda. Se sentaron alrededor de la mesa, en sus sillas plásticas. No había nada sobre la mesa salvo las manos de algunos de los presentes que circulaban por el plástico blanco de la superficie.

-Bueno -comenzó Mauricio-, ya tenemos fecha para la pintura.

[A modo de reseña explicativa, estos presos, tan presos, habían diseñado un argot que no levantara sospechas para oídos

siniestros, codificando los nombres y acciones de su planificación. No se trataba de una labor criptográfica que requiriera de años de codificación, ni los servicios de un buen hermenéuta o exegeta de textos cristianos. Las claves se valían del simple y artero sentido común: Pintura, para referirse a la acción misma del vuelo del helicóptero; pintor, para el piloto; profesores, para quienes abordarían el canasto; museo, la cárcel en sí; pinceles, para las armas cortas; brochas, para las largas; cuadro, el helicóptero; críticos de arte, los guardias armados; pintar, para la ejecución de la operación... y existía ahí la alternativa de ‹pintar con velocidad› o ‹pintar como Van Gogh›, esto último haciendo referencia a los trazos impresionistas y fulminantes de dicho artista y no al cercenamiento de su lóbulo. Era fácil y simple. Sin complicaciones conceptuales que problematizaran la comunicación. Todo rápido y expedito].

Cuando Mauricio les comunicó que ya estaba definida la fecha, los tres se quedaron mirando entre ellos con nerviosismo.

-Está programada para dentro de dos semanas, si es que todo va bien.

La estada en el patio para ese día era complicada. Hacía tiempo que estos presos llevaban una rutina imposible de romper de la noche a la mañana sin levantar sospechas. Almorzaban en sus celdas y casi siempre bajaban por las tardes a hacer deporte, jugar a la pelota o simplemente caminar.

El hábito de la siesta estaba muy arraigado en algunos de ellos. La operación siempre fue concebida a partir del horario donde existía mayor relajo por parte de los guardias y aquella era la hora de almuerzo. Muchas veces, en los estudios que hacían los cuatro respecto de las rutinas de los vigilantes, se les había visto durmiendo sobre las marquesinas.

-No tenemos muchas posibilidades -opinó Muñoz, acaparando la atención de los demás-, lo único que podemos hacer es bajar a almorzar ese día. El problema es después.

-Después podemos inventar una reunión y se acabó -propuso Chang.

-¿Y las cámaras? -preguntó el Negro-, seguro que tienen anotado en una bitácora todos los movimientos que tenemos como rutina... Ahora, lo que podríamos hacer es comenzar a romper esa rutina desde ya y bajar a almorzar desde mañana, como lo hacíamos antes.

-Me parece bien -intercedió Mauricio-, y luego hacemos el espectáculo de la reunión con papeles y todo, nos quedamos dentro del colectivo hasta escuchar los primeros disparos del helicóptero.

-Una pregunta -intervino Muñoz-, cómo van a saber los pintores del cuadro la ubicación exacta de nuestro sitio.

-Yo había pensado -respondió Mauricio-, que fuera una señal de color fuerte, para que se note desde arriba... podría ser un recipiente para lavar ropa, no es sospechoso que mandemos a comprar uno. Incluso puedes mandarlo a comprar mañana -concluyó, dirigiéndose a Muñoz.

-¿Amarillo? -inquirió éste.

-Perfecto -opinaron todos.

-Ahora bien -continuó Mauricio-, la bajada se hará en grupos: primero yo con el Chang, a las doce, ordenamos el comedor y luego, media hora después, bajan el Negro y Muñoz con los utensilios de la comida.

-Me parece imposible que estemos hablando de todo esto -intervino el Negro, rompiendo el aburrimiento que provoca hablar secamente-, hace un rato estaba pensando en otras cosas... y ahora estamos viendo la mejor manera de abordar una nave voladora, nadie sabe lo que nos pueda pasar, pero al menos vamos a intentar algo para no morir achicharrados al sol. -Impredecible como el tiempo, ¿no? -opinó Chang, haciéndose cargo de la observación del Negro-. Han pasado muchos años, pero pareciera que fuera muy poco... Hace cuatro años hablábamos con Muñoz, la noche antes de la fuga de octubre... Quizás ahora lleguemos de nuevo a sentir

lo que sentíamos la noche previa a la catástrofe.

-Esta vez va a ser diferente -aseguró Mauricio, tocándole los brazos-, ya es hora que nos toque algo bueno.

-Yo prefiero no recordar los días anteriores a la fuga -acotó Muñoz-, dicen que es de mala suerte mirar hacia atrás cuando te has escapado; dicen que vuelves una y otra vez al mismo lugar del cual te escapaste.

-Patrañas, sólo alegorías cristianas -sentenció el Negro- ¿Acaso la mujer de Lot no se convirtió en sal porque deseaba profundamente la ciudad que abandonaba?... Ella sólo quería volver, la vida para ella era plana sin la voluptuosidad del libertinaje, prefirió la sal al aburrimiento... Pero yo no quiero volver jamás y creo que aquí nadie quiere eso, así es que pueden mirar hacia atrás cuando vayan por el aire.

Después de esa interrupción se abocaron con afán a lo que les quedaba; determinaron las disminuciones de peso para el Chang y el Negro (que por cierto jamás lograron); acordaron que las armas al interior del canasto las portarían Mauricio y Chang, quienes cubrirían la subida del canasto. Vieron la posibilidad de que algún otro preso se colgara en el momento exacto y para eso sólo quedaba un método disuasivo y fulminante, amenazar con una de las armas al polizonte.

-No hay otra alternativa -dijo Muñoz.

Y determinaron suspender las actividades deportivas una semana antes de la operación, para prevenir cualquier accidente.

Después de haber desentrañado toda la planificación teórica pasaron a la ejecución del ensayo de subida.

Muñoz se levantó y les pidió que salieran de alrededor de la mesa, luego la dio vuelta y con entusiasmo dijo: «Señores, su canasto», mostrando con ambas manos la mesa con sus cuatro patas hacia arriba, simulando ser las cuerdas que sujetarían el recipiente.

Estuvieron discutiendo un buen rato, hasta que lograron decidir que el Negro y Muñoz se subirían primero, no sin

antes acomodar el canasto en una posición favorable para los futuros evadidos, ambos irían en el mismo lado, para contrapesar el peso de Mauricio y Chang, mientras éstos tomaban las armas y cubrían cualquier intento de los guardias por frustrar el empeño de años. Calculaban, elucubrando, que esa primera fase tardaría unos diez segundos. De lo que habría de suceder después no sabían nada, ni a dónde se irían ni quién los recibiría, estarían en manos de los tripulantes del galeón volador hacia el «Locus amoenus»...

La puerta de la celda de Muñoz se abrió y salieron Mauricio y el Negro. Muñoz y Chang se quedaron ordenando la celda. Habían estado cerca de dos horas reunidos. Era la hora de la segunda comida del día, al menos para unos. Chang bajó y detrás lo siguió el Negro, ambos iban al patio a caminar.

Acostumbraban a caminar separados. De un lado a otro, de extremo a extremo, debido a la estrechez del patio, mirando el cielo, no por una actitud de ruego sino porque era el lugar más despejado para mirar. Enfocaban las estrellas para no perder el gusto a la distancia y a la profundidad de campo que con el encierro se va perdiendo.

La noche caía y hacía calor, no habían palabras que hicieran mella en el silencio que deambulaba por los pensamientos.

De tanto ir de un extremo a otro terminan caminando juntos.

No se dieron cuenta, pero terminaron intercambiando palabras.

-¿Nervioso por el gran día? -preguntó el Negro, sin esperar una respuesta.

-Más que nervioso, ansioso. Si existe algún principio trascendente, espero que ese día esté con nosotros -respondió Chang con melancolía, para luego continuar-. Aunque el día previo a la fuga de Octubre dije lo mismo, terminó muriendo mi hermano Pedro. Lo que tenga que pasar va a pasar, con nuestro consentimiento o sin él.

-Es primera vez que te escucho hablar de la fuga pasada sin que se nombren las anécdotas de ésta -observó el Negro.

-¿Anécdotas?

-Bueno, es un modo de decir, las anécdotas no sólo se relacionan con los aspectos lúdicos de la situación, aunque le demos este sentido para narrarlas posteriormente. Imagino que es para acceder a ellas en un mejor pie del como las vivimos.

-Sí, tal vez sea eso -respondió pensativo Chang-, lo cierto es que no me puedo desprender de todos esos momentos; pareciera como si estuviéramos encadenados constantemente a un universo de causalidades. Ya estábamos muertos de antemano -agregó, escudriñando las murallas de la cárcel-, sólo nos quedaba consumar el futuro.

El Negro lo miraba y se disponía a preguntarle detalles acerca de cómo había vivido la fuga. Había escuchado de otros algunas versiones, principalmente de Muñoz, que fue el otro sobreviviente entre tanta sangre y horror, pero nunca de Chang, nunca una palabra acerca de su intimidad, como si fuera aquella llave que se guarda como un verdadero objeto preciado, que se lleva encima hasta que nos convertimos en un terrón de tierra en el cementerio de las cosas pasadas.

-Quizá si no me hubiera detenido a ver la muerte de mi hermano hoy estaría en otra parte -comenzó-, pero las cosas son así, el instinto de fraternidad y de reunión fue más fuerte que mis ansias de libertad. Es cierto, yo no podía devolverle la vida, se le iba como el agua entre los dedos, y sólo pude hacerle compañía mientras cerraba los ojos. Tengo en la memoria grabado su rostro, su mirada como pidiéndome que no lo dejara; eso me acompaña todos los días y creo que así será hasta el último minuto de mi vida.

-Pero hasta ese momento tú estabas bien, aún no te habían herido, ¿no?

-Sí, pero me encontraba inmovilizado, pulsando el gatillo del revólver que ya no tenía balas; era un gesto de mi mano independiente de mí, un segundo de esquizofrenia física nos mantuvo separados, mi mano y mi cuerpo querían seguir

defendiéndose mientras yo, que ya era otra persona, miraba como se moría mi hermano. Después me pegaron unos tiros y caí al lado de Pedro. Antes había visto al Palito (José Miguel Martínez) y al Pum-Pum (Mauricio Gómez Lira), correr en dirección lateral. Fue entonces cuando se metieron en la casa donde los fulminaron. Ya no tenían munición. Corrieron cuanto pudieron y los alcanzó un cansancio de años. Pero bueno -continuó, suspirando-, ya están muertos y era el maldito riesgo que nos perseguía desde que éramos niños. El Pum-Pum tenía que salir de alguna forma, necesitaba el aire tanto como la esperanza y no descansó hasta que su ingenio dio con la forma de salir. No soportaba el encierro, le ahogaban las murallas y el color de la cárcel. Se estaba muriendo sin hacer nada y alcanzó a la muerte antes de que ésta se acostara junto a él... El Palito debe haber muerto con su habitual inquietud. Lo más probable es que ande interrogando al destino sobre la energía cuántica y la expansión del universo -concluyó, riendo.

-A veces pienso que somos fragmentos de una raza extraña, destinada a escapar de todas partes, adicta a la inconformidad perpetua -cavila el Negro, pateando unos papeles esparcidos sobre el cemento.

-Ese diez de octubre no era nuestro día -señaló Chang-, y menos para aquellos que murieron. Al menos les dimos una buena pelea y no nos rendimos, solamente nos vencieron.

-Pero bueno -agregó el Negro-, la derrota es más larga que un triunfo y por su longevidad es más fructífera. Te permite estar más allá de la superficie dándote el don de la contemplación. Tiene más caminos y senderos por donde atravesar de un extremo al otro en la vida; es difícil conocer la derrota y más aún reconocerla como...

-Así es -interrumpió de pronto Chang-, pero como todas las cosas son estados transitorios, la vida misma es una derrota, pues es el proyecto nunca finalizado del hombre. Solamente vivimos para vivir y nos inventamos un sentido para justificar el peso de la existencia llevada por años y años.

-La vida... a secas -agrega el Negro.

Esa noche siguieron conversando y caminando hasta que apareció un guardia que les indicó que ya era la hora del encierro. Chang miró al guardia y contestó: «te esperas hasta que terminemos».

Después, subieron pensando en las dos semanas venideras. El Negro entró a su celda y respiró, llenándose los pulmones de aire, diciendo para sí mismo en voz alta: «es la vida». Mauricio lo miró como lo miraba todos los días.

Chang tomó un monedero de su bolso (regalo de su hermano) y le dijo a Muñoz: «dentro de dos semanas, la vida se abrirá paso».

Más tarde comenzaron a cerrarse las puertas de las celdas y todo volvía a ser igual como los días de encierro. Todo, salvo un estremecimiento en los tendones de cuatro presos que, ya pronto, dejarían de serlo.

CAPÍTULO X

-¿Y no hay uno que sea más grande y con algo más de capacidad? -preguntó Distéfano, observando las fotos colgando de la pared.

Hace un rato había pensado en lo poco acogedor de la oficina con todos esos papeles por todos lados. Poco común una oficina en medio de hangares, hélices de helicópteros y aviones. Un mundo de seres voladores que se pasan gran parte de su tiempo en el aire, lo que les genera una percepción distinta a la del hombre terrestre, que lo ve casi todo hacia arriba, que camina mirando hacia el cielo o simplemente hacia el frente. Quizá si el hombre, desde sus inicios, hubiera sido alado, sus dioses inventados permanecerían bajo la tierra. Aquel lugar sería el sitio deseado para el merecido descanso de las almas y no el cielo, como ocurre con el hombre terrestre.

-Sí -contesta Juan Griffin con la amabilidad acostumbrada, conocida por Distéfano.

Juan Griffin era hijo del dueño de Lassa, empresa que arrienda aparatos voladores, sobre todo helicópteros. Griffin solía pilotear algunos cuando no había otro piloto que lo reemplazara. Ahora hacía de administrador, dejando a su padre las tareas de más alta alcurnia en el negocio.

-Hay un UH Bell, pero no sabría si está disponible para los días que usted me ha pedido; tendría que verificar, porque creo que lo ocuparán para ir al sur. ¿Sabe?, en esta temporada de fin de año se incrementan los pedidos de vuelos, sobre todo de turistas que quieren conocer nuestro país desde el aire. En todo caso, el modelo que tengo es el más grande que le podemos ofrecer por el momento. La verdad, no tenemos otro más grande.

-Pero, bueno -dice Griffin, tratando de ganarse la confianza de Distéfano con palabras seguras-, me imagino no es tanta gente la que debe querer viajar en helicóptero, ¿o sí?

-No, no es mucha. Son alrededor de cinco turistas y yo, quien hace de guía para que conozcan el país. Tienen la intención de ir hacia el sector de Farellones o en su defecto, hacia la costa o la Sexta Región, para ver el lago Rapel.

-¡Ah, excelente región en esta temporada! -acota Griffin-, Pero la sequía está afectando el paisaje de esa hermosa zona, aunque aun así lo recomiendo.

La situación no incomodaba en ningún sentido a Distéfano, quien relucía de confianza y tranquilidad, posesionado de su papel de guía turístico. La mentira ya era parte de su rutina, falseaba con estilo, inventaba como un mitómano situaciones y hechos que sólo existían en aquellos momentos en que lo dominaba la actuación y la falsa realidad. Se movía con soltura y desplazaba sus brazos para realzar la coherencia de sus continuas teatralizaciones.

Hace un tiempo, Distéfano, le había entregado a Emilio una precaria lista con lugares donde prestaban ese tipo de servicio. Fueron eligiendo con una dinámica de descarte y, al fin, sólo quedó la empresa Lassa, ubicada en el aeródromo de Tobalaba.

Ahí estaba ahora Distéfano, consultando las posibilidades y disposición de las aeronaves. Fuera de la oficina y esperando a Distéfano, permanecía el Piloto. Observaba las aeronaves y acudían a su memoria viejas hazañas del aire, ahí se posaban nuevamente frente a él los aparatos voladores. Le gustaban, los admiraba como quien ve un secreto muy profundo de su propia personalidad. Tenía desde su infancia una obsesión por todo lo que volara impulsado por engranajes y metales, todo lo que cruzara el cielo dejando una estela de ruido provocado por hélices y turbinas demoníacas.

Es cierto, tenía una inclinación por el espanto y la turbulencia, como la tuvo el día que vio cruzar el cielo esos cazabombarderos de la Fuerza Aérea de Chile para el once de septiembre de 1973.

Desde su casa quedó conmocionado por el ruido y la

quebrazón del cielo. Los vio sin la acostumbrada carga de emociones dilatadas por el dolor y la rabia. Los vio con placer, no por la significación política que llevaban en el aire esas máquinas, sino por la vitalidad y el poder que le provocaban. Así, se quedó todo ese largo día en el patio de su casa mirando hacia el cielo.

Nunca entendió mucho lo que estaba sucediendo, tampoco comprendió cuando su padre y su madre desaparecieron de un momento para otro en esos días convulsionados.

Quedó, tiempo después, al cuidado de su tía, una señora con la cual jamás tuvo algún tipo de relación.

Era un adolescente, y jamás pidió explicaciones de lo sucedido. No supo hasta años después que sus padres habían sido fusilados, ya cuando era demasiado tarde para reanudar el recuerdo de ellos. El tiempo había pasado por su memoria arrasándolo todo.

Siguió amando lo que volaba, pero no en esa relación platónica de objeto de admiración pura. No le gustaban las aves, las encontraba demasiado frágiles, incongruentes, excesivamente prosaicas, como un fragmento de cielo inconcluso. Le gustaba abordar las naves como un corsario a la usanza del impostor Tom Castro, antiguo y lóbrego pirata suplantador chileno, conocido en los suburbios de Talcahuano.

Así, el Piloto aceptó una tarde de domingo cuando le ofrecieron pilotear una nave entre disparos y gritos de desesperación. Aquel día se dio a la reflexión y se otorgó importancia a sí mismo. «Lo voy a pensar», dijo con un aire desmejorado, y al cabo de diez segundos aceptó, preguntando: «¿Dónde está mi helicóptero?»

Pasaron siete meses y tenía su helicóptero ante él. En rigor, no era suyo, pero en unos días más y con el argumento de la intimidación se armaría de un helicóptero propio por unas horas.

En la oficina seguían acordando los requisitos para el alquiler de la nave.

-Bueno, el precio es elevado, no es barato alquilar uno de éstos -decía Griffin, interrumpiéndose a la vez que comprobaba las reacciones de Distéfano-. Son seis mil dólares de depósito, más el tiempo de vuelo. -Los ojos de Griffin se volvían hostiles cada vez que mencionaba la palabra dinero, como si un apetito inconmensurable lo abordara.

-Señor Griffin -respondió Distéfano-, no se preocupe por el dinero. Mis clientes son gente con recursos, y por ese lado no hay ningún contratiempo, lo que sí le rogaría es que me ponga en conocimiento de la disponibilidad, para que mis clientes no pierdan su tiempo en ir y venir.

-Mmm, así es, trataré de ser lo más exacto posible, pero aquí, en determinados momentos hay urgencias que nos es imposible soslayar, ¿me entiende? Aunque durante toda la semana no tenemos ningún compromiso, lo que significa que pueden venir y abordar una máquina sin problemas.

-Bueno, pero déme una fecha para finiquitar nuestro trato. Es decir, dígame un día para venir con mis clientes.

-Eso no es problema -respondió Griffin, tomando un calendario y pasando el índice por las fechas, mientras mascullaba algunas palabras, agregando: -Sí, puede ser mañana mismo, ¿le parece?

-Perfecto, me parece bien, así me da tiempo de arreglar otros contratos que tengo a la vista.

-Parece que le va bien en estas fechas, ¿no?

-Así es, mientras más turistas mejor para mí. ¡ Ah!, una cosa se me olvidaba, ¿los pilotos tienen experiencia?

-Por supuesto, tenemos los mejores y más experimentados pilotos, así es que váyase tranquilo y comunique esto a sus clientes, con nuestra empresa tendrán la mayor seguridad en el aire.

-Bueno, ha sido un placer tratar con usted -le dice Distéfano, extendiéndole la mano y una cordial sonrisa.

-El placer es mío, señor Distéfano. Lo espero mañana por la mañana para ver los detalles del vuelo de sus clientes.

-Así es, con seguridad vendremos, no se preocupe por eso. Creo que estaremos muy temprano por acá -contesta desde el umbral de la puerta de la oficina, mirando al Piloto que -para él- hasta ese momento era el compañero› P».

-¿Vamos? -dice dirigiéndose al Piloto.

-¿Ya está?

-Sí, y cuando te diga mira a la izquierda, y verás el helicóptero que nos alquilarán.

Caminaron unos metros hacia la salida del aeródromo y Distéfano le avisó: -Ese es.

Mirando hacia la máquina, el Piloto hace un gesto de aceptación y dice:

-Está bueno, es un Bell Long Ranger y parece en buenas condiciones, debe tener pocos años de vuelo y ese modelo soporta buena carga.

-¿Y cómo sabes todo eso? En ese momento, a Distéfano le asoma su poder básico de conclusión heurística, y suma todas las operaciones en un afán mnemotécnico para llegar a un resultado que ha guardado en silencio.

Llegaron a la salida, donde esperaba Emilio al interior del Legacy, con un diario abierto sobre el volante.

Ambos subieron, y Distéfano le hizo un gesto a Emilio, dándole a entender que estaba todo listo. Luego, se fueron por avenida Larraín, en dirección poniente, y en seguida tomaron por avenida Tobalaba hacia el norte, Emilio al volante, el Piloto a su lado, y Distéfano en el asiento trasero.

-¿Y ahora, adonde vamos? -pregunta el Piloto, ansioso por narrar lo del helicóptero.

-A sentarnos a algún sitio para hablar con tranquilidad ¿no?, mi querido amigo -dijo Emilio, dirigiéndose a Distéfano por el espejo retrovisor.

-Adonde tú digas, ya que te tengo buenas noticias -respondió Distéfano, con las manos en ambas cabeceras-. Parece que las cosas avanzan, pero al Piloto lo noto silencio-

so -prosiguió con suspicacia y sonriendo.

-¿De qué piloto estás hablando? -preguntó Emilio frunciendo el entrecejo.

-Bueno, quizá no me corresponda, pero la curiosidad es connatural al destino del hombre, y tal vez sea mejor así. Al menos se hacen las cosas con más ingenio;

la verdad, todo esto siempre me ha despertado pasión, y no creo que por sacar algunas conclusiones, de suyo a la vista, vaya a perjudicar los resultados que tienen en mente. Pienso que no está mal ir deduciendo ciertas actitudes. Es cierto, debo callar a futuro, lo he tenido en cuenta desde que comencé con todo esto, y sé lo importante que es para ustedes, pero créanlo, también lo es para mí, así es que no duden de mi silencio. Sé que mis sospechas nunca van a ser confirmadas, hasta el día del juicio final.

Me imagino que he ido ganando la confianza de ustedes, en la medida en que he hecho lo que me han pedido, y lo he hecho con esmero y hasta el momento no ha salido nada mal, por el contrario, ha salido todo bien y en los plazos. Mi hipótesis del atentado a Pinochet veo que naufraga y no tiene destino alguno, salvo en los breves momentos en que vivió en mi pensamiento. Pero, bueno, ya estoy en conocimiento de lo que van a hacer, al menos en mi imaginación que, contando el caso anterior, pocas veces ha fallado. Además, no es muy ingenioso aquello del compañero «P», que en definitiva era el compañero Piloto...

Habló con resolución. Emilio y el Piloto seguían mirando hacia el frente. Calles, autos, árboles y las manos de Emilio sobre el volante, llevándolos hacia un lugar de encuentro.

El Piloto miró a Emilio con cara de yo no le dije nada.

Emilio resopló y fue frenando hasta quedar frente a un semáforo, donde se detuvo mirando a la gente cruzar la calle. -Qué más se puede hacer -dijo distraído-. Hay cosas que no se pueden ocultar eternamente, y no hay mayor complejidad en todo esto, con tal que guardes silencio respecto del Piloto

y tu hipótesis, que no te vamos a confirmar, como muy bien dijiste, hasta el día del juicio final.

-De eso no hay que preocuparse. Te dije todo eso porque es mejor que sepas que yo tengo algunas cosas claras, y supuestamente no debería tenerlas. Pero he ahí la diferencia entre lo que deberían ser y lo que son originalmente las cosas: un abismo de supuestos puebla esa distancia.

-Mi fuerte no son los castillos construidos con palabras -acota el Piloto-, pero ahora que sabes más de lo que deberías saber, gracias a tus condenadas interrogaciones, bienvenido al club.

Habían recorrido bastante desde la salida del aeródromo de Tobalaba, pero ni siquiera lo habían notado entre tanta palabra y gesticulación.

Llegaron por avenida Tobalaba, y estacionaron el vehículo una cuadra antes de avenida Apoquindo. Caminaron a la fuente de soda ubicada en la misma esquina. En las mesas de afuera, estaba el Fusilero con un libro sobre la mesa y una bebida.

-¡Oh!, veo que es una convención de conspiradores -les dice a modo de bienvenida desde la silla. El Piloto le hace un ademán con el dedo entre sus labios, dándole a entender que guarde silencio. Emilio lo mira y le dice que se sentarán adentro.

Tomó su libro y siguió al grupo. Se sentaron y pidieron café para todos.

A esa hora no era mucha la gente que concurría al lugar, lo que permitía hablar con cierta soltura. Empezaron hablando sobre las averiguaciones de Distéfano.

Relató con detalles los requisitos para el alquiler, ante la mirada atenta de los otros. Desmenuzó cada palabra retenida en su memoria, cada antecedente, como si fuera un interrogatorio cuya información sería vital para la determinación de un conflicto.

Muchísimas cosas ya estaban pasando por la cabeza y los ojos de Distéfano por esos días. Dentro del café, los tres hombres que abordarían el helicóptero se enteraron defini-

tivamente de que no existían mayores contratiempos para realizar el vuelo de prueba planificado.

A Emilio se le veía ansioso cada vez que exigía de Distéfano mayor claridad; lo estrujaba, le repetía dos o tres veces la misma pregunta, urgía a los otros dos que corroboraran lo que en ese momento hablaba Distéfano.

A eso se le podría llamar neurosis o simple nerviosismo por lo venidero. Lo cierto es que Emilio se abocó de lleno a anotar innumerables cosas en una libreta mientras hablaba con los demás.

-Cómo viste las máquinas -preguntó Emilio dirigiéndose al único entendido en esa materia.

-Sí, están buenas, al menos la que dijo Griffin que nos pasaría es un Bell Long Ranger, de buen año y sin problemas. Sacaremos al grupo acordado. Es lo más grande que puedo manejar y lo único disponible. Mis capacidades se reducen a eso.

-Definamos, entonces -dice Emilio, dirigiéndose a Distéfano-. ¿Podrías ir hoy en la noche a la casa de Rapel, y por la mañana traer a Santiago a las mujeres que nos van a acompañar? En la tarde, contacta el furgón de turismo del que hablamos para que nos pase a buscar a este mismo sitio mañana. Define una hora y después me dices. Mañana, después del vuelo de prueba, hay que ir a buscar los fusiles y el otro material, que debes recoger en esta dirección. -Sacó de su bolsillo un papel pequeño, pasándoselo a Distéfano-. Ahí están enterados de que mañana por la tarde irá un hombre a sacar las cosas, después las llevas en el Lada que compraste y las guardas en la casa dos de Rapel, ¿entiendes?

-Todo claro -responde Distéfano asintiendo con la cabeza.

Emilio levanta el brazo .y mira su reloj. -Es mejor que te vayas, o se te va a hacer tarde para todo lo que debes hacer hoy.

-Sí, es mejor -responde éste-. ¿Mañana en la mañana nos vemos aquí mismo?

-Sí -contesta Emilio-. Yo te llamo y me confirmas la hora en que citaste al furgón turístico.

Distéfano se despide de los otros concurrentes, y luego sale hacia la calle con su paso habitual por entre las mesas y la gente.

-Como ven, queda poco -acotó Emilio-. Mejor, así salimos luego de todo esto, respondió el Fusilero, este ritmo de bares y tabernas ya me está cansando, y no hay día que no despierte con un nudo en el estómago, pensando en el día que vendrá.

-Y que tal vez sea él último -le respondió el Piloto.

-No es para tanto -agrega Emilio-, todo va a salir bien. Qué tan malo puede ser quedar entre hermanos. Vivos o muertos quedaremos juntos, además, mañana sólo es un viaje de prueba y te debes fijar en todos los detalles técnicos.

-Prefiero quedarme con ellos, pero vivo -dice el Piloto-. No sé si muerto pueda saber realmente dónde estoy y con quién. Desconozco mis sucesivas reencarnaciones, y no podría decir con quién he estado muerto y tampoco con quién voy a morir. Respecto de los detalles técnicos, lo tengo todo bajo control.

-Siempre terminamos hablando de la muerte -interrumpe el Fusilero-, creo que es la primera vez que hacemos algo para sacar a algunos de ese sitio, y dele con lo de la muerte. A propósito, aquí tengo una idea para un comunicado al gobierno, si nos va bien y sacamos a los presos -continuó, abriendo el libro que llevaba-. Es un texto sobre un monumento o algo así, escuchen: *Yo te vi tirado en la puerta de un lupanar de Kioto y no pensé que estabas meditando la venganza de tu señor, y te creí un soldado sin fe y te escupí en la cara. He venido a ofrecerte satisfacción. He aquí mi haraquiri...* Bello, ¿no?, y se ajusta a todo lo que han hablado sobre nuestra desaparición como organización. El tiempo no pasa en vano por las cabezas de las personas, y muchos están empecinados en que realmente nos hagamos polvo.

-Te diré, es un tanto inentendible tu analogía -le responde el Piloto, mirándolo directamente a los ojos-. Es una idea,

al menos no diríamos lo mismo de siempre... «al pueblo de Chile y bla, bla, bla... Todo eso es una lata de años, y lo que es inentendible no lo daría por hecho.

-Saquémoslos de ahí, y después inventamos un comunicado -responde el Piloto.

-Pero, bueno, ¿cómo están para ese día? -pregunta Emilio.

-Bien, ¿acaso podría ser de otra manera? -dice el Fusilero.

-Yo estoy nervioso como el día que conocí a la tía que me iba a cuidar -añade el Piloto.

-No, por favor. No soporto las historias personales, si hay algo inútil en la vida, es cuando las personas se dan a conocer ante los otros, acotó el Fusilero.

-De pronto, hay que hacer excepciones, querido, no todos somos unos desconocidos como tú -responde el piloto.

-¿Y qué tan interesante podría ser? -pregunta Emilio.

-No sé, pero es parte de la vida.

-Esto es el fin -agrega el Fusilero-, una vez más tendré que conocer las historias de este hombre. Cuenta de una vez y no te hagas el interesante.

-Si la gente lo pide, lo haré más simple. Además, hay que entender que ciertas circunstancias de la historia me hicieron como soy y, si no hubiera sido así, no estaría aquí.

Cuando tenía dieciséis años fusilaron a mis viejos en el Estadio Nacional, al menos eso es lo que dicen, yo nunca me preocupé mucho sobre el destino de ellos. La verdad, no me llevaba del todo bien, así que nuestra relación se limitaba a que yo era uno más dentro de esa casa. Tuve una leve extrañeza cuando ya no los volví a ver, pero no pasó de ser eso. Después llegó un viejo primo diciéndome que debía irme a Concepción donde vivía mi tía que se haría cargo de mí. No entendía mucho de qué iba a cuidarme si siempre me había cuidado solo; luego lo pensé y acepté. De una forma u otra no tenía posibilidad de negarme, terminaba el colegio y no tenía como mantenerme. Así fue como llegué a Concepción.

A ella nunca la había visto, por lo que se me hacía incómodo estar en una casa y en una ciudad donde a nadie conocía, pero, en fin, me dispuse a afrontar mi nueva vida de huérfano. Ella vivía sola, sus hijos ya eran adultos y la visitaban de vez en cuando.

Era de gestos delicados y se vestía con grandes vestidos y abrigos. Nunca, en todo el tiempo que viví junto a ella, le vi las piernas o los brazos desnudos. No sé, tal vez era una vergüenza de sus tiempos que yo no podía comprender. Pasaba todo el día sola, leyendo y escribiendo papeles extraños que nunca logré encontrar, los escondía muy bien. Quizá estaba algo tocada, no me importaba mucho. Mi vida transcurría lenta y pesadamente. Luego ingresé a la Universidad de Concepción y todo empezó a ser menos aburrido. Por las mañanas iba a clases y por las tardes me había conseguido un trabajo en un prostíbulo de Concepción. Me servía bastante como para mantener mis gastos, además era un trabajo tranquilo. Llevaba las cuentas y la administración del lugar, no se requería mucho; el lugar era bueno, ya que permitía estudiar mientras los clientes disfrutaban de los servicios. En general era tranquilo, y no había muchos conflictos ni peleas. Yo siempre, y muy profundamente, tenía la esperanza de hacerme piloto de algo que volara. Desde niño pensé que ése era mi destino. Para eso juntaba dinero, porque sabía que el momento llegaría, era mi única meta y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de lograrla. No me importaba robar o mendigar, lo que me importaba era hacerme piloto para volar. El estudio en la universidad no me importaba, lo hice para ver si conseguía una posibilidad de salir de ese pueblo infeliz y opaco.

Fue en ese tiempo cuando comencé a conocer con mayor interés a una de las muchachas que prestaba servicios para esa noble causa del placer. Ella se llamaba Patricia Parra y se le conocía en el ambiente como la Paty P. La verdad, era bastante bonita, tenía el cabello lacio y de cuerpo delgado y bien formado, era una especie de manjar para los clientes,

y normalmente la pedían. Llegaban preguntando: «¿Dónde está mi Paty P», o «¿Dónde está la PP? « Al principio la miraba como una más del grupo que trabajaba con esmero, no le prestaba mayor atención, pero me di cuenta que era un tanto diferente.

-Ese es el viejo argumento de las diferentes, en el fondo, son todas iguales -interrumpió el Fusilero.

-Siempre la veía contemplativa y como resolviendo problemas de gran urgencia, además me fijé que siempre estaba anotando cosas en un papel, luego de terminar una sesión con algún cliente. Cosas de puta dije siempre, pero un día le pregunté qué tanto escribía. Se sentaba en uno de los sillones a la entrada de la casa, vestía una bata color café que se confundía con la grasa pegada de los sillones. Con las piernas cruzadas, y anotando como era su costumbre, me respondió que era uno de los tantos deberes de puta. «Cómo es eso», le pregunté. «Todo el mundo cree que no tenemos deberes, pero están equivocados, debemos anotar concienzudamente como relojero». «¿Y qué es lo que anotas?», insistí. «No tengo confianza como para contarte esas cosas», me respondió, «pero si me invitas a tomar un pisco tal vez te lo cuente, hoy tengo descanso, qué te parece». «Te invito», le respondí riéndome.

No me parecía una mala idea, ella era buena y sobre todo bonita, era poco lo que me importaba si decían algo de mí por salir con una puta. Aquella noche salimos y me relató parte de su vida, y vaya cómo cambié de opinión sobre por qué algunas mujeres se hacen putas. Creía que era por necesidad que compartían su cuerpo y su intimidad, pero con la Paty era diferente.

Ella nunca tuvo necesidad alguna en términos económicos, provenía de una familia a la que jamás le faltó nada.

-¿Y entonces por qué se prostituyó? -preguntó Emilio.

-No sé, nunca me lo dijo, y tampoco se lo pregunté.

-Bueno, ¿y te contó por qué escribía y qué escribía la tan

diferente? -consultó el Fusilero.

-Momento -respondió-, no seas impaciente.

-Esa noche terminamos completamente ebrios entre pisco y pisco, después la invité a mi casa, no había problema. La vieja de mi tía se dormía temprano y cerraba su puerta con llave. Ella no tenía problema, creo que yo le gustaba lo suficiente como para terminar entrelazados en la cama. Cuando llegamos a la casa, se quedó parada enfrente mirando el portal con grandes ojos y como sorprendida, y me dijo: «¿Vives acá?»

-Sí -le contesté, y se quedó en silencio.

-¿Hay algún problema con la casa? -le pregunté.

-Aquí vive una de las primeras mujeres que laburó donde trabajamos.

-Me quedé frío, jamás me hubiera imaginado que la tía había sido una puta. Ahí fue cuando le dije que era su sobrino y que vivía ahí desde hacía algunos años.

-¡Su sobrino! -repitió ella. En fin, después abrí la reja y terminamos como creí que íbamos a terminar. Por la mañana le cobré la palabra respecto a la promesa. Le costó, no se veía muy convencida. Pero al final me lo dijo. Escribía lo que le faltaba, lo que no podía llenar con nada, ella trataba de inventar una sustancia capaz de difuminar un sentimiento arrastrado durante años y que vanamente le daba forma con frases y palabras desplegadas sobre las hojas, año tras año. Tenía la esperanza de algún día apagar aquella tristeza pegada desde su nacimiento, nunca supo su origen ni la causa, pero debía eliminarla de alguna manera, y esa manera había adoptado la forma de la prostitución y la escritura.

Nunca, en el tiempo que estuvimos juntos, me mostró alguno de sus escritos, los guardaba con recelo y precaución. Creo que me llegué a enamorar de la Paty y sus secretos. Después, con el tiempo, comencé a comprender a la tía. Había sido puta de raza triste y noctámbula, por eso también escribía, quizá, las mismas cosas que la Paty, pero en diferen-

tes generaciones.

-¿Y qué fue de la Paty y de tu tía? -preguntó, curioso, Emilio.

-No sé, nunca más volví a verlas después que conocí a un marino mercante que pasaba por Concepción y frecuentaba el burdel. Me hice amigo suyo y me ofreció embarcarme hacia continentes desconocidos. Acepté, con el presentimiento de que por ahí iba mi destino y le acerté. Al cabo de tres años encontré la posibilidad de hacerme piloto en tierras salvajes. Pasé por varios lados hasta que terminé en el Frente.

Después vi que moría, hasta que hace unos meses llegó el Chele diciéndome que nada estaba muerto. Sólo era un contratiempo de la historia, y bueno, aquí estoy frente a ustedes, contando parte de mi vida, termina diciendo, tomando un trago de bebida.

-¿Y tú? -pregunta Emilio al Fusilero.

-No, yo soy más picante y no tengo historias, salvo las que vaya haciendo en el camino -respondió con ademanes, echándose hacia atrás.

-Menos mal -añadió Emilio-. Ya es hora de irnos, mañana tenemos un día pesado y por la tarde, una vez que terminemos la prueba, se irán a Rapel para quedarse ahí hasta la operación. Va a ser como un acuartelamiento adelantado.

-¿Vamos a quedarnos ahí hasta el día de la operación? -pregunta confundido el Fusilero.

-Sí. Y después nos vamos, si es que salimos -responde.

-¿Y el canasto?

-Me imagino que lo vamos a construir allá, entre hoy y mañana tendremos los materiales.

-La revisión de la planificación la hacemos allá ¿no?

-Sí, tendremos el tiempo suficiente. Yo también me voy para allá.

-Bien -añade el Piloto-, queda muy poco, eso me gusta...

Se despidieron como siempre y salieron de la fuente de soda. Con el temor en las entrañas se fueron, manteniendo oculto el secreto para el resto de toda esa gente que cami-

naba a su alrededor, inconscientes del futuro que esos tres planeaban de manera vaga y escurridiza.

Al otro día por la mañana todos llegaron, puntuales, como si aquella cita programada fuera la determinación final de sus vidas. Peinados y ansiosos, con los ojos navegando, las manos en los bolsillos, como queriendo abrigarse a sí mismos.

Se miraban entre ellos, se observaban las vestimentas en busca de alguna imperfección que delatara alguna contradicción en aquello que querían representar. Deseaban estar tranquilos, pero no encontraban ningún momento para ello.

Distéfano llegó a bordo del furgón turístico manejado por un chofer, abrió sus puertas y todos, casi en conjunto, saludaron a los ocupantes.

«Buenos días», se escuchó.

-Buenos días, señoritas, buenos días caballeros -respondió el chofer. Distéfano apenas movía el rostro.

-Bueno -dijo Distéfano-, vamos al aeródromo, y después nos pasa a buscar al mismo lugar.

-Como usted diga señor, son sus clientes.

Se dirigieron al aeródromo, intercambiando palabras vacías y comentarios sin sentido.

Protagonizaban bien su papel de turistas, nadie podría haber dicho que no eran lo que aparentaban, nadie habría adivinado que eran secuestradores de helicópteros.

Llegaron a la hora convenida con Griffin, se bajaron como un rebaño y Distéfano se dirigió a las oficinas.

-Buenos días -lo saludó Griffin, levantándose de su escritorio-, veo que es puntual.

-El trabajo no permite relajos, señor Griffin -contestó Distéfano reluciente y confiado. Griffin tomó un teléfono marcando rápidamente un número.

-Hola, sí, ya están aquí -dijo, mirando a Distéfano y haciéndole un gesto para que esperara.

Hablaba con el piloto para que se presentara de inmediato en la oficina.

-¿Por qué no salimos? Así le presento a los turistas.

-Me parece buena idea -contestó Griffin.

Al primero que vio al salir fue a Emilio, charlando animadamente con el Piloto y con tres mujeres que nunca indicaron sus nombres.

-Buenos días -resonó la voz de Griffin.

-Buenos días -respondieron los «turistas».

-¿Han volado anteriormente?

-Sí -contestó una de ellas con un pésimo castellano-, pero no todos y esperamos no tener ninguna sorpresa con mareos o náuseas -continuó, mirando a Emilio y sonriendo.

-No se preocupen por eso, es natural y si hay algún contratiempo sólo le avisan al piloto, él está preparado para esos contratiempos.

-Es bueno saberlo -contestó Distéfano-, así vamos más tranquilos.

En ese momento apareció el piloto de la compañía.

-Ah, llegaste -le recibió Griffin-, te estábamos esperando con tus pasajeros.

Era un tipo normal, vestía ropa deportiva y usaba anteojos de sol. =

-¿Ya está definido el destino? -preguntó sin saludar.

-Sí, vamos a la oficina para darte los papeles -respondió Griffin-. Espero que disfruten del viaje... cualquier problema sólo comuníquenselo al piloto -dijo.

-No se preocupe -le tranquilizó Distéfano, acompañándolo hacia el interior de la oficina.

-Me dijo que el destino eran, las termas de Chillán, ¿no?

-Así es, pero va a depender del deseo de mis clientes... Imagino que no hay problema.

-Ninguno -aseguró el encargado de la compañía-, sólo tienen que decirle al piloto dónde quieren ir... El precio ya lo sabe.

-Sí -afirmó Distéfano sacando de un pequeño bolso de mano la cantidad requerida- ¿Algún problema si le pago en efectivo?

-En absoluto -respondió Griffin, recibiendo los seis mil dólares-, el resto lo cobramos una vez que lleguen de vuelta.

Aquella mañana salieron en el primer vuelo de prueba para la operación. Se dirigieron hacia las termas de Chillan y sobrevolaron varios puntos que le iban indicando al piloto. Éste siempre accedió a los pedidos de los «turistas». Al lado del piloto iba Distéfano y atrás los otros, todos sonrientes y observando Santiago desde el aire. Las posiciones se habían planificado así para crear una rutina y se definían en torno al día de la operación. Vale decir, utilizarían las mismas ubicaciones para el día elegido, cambiando la posición de Emilio por la de Distéfano. Todo lo hacían bajo un guión pre-visto, las palabras, los movimientos, las recurrentes preguntas del Piloto al piloto, tratando de no delatarse con algún comentario técnico, aparentando ser un curioso aficionado de los artefactos voladores en busca de saciar sus inquietudes. Tal vez despertó una insomne sospecha en el piloto, pero éste nunca les dio curso ni las articuló en una lectura que fuera más allá de sus contingencias.

Volaron entre tres y cuatro horas, pues así estaba dispuesto de antemano para que el día de la operación gozaran de una buena cantidad de horas para transformar la aeronave civil en una plataforma casera de combate. De este modo, además, evitaban llamar la atención de los controladores radiales de vuelo ante la no reportación a tiempo de la aeronave. El Piloto registró el número de comunicaciones realizadas por el otro piloto. Podían suplantar identidades, actitudes y formas de vida, pero no podían disimular la voz y el tono de otras personas. En todo el tiempo de vuelo, el piloto se comunicó muy pocas veces a tierra y, cuando lo hizo, fue por un capricho suyo y no por las nomenclaturas naturales de dicho oficio.

Regresaron después de varias horas de vuelo. Volvieron a realizar todo el procedimiento en cuatro oportunidades

más, permitiendo a Griffin y a los demás pilotos habituarse a los lujos de estos «turistas» neófitos que adoraban volar. No se repitieron siempre los mismos, se fueron turnando, pero había un pasajero privilegiado y recurrente: el Piloto, quien no podía faltar en ningún paseo de prueba. Gracias a la rutina, se habituaron, lograron montarse en la nave como quien viaja en un automóvil. Comenzaron a percibir el mundo desde el aire y notaron que la tierra era pequeña como un cristal opaco sobre la arena.

Así siguieron, hasta que se sintieron en condiciones de decir: «Estamos listos». Después, Distéfano arregló la última cita con Griffin. Todos se prepararon, los de adentro y los de afuera.

Esa tarde, Distéfano llegó a la oficina de Griffin y precisó la fecha del nuevo alquiler del helicóptero. Lo dejó para el 27 de diciembre por la mañana temprano, abonó los seis mil dólares de depósito y se marchó confiado al encuentro con Emilio para notificarle la fecha convenida.

La tarde del primer vuelo de prueba, Distéfano llegó a la casa de Rapel, donde unas muchachas le ayudaron a bajar esos grandes bultos desde el automóvil.

Los llevaron hasta un pesebre ubicado en la trastienda de la casa y los camuflaron todos. Al fin y al cabo, se acercaba la celebración del nacimiento de Jesús, y nadie osaría profanar aquel pequeño sitio sagrado.

Después volvió a Santiago más tranquilo y relajado, tarareando las canciones que trasmitía la radio. Se encontró con Emilio y le informó de todas las tareas concluidas.

Eran las nueve de la noche. Emilio se marchó a su casa montando el Legacy. Mientras manejaba, una voz a su lado dijo: «¿Qué tal tu primer vuelo?».

Asustado, miró hacia el costado y encontró a Lobo el muerto.

-¡Me asustaste, infeliz!

-¿Nervioso por la espera de la operación? -preguntó El Lobo.

-¿Y por qué...? Sólo recordaba los detalles del vuelo... ¿No te basta aparecer y asustarme de esa forma?

-Nunca te había visto tan nervioso, enanito, ¿o es que te estás arrepintiendo?

-Déjate de hablar tonteras.

-No puedo, es mi naturaleza de ultratumba.

-Mejor ayúdame a que todo salga bien, ya falta poco.

¿Y qué puedo hacer yo? Recuerda que soy un muerto que sólo aparece en tu imaginación para entregar cartas de un lado a otro.

-No sé, algo se te ocurrirá -se desesperó Emilio.

-¿Quieres que hable con algún dios y le digo que te ayude?

-No, simplemente trata de ser algo más creativo.

-Arréglatelas solo -dijo el Lobo-, ¿no te gusta andar haciendo locuras?

-Parece que la muerte los pone más cabrones...

-Ya sé -murmura el Lobo-, voy a juntar una escuadra de querubines con arcos y flechas y les ordeno atacar a fuego discreto contra los gendarmes, ¿te parece?

-Bueno, algo es algo.

-Nada de bueno, enano, lo único bueno es el autito que tienes.

-Es para la operación y se va a perder como todo.

-Siempre terminan perdiéndose las cosas, hasta nosotros mismos nos vamos perdiendo un poco cada día -responde el Lobo.

-El otro día se me olvidó decirte algo importante, Lobo... La unidad que va a operar en el rescate lleva tu nombre, se llama unidad Mauricio Arenas Bejas.

-¡Mira que originales! -exclama el Lobo, irónico-. Mañana, cuando se muera otro, van y le ponen el nombre del que murió, podrían dar un corte resumido y ponerle a todas las unidades que vayan creando algo así como... un nombre estándar, podría ser unidad los muertos de ayer y los que vendrán, o muertos periódicos presentes. No sé, algo más creativo que eso de ponerle siempre lo mismo.

-No seas tan irrespetuoso con nuestros muertos -acotó Emilio.

-Por lo menos me estoy faltando el respeto a mí mismo. El problema de ustedes es que creen que hacen algo por los muertos, y por los muertos no se puede hacer nada, porque ya estamos muertos, y eso del recuerdo y el respeto es algo válido para ustedes y no para nosotros. Homenajes, flores, remembranzas, sólo sirven para la tranquilidad de ustedes, a nosotros nos da exactamente igual. Mejor vayan poniéndole el nombre de ustedes mientras están vivos.

-¡Ah!, ahora eres el portavoz de los muertos que te arrogas el derecho a hablar por todos ellos -responde Emilio, siguiendo con sus afilados ojos las líneas blancas que van muriendo frente a él.

-Sí, me eligieron a hueso alzado, ¿tienes cigarros en el auto, enano?

-Yo no fumo.

-Entonces, detente, que quiero fumar.

Siguieron hasta la entrada de la casa de Emilio, donde el Lobo se despidió una vez más inesperadamente. Bajó del auto y se fue atravesando la oscuridad, aplastando las sombras que iban apareciendo en su camino. Emilio lo vio desaparecer tan fugaz como lo veía aparecer. Abrió el portón de su casa y luego cerró con una estéril sensación sobre sus piernas.

A la mañana siguiente, todos se fueron a vivir a la casa de Rapel, donde permanecieron hasta el 30 de diciembre.

Querida Madre:

Cuánto tiempo ha pasado ya! A veces, no lo recuerdo y pierdo la cuenta de los años que llevo dentro de esta gran pared infinita. Creo que pasando la media decena de años me convertiré en alguien diferente, pues nadie puede permanecer igual al tiempo y sus recursos. No sólo hablo de cómo él tiempo va perdiendo su respeto con nuestra integridad, sino de cómo nosotros mismos

vamos olvidando lo que somos o lo que fuimos. Peligroso, ¿no? Se corre el riesgo definitivo de perderse en el presente sin ninguna causa que explique por qué estamos presos y condenados.

Pero por qué deberíamos explicarnos las situaciones presentes, por qué tanta vanidad para con nosotros, quién dijo que sólo nos justificábamos por lo que fuimos en otra época. Ese vínculo autocrático nos obliga bajo argumentos extraños a permanecer idénticos, inamovibles, concretos como si sólo fuéramos un artefacto de lo vivido o una borrosa frase de lo visto por otros en un destello de gloria.

Madre, no hay derrota en mis palabras, ¿me entiendes? La derrota no existe en las palabras, aunque suene a justificación desde las sombras, dicha por un trozo de humedad escondido entre los hongos de este recinto. La derrota es un fantasma de piernas refinadas, luciéndose ante nosotros y haciendo gala de su belleza. Hay que ser excesivamente valeroso para besarle la frente y rozarle inútilmente los labios.

Sin duda todo lo que habla de derrota se traduce en un prejuicio reproducido sin exactitud por los que le temen y se temen a sí mismos. Un prejuicio con el sentido de desconocerla y humillarla para que, en ese intento fugaz, sobreviva algo del pasado y elevarlo con dignidad.

Pero qué son todas esas palabras y discursos rimbombantes, toda esa seriedad ceremoniosa que desfila con seguridad diplomática ante los efectos seniles de una miseria. ¿La dignidad, tal como la conocemos, no será un acto de magia de la vergüenza y el terror? Y si es así, ¿por qué siempre la invocamos ?

Lo sé Madre, quizá ya no me entiendas, mis palabras se vuelven cada día más confusas, mis pensamientos se estrellan en cada momento de mi no-ayer y sólo sirven para expresar turbulencias y desánimos que antes desconocía, pero que siempre permanecieron en estado latente. ¿Acaso llegamos a conocer el fondo de la superficie que representamos cuando ya no hay más fondo del que pisan tus pies, y nos convertimos en la última brisa de la crónica de la desesperanza! Si es así, la derrota es fecunda y el fracaso la bendición de un dios paralítico.

Me he dado cuenta de lo distinta que es la Tierra. Hace unos días estaba mirando las nubes desde la ventana de mi jaula y de pronto apareció otro preso, no nos dijimos nada y comenzamos a mirar juntos el espectáculo que aparecía sobre nuestras cabezas. Eran alrededor de las cinco de la tarde y el sol se estaba poniendo. No agregaré que mirábamos por entre los barrotes o nos turnábamos el lugar de mejor visión, cualquier persona que escuchara esto diría que es una redundancia, y es mejor no ser tan explícito para no quitar énfasis a lo que te quiero contar. Tampoco diré que ambos estábamos hastiados, que se notaba en cómo se abrían nuestros ojos y cómo cada cierto tiempo dejábamos caer el peso del cuerpo sobre alguna de las piernas, no lo diré aunque lo esté diciendo. Pero a veces decir las cosas es una manera de no decirlas, porque sería igual a decir que estábamos presos. Pero, bueno, ahí nos parábamos como dos seres que recién abren los ojos para darse cuenta de lo poco que se necesita para estar vivo y designar con nombres las cosas que entran por nuestros sentidos.

No era el viejo juego de analogías formales que hacíamos con las nubes, no las comparábamos con antiguas arquitecturas grabadas en nuestra memoria, sino que les reasignábamos un nombre y junto a ello un significado. ¿Libre asociación? ¿Una trampa de la cirugía sicológica moderna? No, nos liberábamos,. Madre, de todo aquello que dábamos por hecho y acabado. Detrás de ese simple juego estaba la fortaleza de una nueva verdad que inventábamos, y constaté que se puede vivir en una esfera diferente a la que habitamos, un paralelo abierto por él simple hecho de la necesidad.

Luego de un rato lo miré verificando su largo y delgado cuerpo, similar a una garza, y le dije: Tienes los ojos rojos, y él me responde mirándome fijamente: Tú también. Después nos reímos y seguimos mirando hacia las nubes que combatían en él aire por lograr una nueva figura. Así nos quedamos, hasta que desaparecieron derrotadas por la noche. Será también así la muerte.

Por la noche escribí lo siguiente:

No son mis huesos

Es sólo mi piel

la que comienza a confundirse

con los túneles que me rodean

Podré seguir reflejándome bajo la sombra del árbol

O abrir las manos como la mariposa que alza sus alas

y mira el cielo buscando el color de leyendas transferidas

a la geología de un árido planeta sin descubrir.

Ya olvidé contar y enumerar las noches en su edad

/originaria

Y aún pienso en el divagar caído mientras ciertos

/esqueletos

me sonríen desde otros océanos trayéndome los estandartes de las rendiciones. Sigo pidiendo flores para un hermano hecho de fiebre y delirio como las cosas desgastadas de este

/mundo

que flotan olvidadas dentro de mis uñas transparentes. Sólo yo llevo parte de sus brazos encima de mí mismo.

Sólo yo transporto sus fragmentos enmascarados dentro de mis bolsillos ensangrentados.

Y todos pasan a mi lado oliendo la brisa de muerto

Mirando estos ojos de signo mudo y lengua rapada

Dándome un alambre hecho de herrumbre nocturna

Para amarrar sus piernas al último hito de mis nervios.

Así será

Amén dios de las vacas

Nos olvidarán como al meandro primitivo

Y nadie recordará mirando el barro

Nuestros ropajes de ángeles infames

emergidos de la última ciudad subterránea.

Bueno, aquí termino, y creo será mi última carta. Ya no tengo interés de seguir escribiendo y volcar mi voluntad sobre un papel absurdo. ‹Espero me entiendas pero no tengo nada más que decir, las palabras se van repitiendo cada vez más. Volveré a tomar un lápiz cuando sea demasiado lo que tenga enfrente mío para decirlo. Cuando los días comiencen por el otro lado de la noche y la cárcel sea una lombriz en las rutas de mi cerebro. Todo mi amor para ti, al fin y al cabo me trajiste al mundo.

Se despide, tu hijo.

CAPÍTULO XI

Para el 14 de diciembre, aniversario del FPMR, estaban todos en la casa de Rapel. Por la mañana, Emilio, el Piloto, el Fusilero y Distéfano se dieron a la tarea de construir el canasto. Entre herramientas y material blindado, los cuatro dieron forma a lo que más tarde se convertiría en un poco común símbolo. Desconocían los principios que ordenan el arte de la construcción, ninguno de ellos era un erudito en este oficio.

Lo hicieron simple. Recurrieron a las leyes del sentido común en el formato de todo objeto que nace a la vida útil. Debía ser fuerte, vale decir, sus uniones debían resistir la presión de las alturas y el peso de los cuatro pasajeros. Debía ser operativo, su tamaño no podía exceder las capacidades físicas del interior del helicóptero que, a esas alturas (valga el doble sentido de la palabra), ya conocían. Lo tercero era un eslabón fundamental para el buen término del desafío. La seguridad de dicho canasto era vital, o sea su blindaje ineludible cuando los tiros son una opinión material para que los rescatados no gozaran de la categoría antes mencionada. Para ello contaban con recursos tales como Keblar, sueleta de zapatero para recubrir el piso del canasto y algunas láminas de aluminio.

Para los que irían a bordo del aparato, existían chalecos antibalas. Una medida de buen resguardo para aquél que quiera seguir existiendo en posición vertical.

No demoraron mucho. Se les fue toda la mañana en la tarea y eso no es mucho cuando los resultados no se equiparan con el tiempo incluido en la materialización del canasto.

No se decían muchas cosas al momento de trabajar, no había mucho que decir, a no ser comentarios de índole técnico o de facilitación de un instrumento que sirviera para finalizar la tarea del que lo solicitaba, ya fueran palabras o frases de este tenor: «Pásame el alicate», «El nudo no está

lo suficientemente firme». O tal vez dichos de orden sarcástico que agilizaban el desenvolvimiento emotivo de los constructores, tales como: «¿Y si se desfonda?», no existiendo muestras de aceptación hacia quien emitía un juicio de esta envergadura. Así, construyeron la balsa que haría flotar a los náufragos en aquel océano de cielo en que se convirtió el cielo de Santiago para los cuatro rescatados-fugados en un breve instante de vida.

No podemos dar señales acerca del interior de estos hombres cuando construían el canasto. Nada podemos intuir sobre las pulsiones que se fueron aferrando a sus cuerpos como una vieja enredadera, o barruntar una metáfora impulsada por los dichos y actos de todos ellos. No hay interpretación posible para este momento. Sólo nos queda el hecho mismo, el «moméntum» de todo eso, los escombros con formas humanas recogidos a modo de retazos de una historia, fotogramas revelados sin continuidad, ese fantasma que nos azota y nos hace creer que somos nada sin lo que fuimos anteriormente.

La tiranía de la continuidad. Acaso no hay modo de romper y fracturar el cordón montañoso que nos aterra a lo que fuimos y llegar al lugar donde definitivamente digamos «yo soy otro». Somos siempre la continuidad de lo anterior y no el origen de todo lo que nos antecede.

Palabras inútiles, es cierto, como el reflejo de estas mismas y del pensamiento que las procrea.

Emilio da vuelta el canasto, los otros tres miran levantándose de sus posiciones. Se queda mirando el canasto como un animal desconocido tratando de desentrañar sus secretos.

-Parece que terminamos ¿no? -agrega, arrojando una tijera al suelo.

Sus ojos pequeños se pierden en la totalidad de su cara y ambas cejas se juntan trazando un horizonte entre su frente y su boca cerrada. El Piloto lo mira y luego mira el canasto tirado en el suelo.-Así parece, terminamos el famoso canasto -acota pensativo -pero mientras trabajaba, recordé antiguas experiencias.

-¿Y qué te trajo a la mente el recuerdo? -preguntó el Fusilero, aún sentado sobre la paja que rodeaba el pesebre donde hace un rato construían el canasto. El Piloto cruza los brazos y se encuclilla, toma una vara de madera pasándola sobre la tierra.

-El efecto péndulo que le dicen -contesta.

-Y qué mierda es eso del efecto péndulo -interroga Emilio.

-Es cuando la carga de un helicóptero comienza a perder estabilidad y, como lo dice el nombre, empieza a balancearse como un péndulo.

Emilio toma un banquillo de madera y se sienta. -No habías dicho nada sobre eso.

-No lo recordaba, pero no pasa a menudo y las veces que pasa desequilibra al helicóptero y se viene todo abajo.

-¡Qué lindo! -murmura el Fusilero-, y recién lo vienes a decir.

Distéfano, sin nada que decir y viendo que, además, nada debe decir, se vuelve y le dice a Emilio: -Mejor voy a ver a las mujeres, estaré adentro de la casa por si quieres algo.

-Bueno, en un momento vamos para allá -contesta, y en seguida pregunta:

¿Hay alguna forma de solucionar eso si llegara a pasar?

-El problema es que el helicóptero soporta alrededor de mil kilos entre hombres, carga y medios. Una opinión técnica acorde con esto sería decir que para estos casos la carga debe ir con un dispositivo de emergencia que corte lo transportado cuando la nave se ve en peligro de caer. Es decir, se debe soltar la carga salvando a la tripulación; o sea, dejarlos caer como un racimo de manzanas escolares al pavimento de Santiago, agrega el Fusilero.

-¿Esa es la única manera? -vuelve a consultar Emilio.

-Hay otra, pero no es muy confiable. Se trata de que la carga se estabilice, y para eso hay que acortar la distancia entre el peso de la carga y el helicóptero.

-O sea, hay que elevar el canasto trayéndolo hacia el aparato -consulta Emilio.

-Es difícil hacer eso, ya que no tenemos ningún sistema de grúa para cargar, pero se puede conseguir -concluye el Fusilero con expectativas dé solución.

-Sí, pero subiría el peso del helicóptero, ¿no? -dice Emilio, dirigiéndose al Piloto.

-Así es -responde-, pero hay otra solución que es un poco riesgosa para los presos, y se trata de que si llega a pasar hay que darles las instrucciones de antemano para que prevengan.

-¿Y qué es lo que tienen que hacer?

-Tienen que estabilizar su propia carga subiendo hacia el helicóptero por la cuerda que sujeta el canasto, así es la única forma de estabilizar el peso, por si llegara a pasar.

Emilio bajó la cabeza pasándose la mano por la frente, luego miró a los otros dos durante unos segundos, y dijo: -Bueno, que quede claro, el canasto irá amarrado al helicóptero y nadie se desembarazará de él; triunfemos o fracasemos, vamos a quedar entre hermanos. Eso debe estar absolutamente claro, nadie va a soltar la carga.

El Piloto y el Fusilero sólo sonrieron sin mostrar ningún tipo de contrariedad.

-Al menos ya tenemos una solución, deberían hacerlo por turno ¿no? -volvió a intervenir Emilio con más relajo.

-Sí, ya que no pueden subir todos a la vez.

-Bien, les voy a comunicar y que se organicen ellos. Lo mejor es que suban los de más peso primero, así se estabiliza más rápido, termina diciendo el Piloto.

Después, los tres sacaron el canasto, y lo introdujeron al interior del Lada estacionado frente a la casa. Salieron a bordo del vehículo y con un bote de goma en su poder se dirigieron a un sitio alejado de la casa pero frente a ésta, cruzando el lago.

Lanzaron el bote al lago subiéndose posteriormente junto al canasto. Remaron ridículamente en un lago al borde de la extinción.

-Con cuidado, mucho ojo con las ramas y troncos que

sobresalen -decía Emilio, mientras sostenía el canasto a bordo de la embarcación.

-No te preocupes, Chico, puedo manejar la situación -acotaba el Fusilero con un remo en las manos.

-¿Te nombraron capitán? -pregunta el Piloto, afligido tratando de evadir los troncos que podrían hundirlos.

-Cállate y sigue remando, nos desconcentras. Veo tierra, agrega parándose sobre el piso de la balsa.

-¡¡Siéntate!! -le grita Emilio-, nos hundimos.

-Tranquilos, ya llegaremos a tierra, y ahí todo será diferente -contesta el Fusilero, haciendo esfuerzos por llegar más rápido.

Emilio bajó y luego lo hicieron los otros dos, los tres iban armados con pistolas en la cintura.

-¿Aquí está bien? -pregunta Emilio, luego de caminar unos minutos hacia el interior del lugar.

-Sí, que más da si es rápido y nos vamos luego -responde el Fusilero. Luego, ambos acomodan el canasto y lo ubican frente a ellos.

-Bueno -dice Emilio-, ahora o nunca -y saca su pistola pasándole bala y apuntando hacia la base del canasto.

-¿Cuántos le vas a dar? -pregunta el Piloto con los ojos semi cerrados y las manos tapando sus oídos.

-Con dos estará bien -responde Emilio.

-No lo hagas desde tan lejos que los tiros se cansan con la distancia llegando como viejas postradas -le grita el Fusilero.

-¿Me dejan hacerlo o no? -dice molesto por las interrupciones, apuntando hacia el canasto.

Era un lugar deshabitado y rodeado de pequeños montes, un lugar especial para ir de día de campo o enamorar a una mujer.

Tenía las características bucólicas de la ensoñación, un sitio apto para todo, dependiendo de las intenciones de quienes lo visitaran, y la intención de los tres es probar la resistencia de su artefacto.

Sonó un trueno y el casquillo salió expulsado de la recámara de la pistola de Emilio. El eco se escuchó por todo el lugar y las caras del Fusilero y el Piloto comenzaron a girar en busca de algún curioso. Emilio se acercó al canasto y comprobó que nada había sido traspasado. El tiro yacía en la tierra como una tapa de bebida aplastada. Desde al lado del canasto les gritó a los dos, con ambas manos rodeando su boca a modo de trompeta:

-No pasó nada, no entró y ni siquiera dejó un hoyo.

-Tírale otro, tírale otro -repitieron todos. Emilio se alejó del canasto y volvió a disparar al canasto, esta vez un poco más cerca, haciendo caso a las indicaciones del Fusilero.

Mientras el eco del segundo tiro se apagaba tras los montes, Emilio se acercó a comprobar que nada le hubiera pasado al canasto y su blindaje.

-¡Funcionó! ¡No le entró nada! -grita.

El Piloto y el Fusilero se dan la mano como ante una obra terminada, lista para su exhibición.

Subieron el canasto al bote y realizaron el mismo viaje de vuelta, esquivando troncos y ramas secas que flotaban por el lago.

Por la tarde, celebraron con un brindis el aniversario del Frente. Se juntaron ante unas banderas desteñidas, guardadas por mucho tiempo, que sólo salían a la luz para revivir gestas de la memoria.

Emilio, al frente de todos los habitantes de la casa, se dispuso a decir las palabras que siempre se han dicho en estas circunstancias. Que la historia, que los muertos, que el pueblo, palabras repetidas como un plato vacío. Tradición de un discurso dándose vueltas sobre sí mismo y sobre su esterilidad. Pero es un ritual que convoca, reúne a la raza que se acicala para cruzar la línea del extremo y cumplir una voluntad en lo que queda de vida.

Lo escucharon con respeto en un momento solemne. Miradas de seriedad y recuerdo, todo aquello servía para lo que venía.

El miedo a lo ininteligible, a lo desconocido, de antemano nos exige solemnidad, pide de nosotros una cuota de creación, de arte absurdo y desplegado a la orilla de una playa. Pues bien, lo que dice Emilio, lo que dijo mientras lo escuchaban, es el ropaje adquirido por el arte, una forma intencionada por una historia particular.

-Cualquiera que sea el desenlace de esta operación, vamos a quedar entre hermanos... -Y luego guardó silencio mirando hacia el frente.

Atrás de todos, en la penumbra de la casa, vio una figura haciéndole gestos y muecas. Volvió a mirar a los presentes y los contó, nadie podía estar atrás, permanecían todos allí, frente a él. Afinó la vista y vio al muerto Lobo haciéndole señas para que terminara de hablar. Se acercó lentamente hacia Emilio por detrás de los demás y le dijo: -Sigues con tus rituales, Chiquilín.

-Nunca están demás, ahora me vas a decir que tú nunca los hiciste -le responde.

-La verdad, no me acuerdo. Mi memoria de vivo se murió el día en que morí.

-Sí, ya me está pareciendo sospechoso que todo se te olvide de la noche a la mañana.

-Enano, no morí ayer en la noche, morí hace cinco años.

-¡Ah!, de eso no te olvidas, ¿cierto?

-Naturalmente que no, sería como olvidarse, mientras vives, del día de tu nacimiento.

-Bueno, en todo caso nadie te invitó.

-Igual vengo.

-¿Y para qué?

-Para escuchar tus discursos aburridos.

Emilio lo mira moviendo la cabeza. -Ahora vamos a hacer una pequeña celebración, ¿te vas a quedar? Necesito que le pases esta carta a Ramiro -le dice, entregándole un sobre blanco y ajado.

-Otra vez el muerto de los mandados sale a la carga, ¿no?

-No te sientas mal, muerto, hay otros que ni siquiera hacen eso. ¿Te quedarás?

-¿En tu imaginación?

-No, muerto de plomo, aquí con todos.

-¿Y para qué si no me imaginan y si no me imaginan no me ven?

-Da lo mismo viejo, quédate igual.

-Lindo, ahora quieres que me quede.

-Tú eliges -Emilio se dio vuelta y le dijo al Piloto que podría abrir las bebidas. Luego, volvió la cabeza y el Lobo ya no estaba. Sonrió y pensó que ya volvería.

Estuvieron hasta el anochecer entre cervezas y conversaciones sobre historias vividas. El Piloto hacía gala de narraciones pintorescas e increíbles. Todos lo escuchaban.

Por la noche, Emilio se reunió con el Piloto y el Fusilero para decirles que había una fecha para la operación. No replicaron nada. Emilio les dijo que en los días siguientes mandaba un mensaje a los presos para notificarles de la fecha.

-¿Qué día lo hacemos? -preguntó el Piloto con curiosidad.

-El 27 de diciembre -contestó Emilio.

-Bueno -suspiró el Fusilero-, a eso vinimos, ¿no?

Más tarde, el sueño y el cansancio comenzaron a hacer estragos en los participantes de la celebración, que fueron cayendo en sus respectivas habitaciones. El último fue Emilio que, antes de dormir, salió a la terraza y se sacó del bolsillo un pequeño cassette para ponerlo en su grabadora, y comenzó diciendo: *Cassette número cuatro. Sí, es la cuarta cinta que contiene mi voz -para ti. Tal vez no me creas, -pero hoy también se apareció el Lobo. Como siempre desapareció entre las sombras sin avisar nada. A veces ya no lo entiendo, está tan cambiado desde que se minio, es como si la muerte lo hubiera convertido en otra persona, en un ser distinto al Lobo que conocimos en esos días de la Cárcel Pública. Es como si no le*

importara nada. Se ríe de todo lo que ayer, creo, le parecía serio. ¿Será acaso que los muertos no tienen nada para creer o quizá no quieren creer en nada? Siempre que logro verlo anda luciendo una risa morbosa y ataca todo cuanto tiene por delante, todo lo que no le parece.

Tal vez el Lobo que estoy conociendo ahora sea el Lobo verdadero, y el Lobo que conocí mientras vivía haya sido una consecuencia de la época. No sé, pero igual me gusta verlo, sentirlo cerca, aunque me haya dicho cien veces que él no me está cuidando y que no cuida a nadie. ¿Te lo había dicho antes? ¿No? No importa. Te lo digo ahora, porque creo que ésta es la última cinta que te grabaré. Ya tenemos fecha para lo que vinimos a hacer, estoy tranquilo y espero nos salga todo bien. Qué más puedo decir. Imagino que nada. Sólo debes estar tranquila, aunque este pedido de tranquilidad que te hago te llegue después de lo que haya resultado y ya no estés tranquila porque conocerás el desenlace y si algo sale mal nada te tranquilizará. Quizá sabiendo esto lo hago para tranquilizarme yo mismo en la tranquilidad tuya. ¡Ah!, ya no sé nada. Mejor me despido en esta cinta. Si la escuchas algún día sabrás lo que pasaba por mi cabeza en estos precisos momentos mientras miro hacia el horizonte. Lo siento, pero no se me aparece tu rostro tras las nubes. Lo único que se me aparece es la figura y silueta de un helicóptero alzado sobre mí. Hace un tiempo estoy viendo esta imagen. Mejor corto esto para reírnos en el futuro. Un beso y todo mi amor para ti.

Emilio cortó la grabación y se detuvo mirando el anochecer, se frotó las manos, luego entró y se acostó sobre el sillón.

Por la mañana salieron temprano y probaron los fusiles que utilizarían para la operación.

Tomaron rumbo y se internaron hacia los montes. Todo salió bien. Los fusiles los tenían en perfectas condiciones y también las pistolas y las granadas probadas más tarde. Fue una mañana de polígono, dijo meses más tarde el Piloto, mientras tomaba cerveza con Muñoz.

Al llegar a la casa, Emilio tomó el borrador de la carta

enviada con el Lobo a Ramiro, donde les relataba los últimos avances y la fecha para la operación. Había escrito con un lápiz grafito lo siguiente:

Hermanos:

Espero estén bien y tranquilos, lo fundamental en estos momentos es no desesperar. Entiendo todo el tiempo que han esperado esta posibilidad, y no deben dudar de nuestro compromiso. Espero entiendan los retrasos y quiero que sepan que no han sido responsabilidad nuestra. Imagino aún recuerdan estas cosas y que no todo depende de la voluntad que está en juego por parte nuestra.

Aclarado esto, paso a contarles la buena noticia. En primer lugar, deben prepararse para el día 27, ya que la tenemos estimada para ese día, lo que significa que deben estar todas las condiciones por parte de ustedes dispuestas para ese día. Del plan original no ha cambiado nada, así es que seguimos con la señal del balde amarillo. El horario es el mismo y para que lo recuerden se los digo una vez más. Espérennos ahí a partir de las catorce horas; además, quiero decir que lo más probable es que no seamos exactos y exista una diferencia de tiempo considerable que nos tengan que esperar, por ello no deben tomar ninguna determinación de subir antes de eso. Dejaremos un horario tope de las 19 hrs. para finiquitar la espera, ¿ok?

Lo otro de suma importancia que les debo decir es sobre un fenómeno técnico para su vuelo. Les explico: en ocasiones, la carga que transporta un aparato de éstos suele desestabilizarse por un sinnúmero de factores que van desde el viento hasta la posición de la carga, produciendo algo conocido como el efecto péndulo. Como lo dice el nombre, la carga adquiere un movimiento similar al péndulo de un reloj y aquello da la posibilidad de enviar todo abajo, ya que el movimiento es creciente y puede tomar hasta al helicóptero. Solución para esto hay una sola, debido a nuestra carencia de instrumentos. Sólo deben comen-

zar a subir por la cuerda amarrada al canasto, unida al helicóptero. Lo ideal es que sean los más pesados, para estabilizar con mayor rapidez el movimiento. Lo sé, no es algo fácil, pero no hay otra alternativa. Se los dejo a ustedes cómo y quién va primero, pero les remarco que es fundamental hacerlo por si llegara a suceder.

Bueno, hermanos, eso es todo, y cualquier cambio se los comunico, si no, estaré el 27 pintando como Van Gogh. Un abrazo y suerte para los de abajo.

Emilio

-Pintando como Van Gogh. Está medio enfermito el Chico, a no ser que se quiera cortar el lóbulo de la oreja y terminar como un maniático, no debería pintar como Van Gogh, dice el Negro mirando a Mauricio mientras éste termina de leer la carta. Pero, bueno, hay que estar enfermo o algo tocado para hacer lo que se va a hacer, se dice, guardando la carta.

-Bien, ya tenemos día -agrega Mauricio frente a la mesa de plástico que los separa-. Mañana arreglamos lo del famoso péndulo, estás entre los primeros por tu peso.

-No podría, sufro de vértigo -responde. Lo mejor es que fuera el Chang, está acostumbrado a las emociones fuertes, yo apenas voy a sacar fuerzas para no mirar hacia abajo y me pides que suba por una cuerda como si fuera trapecista de circo.

-Uno de los dos tiene que comenzar -acota Mauricio-. En ese uno de los dos yo soy el dos y no el uno.

-Qué tanto, si no es mucha la altura.

-Me niego a subir por la cuerda y no transo.

-Mejor lo vemos mañana, ¿sí? Ahora, a pensar que ya no vamos a estar más aquí.

-Ya era hora de intentarlo o de que lo intentaran, lo que no es lo mismo -acota el Negro-. Mañana le aviso a Muñoz y al Chang que estamos listos como boy scout.

En la cárcel eran las once de la noche y ya muchos dormían. Mauricio sacó la carta mirándola por última vez, luego tomó una caja de fósforos y la quemó encima del retrete. Fue viendo como el color azulado de las llamas iba apoderándose de las letras hasta convertirlas en un montón de cenizas flotando sobre el agua. El Negro se levantó para mirar la acción de Mauricio, y le dijo: -¿Quedaremos así si nos caemos, como cenizas de una carta?

Mauricio se rió. Esa noche se levantó para tomar agua y aprovechó para sentir algo de aire por la ventana. Al asomarse vio al Lobo en el patio de la cárcel mirando las murallas y fumando un cigarro. Mauricio sonrió y volvió a acostarse.

CAPÍTULO XII

Concentrado y remoto, atento a las pelusas que flotaban en el aire, iluminadas por la luz del sol entrando, impertinente, Mauricio, acostado aún, tomó su reloj y lo puso frente a él, lo volvió a dejar en el suelo y se dejó perder en las partículas de polvo.

Son las ocho de la mañana del viernes 27 de diciembre.

Mauricio piensa que va a ser un viernes ágil y ajeno a la rutina, como salido de una breve historia de aventuras. Recrea las ropas que utilizará, se ve en pantalones cortos y polera caminando por el patio de la cárcel, distraído, idéntico a todos los días.

Actúa delante de la cámara mientras la imagina siguiendo sus pasos. Si esas cámaras tuvieran el poder de ver más allá de nuestra piel y alcanzar lo que aún no podemos ser y en lo que estamos en vías de convertirnos, estaríamos acabados, no tendríamos la capacidad de hacer nada, porque ese aparato ya lo sabría todo con el simple hecho de mirarnos.

Mauricio se da vuelta en la cama y queda mirando hacia la muralla a la cual se adosaba el camarote. Querría volver a dormir, cerrar los ojos una vez más y despertar a la hora marcada para bajar, pero no puede.

Así está hasta las diez de la mañana cuando ve que desde el segundo camarote, sobre él, se desliza el cuerpo del Negro.

Éste lo mira sonriente, alzando las cejas para saludarlo, luego toma desde debajo de la cama un bolso y saca un pantalón corto y una polera limpia. Se los muestra a Mauricio, diciéndole: «¿Estará bien esta tenida para hoy, querido?».

-Si te caes, poco va a quedar para que te miren -responde Mauricio.

-Parece que te despertaste con la sangre pesadita -replica el Negro.

-Sí, ya me arrepentí de salir de aquí -mantiene el ritmo de la broma.

-Suele suceder, al final da miedo acercarse a la libertad después de muchos años en prisión... pero no te asustes, lo vas a superar, yo te acompañaré en tus terrores, dame la mano y volemos juntos -ironiza el Negro.

-Ya, dejémonos de tonteras y a levantarse.

-Yo estoy de pie, tú eres el acostado.

Mauricio se levanta, dirigiéndose hacia el retrete para orinar.

-¿Y Muñoz? -pregunta mientras orina.

-Debe estar listo y encerando las alas -contesta el Negro mientras terminaba de amarrarse los cordones de las zapatillas.

Mauricio se viste y sale junto al Negro en dirección de la celda de Muñoz y Chang. La puerta sigue entreabierta, como la dejaron los gendarmes por la mañana.

A esa hora el movimiento ya era continuo. Había presos que acostumbraban a levantarse temprano. Otros, simplemente, dormían hasta el mediodía sin reparos.

Abrieron la puerta lentamente y vieron a ambos habitantes de la celda completamente dormidos.

Muñoz, con la boca abierta no parecía estar a punto de vivir una experiencia trascendental para su existencia. Chang, en posición fetal, generaba la misma impresión. Mauricio y el Negro se miraron y se dispusieron a despertarlos.

Después que ambos estuvieron en pie, prepararon desayuno.

Se sentaron en torno a la mesa y repasaron detalles de última hora.

Se veían tranquilos, pero las tormentas interiores desfilaban, desordenando los materiales constituyentes de sus mundos.

Más tarde se fueron cada uno a sus celdas para luego bajar definitivamente y por última vez aquellas escaleras recorridas durante tanto tiempo.

Eligieron detalladamente los objetos que habrían de llevar consigo. Cada uno lo planificó con la rigurosidad de un oficio místico. Pequeños talismanes cargados de signos

y valores que cada uno les fue otorgando con el paso del tiempo. Objetos que los fueron acompañando mientras los días se iban acabando. Son manías.

Muñoz desordenó unas cajas donde tenía depositadas sus cartas y tomó las más importantes para él. Las guardó en uno de sus bolsillos y miró por la ventana, viendo a los guardias paseándose por las pasarelas de la muralla. Respiró tranquilo notando que sólo había el número habitual de vigilantes. Se sentó sobre la cama y miró al Chang mientras éste revisaba los pantalones utilizados el día anterior.

-No lo encuentro -murmuraba entre dientes.

-¿Qué no encuentras? -preguntó Muñoz.

-El monedero, el monedero chico... Ayer lo dejé aquí y ahora no está.

-Mal presagio, muy mal presagio -dijo Muñoz en voz baja.

-Justo ahora tenía que desaparecer -siguió lamentándose Chang.

-No se ha desaparecido, lo estoy viendo en este momento.

-¿Dónde?

-Arriba de la radio, cegatón, y no se te olviden los lentes, o te vas a subir a cualquier cosa.

Chang tomó el monedero guardándolo en su bolsillo.

En la otra celda estaba Mauricio, que ya tenía guardadas unas cuantas cartas en el interior de un pequeño sobre.

Las había tenido consigo durante mucho tiempo, resguardándolas de las penurias y los allanamientos. Ahora salía en busca del Chang con quien, según lo planificado, debía bajar a las 12 horas.

El Negro se quedó en la celda con una guitarra entre sus manos, mirando a su alrededor y grabando en su mente cada espacio para no recordarlo más. Sacaba algunas notas de las cuerdas para ahuyentar el nerviosismo y la hosca sequedad de su boca que se abría para suspirar como el preso de años que pretendía dejar de ser. Se levantó mirando hacia el patio donde vio a Mauricio y Chang caminando como cualquier otro día.

Pero ese día ya era diferente, el aire no envolvía el cuerpo como siempre, ni la luz se reflejaba sobre las cosas como lo había visto desde hace mucho. «Tanto puede cambiar todo mientras se espera», pensó. Tomó un sobre de encima de la mesa y sacó un par de fotos, las miró y luego las guardó en una bolsa de cuero pedida a otro preso. Tomó su reloj colocándoselo en la muñeca, pasó su dedo por sobre la mica, eliminando la suciedad, y salió en busca de Muñoz.

Muñoz permanecía sentado sobre la cama, la mirada perdida.

-¿Estamos? -preguntó el Negro.

Muñoz, al escuchar al Negro, se levantó y tomó unas cucharas para bajar con ellas, pues iban a almorzar según lo planificado.

-Estamos -respondió Muñoz, y los dos bajaron hacia el patio.

Todo parecía funcionar de un modo automático. Ninguno de ellos pretendía hablar o decir palabras para distender el momento. En aquellos segundos sólo se espera.

Estuvieron aguardando toda la tarde. Invadidos por el nerviosismo con cada vuelo de avión o helicóptero que sobrevolara la zona. Se miraban entre ellos, dispuestos a iniciar la acción ante al más leve sonido de disparo, para encontrar una nave sobre sus rostros apagando el brillo del sol.

Chang repetía a cada momento: «Esto nunca fue, nunca fue», y los otros tres lo miraban, riéndose, pero en el fondo ya estaban perdiendo la pequeña esperanza de un día en el universo.

Todo siguió así hasta que se cumplió el plazo acordado: las 19 horas. Aquella era una hora prudente para comenzar a subir y esperar ser informados respecto de las razones que habían abortado la operación. Pero ninguno de los cuatro lo hacía, ninguno de ellos quería ser el primero, y comprobar desde arriba cómo se iban sus compañeros.

Podía ser que la recuperación de la nave se hubiera retrasado, o porque los tripulantes del helicóptero sufrieran contratiempos y les fuera imposible llegar a la hora acordada.

El Negro se acercó a Muñoz y le dijo que ya era hora de que subieran.

-Sí -respondió éste, sin prestarle mucha atención.

El Negro se acercó al Chang con las mismas palabras. Este simplemente no le respondió nada. Por último, fue donde Mauricio, planteándole lo anterior y agregando, además, que se hacía demasiado sospechoso el que permanecieran tanto tiempo abajo.

-Sí, hay que subir -respondió Mauricio.

Pero nadie, en rigor, quería subir.

El Negro dudó si debía subir o no... podría ser la subida definitiva.

Se atormentaba con este tipo de interrogantes: «¿Y si en ese momento aparecía el helicóptero? ¿Y si me quedo yo solo aquí mientras salen los otros? Para qué arriesgarse».

-Mejor subo cuando suban todos -se dijo-. ¿Qué van a sospechar los gendarmes, si lo más probable es que estén durmiendo al otro lado de la cámara que me está viendo en este preciso momento? Mejor subo ¿O no? ¡A la mierda si sospechan!

Terminó de pensar dirigiéndose a los comedores para llamar al guardia para que abriera la puerta. Subió nervioso y con la duda rompiéndole el alma. Llegó a la celda y miró por la ventana. Vio a los tres que seguían como si nada. Comenzaba a oscurecer.

Se sentó con la mirada clavada en el suelo, sintiendo la frustración y la duda. Se paró y volvió a mirar hacia abajo. No soportó más y bajó corriendo por las escaleras al tiempo que avisaba al guardia que abriera nuevamente la reja.

Otra vez en el patio, sintió que respiraba con tranquilidad. Se quedó en la misma posición de los otros. Esperar, esperar cualquier cosa, salvo no quedarse ahí.

A las nueve de la noche estaban todos arriba, reunidos en la celda de Muñoz. En silencio, los cuatro nuevamente se miraban con una lóbrega desesperanza rondando por sus caras.

-Así son estas cosas -dijo Mauricio-, ahora hay que esperar para saber lo que pasó.

-Sí, el problema es que no podemos seguir con la plani-

ficación de esto todos los días hasta que resulte -intervino Muñoz-, mañana y el domingo son las visitas de fin de año y existe la posibilidad de que engrosen las guardias.

-Entonces -responde Mauricio-, mandamos un mensaje y suspendemos todo hasta el lunes.

-Yo creo que sería lo mejor -estuvo de acuerdo el Negro-, así damos un tiempo de relajo entre bajada y bajada.

-Yo pienso igual -se limitó a decir Chang.

-Bueno, mañana les informo lo que pasó y lo que pasará, a lo mejor nova a depender de nosotros posponerla hasta el lunes...

-Pero por qué no se lo propusiste antes -le decía Emilio a Distéfano, molesto porque el alquiler del helicóptero había fallado.

-No fue problema mío -respondía Distéfano-, simplemente se lo llevaron a otro lugar.

-¿Pero lo dejaste para el lunes?

-Sí.

-Le diste la reserva de mil dólares al tal Griffin.

-Sí.

-Ojalá nos responda -concluye Emilio, los ojos inundados de lágrimas y rabia.

Aguardaban a la salida del aeródromo y sólo les quedaba volver hasta el lunes.

El Piloto y el Fusilero se subieron al vehículo en silencio y miraron por los vidrios a los aviones aterrizando en la pista. Las dos mujeres acompañantes miraban con sus manos a los lados y no hablaban nada, mientras una de ellas repasaba lo que debía haber dicho a la altura de Rapel: «Que pare esto, estoy demasiado mareada y voy a vomitar». No lo dijo aquel día pero lo repitió tres días más tarde y así se hicieron de un helicóptero...

Más tarde Emilio tomó un teléfono y marcó el mismo número que venía marcando desde hace un tiempo.

-Aló.

-Sí, cómo te fue -pregunta la voz del otro lado de la línea con nerviosismo y ansiedad.

-Como las huevas -contestó Emilio.

-¿Cómo es eso? -interrogó la voz, ansiosa.

-No pudimos abordar el helicóptero porque ya lo habían arrendado.

-¿Y eso qué significa?

-Lo que te estoy diciendo -Emilio estaba de mal humor.

-Habla más claro -increpó la voz.

-Significa que vamos a tener que volver el lunes.

-Ah, eso es diferente a lo que me estabas diciendo.

-Yo no te dije que no volveríamos -aclaró Emilio.

-Entonces, para el lunes... ¿Lo dejaste bien amarrado?

-Eso creo.

La voz suspira quedándose en silencio.

-Te llamo el lunes entonces -dijo Emilio.

-Sí, a la hora acordada y no te desesperes -contesta la voz.

-Haré lo posible, nos vemos.

-Bueno, chao.

-Adiós -termina diciendo Emilio cuando cuelga con un fuerte golpe el fono.

Durante la mañana del día sábado, Mauricio comunicó a sus compañeros los problemas acaecidos con el alquiler del helicóptero y que aquello había significado el aplazamiento. «Pero ya está solucionado y va para el día lunes, como lo propusieron», aseguró.

CAPÍTULO XIII

-Listo, ya está todo -dijo Emilio, cerrando un pequeño bolso aferrado a su cintura. Acaba de guardar un cargador de su pistola y termina abrochándose uno de los botones de la camisa. Se mira en el reflejo del vidrio del Legacy y hace exhalaciones fuertes que van empañando el cristal.

Son las siete treinta de la mañana del 30 de diciembre. Se preparan para salir de la casa de Rapel hacia el punto de reunión con el furgón de turismo que los transportará hacia la empresa Lassa, ubicada en el aeródromo de Tobalaba. Ahí llegará Distéfano con el chofer que los ha llevado en otras oportunidades.

Está suficientemente claro el día como para que no noten la distancia por recorrer y nadie se sacará, en el camino por venir, el escurridizo espanto de sus entrañas. No era adrenalina ni felicidad, tampoco imprecisión ni pena lo que corría como un caballo desbocado en ellos. Resolución será aquella palabra extraviada que se acerque para nombrar sus estados más profundos cuando hablaban o miraban, ya no como otros días sino como el último de toda esta historia. Pues no se puede decir o nombrar lo indefinido.

El Piloto terminó de cerrar la casa y desde una de las ventanas se asomaron dos rostros femeninos junto a la cara del Fusilero, sonriendo lentamente y moviendo las manos para despedirse. El Piloto los vio y respondió levantando la muñeca como un cadáver colgado a su cuerpo.

Se acercó al automóvil y el último movimiento lo realizó acomodándose la pistola en la espalda, adosada como una liendre viviendo de su presente.

Emilio al volante, con el motor encendido. A su lado iba la mujer de rasgos finos y actitud altiva, sentada y re-luciente miraba a su alrededor. Atrás permanece otra mujer de rostro redondo y colorado que no entiende lo que intercambian sus

acompañantes. A su lado, su compañera de similares características. A la izquierda de ésta se sienta el Piloto que termina diciendo: «Pues, vámonos».

No fueron muchos los diálogos intercambiados durante el viaje ni menos aún la importancia de todo aquello. Dichos sin compromiso que no vale mencionarlos ni detallarlos. Tampoco hacer de ellos una metáfora para creer que ese momento fuera digno de recuerdo. Aunque siendo reiterativo, el recuerdo, cualquiera sea, no posee dignidad ni ninguna de esas categorías que nos hacen, supuestamente, mejores.

El recuerdo, cuando se recuerda, es similar a una planta creciendo en el mismo sitio y sobre la misma tierra regada con agua perpetua, hasta que dejamos de ser y otros toman esos recuerdos, pero esta vez con un sentido del tiempo acorralado en otra época. Sólo ahí nace la dignidad en el recuerdo. La dignidad no es del recuerdo, es parte de quien recuerda.

Llegaron hasta el punto de encuentro. Bajaron los cuatro acompañantes de Emilio, y después éste se dispuso a estacionar el vehículo en las cercanías. El automóvil iba a quedar ahí hasta el arribo de otro rodriguista cuya responsabilidad era llevarlo hacia las inmediaciones del parque Brasil, en la periferia sur de Santiago.

Un parque elegido por sus características especiales para el aterrizaje posterior del helicóptero. Peligroso por la noche y deportivo por el día. Plagado de canchas de fútbol donde se ejercitan los marginados de la ciudad, donde se ubican los más inmundos seres de esta tierra. Aquel sería el helipuerto de los rodriguistas.

No esperaron demasiado y Distéfano se presentó a la hora convenida. Con rapidez bajó del furgón saludando a los demás.

Sabía que no era un día como los otros, notó en las caras de sus compañeros la palidez propia del terror que sale sin llamarlo, como un invitado indeseado.

Las tres mujeres actuaban con desenfado, al contrario de los dos rodriguistas que entrecortaban sus movimientos.

Subieron al furgón y partieron hacia el lugar. El chofer, acostumbrado a la rutina, siguió el camino de siempre. Distéfano a su lado hablándole las cotidianeidades habituales a las cuales el chofer respondía con el mismo acento automatizado. Simulaba interés, pero era sólo eso, un simulacro de atención, igual que el diálogo de Distéfano.

Mientras hablaba se sacaba las pelusas del pantalón, seguía con la yema de sus dedos la línea que denotaba un planchado impecable, realizado con esmero, como para un gran banquete. En el fondo, Distéfano se había transmutado en un impostor de grandes recursos dramáticos. La noche anterior, mientras salía de la ducha y se miraba al espejo, pensó en su juventud, se tocó los canales abiertos con violencia en la extensión de su frente, pasó incontables veces la mano sobre su cara, notando la tersitud perdida. No podía pasar la mano por sus pensamientos, pero si hubiera podido, pensó que sería la forma más prístina de su juventud, quizá lo único que no ha cambiado considerablemente.

Los pensamientos de Distéfano se fueron poniendo más graves, un poco más perezosos y agotados, pero conservaban la vitalidad necesaria para continuar en la misma dirección. Era un buen tipo.

Los otros charlaban, intercambiaban vacuidades para hacerlo aparecer como un viaje de «turistas». Las mujeres se adelantaban en la experiencia que significaría el vuelo hacia la Sexta Región. Se veían bien, llenas de ánimo y ventura, como recién llegadas a un pueblo desconocido donde está todo por descubrir, sus casas, salones, paisajes, la gente que lo habita, en fin, una tierra nueva donde todos las saludarían elevando pañuelos. Analogía improcedente para esta situación por su propia extemporaneidad, pero se valía en el ethos construido a lo largo de estas páginas presuntuosas.

El chofer estacionó el furgón y sus ocupantes comenzaron el descenso caótico.

Caminaron con Distéfano a la cabeza, dirigiendo al grupo de falsos y conspiradores «turistas» hacia las oficinas de

Griffin. Una vez más, Distéfano ingresó solo y afuera aguardaron los demás.

-Señor Distéfano -dijo Griffin con entusiasmo-, ¿cómo le ha ido? Espero no esté molesto por la irregularidad del viernes pasado.

-Buenos días -contesta Distéfano-, no se preocupe, mis clientes entienden los vaivenes de un negocio como éste, pero imagino que no hay ningún inconveniente para este día, ¿no?

-Sólo habrá un cambio de rutina- dice Griffin.

-¿A qué se refiere? -pregunta Distéfano con algo de ansiedad.

-Nada que imposibilite la programación del vuelo de hoy, sólo un cambio de piloto.

-¡Ah!, pero eso no es problema.

Por la puerta ingresa un hombre de contextura gruesa y bastante más alto que el común de los chilenos. Antes de entrar, había saludado a los acompañantes de Distéfano.

-Aquí está el nuevo piloto -dijo sorprendido Griffin. Distéfano se dio vuelta mirándolo.

-Le presento al capitán de carabineros Daniel Sagredo, de la Brigada Aeropolicial, dice Griffin.

Sagredo era un oficial que no llamaba la atención y trataba de pasar desapercibido. Se podría decir en cierta forma que también conspiraba. La razón es sencilla, él no podía ejecutar actividades de esa naturaleza mientras estuviera vinculado a su institución. Pero siempre el dinero induce a cometer una astuta transgresión. Llevaba alrededor de cinco años prestando sus conocimientos prácticos en la empresa Lassa y por una mala combinación de factores de la suerte lo llamaron para realizar un reemplazo en el vuelo de cinco «turistas», aquel 30 de diciembre.

Jamás pensó cuando se graduaba con honores, frente al Presidente, que se vería en una situación como la que le esperaba. Pero en fin, a pesar de su terror no produjo mayor problema.

-Buenos días, dijo Distéfano, saludando al nuevo piloto y entrecortando sus palabras.

-Buenos -contesta-. Los de afuera son los turistas, ¿no?

-¡Ah!, ya los viste -exclama Griffin.

-Sí, los acabo de saludar.

-Bueno, entonces no hay problema -volvió a intervenir Griffin, mirando a Distéfano.

-Es un cambio inesperado -dice algo dudoso-. Mejor les pregunto a ellos, ¿sabe? Ya se habían acostumbrado al otro piloto, cómo puedo decirle, es como si le hubieran tomado confianza. Mejor les pregunto a ellos si están dispuestos al cambio.

-Cómo no, pero tenga en cuenta que Sagredo tiene más experiencia que el piloto anterior, no en vano es un piloto de carabineros, ¿no es cierto? -termina sonriendo, mirando a Sagredo.

-¿Me permite? Ya vuelvo.

Distéfano sale acercándose a Emilio para contarle lo del cambio.

-¡¿Cómo?!, ¿Un paco de piloto?, pregunta espantado.

-Sí, dice que es un cambio de última hora porque el otro piloto no está disponible.

-¿No irá armado, o sí?

-Eso no te lo puedo decir.

-Bueno, no prolonguemos más esto. Dile que estamos conformes y que no habrá problema.

Distéfano entró nuevamente, comunicando la re-solución de sus clientes.

-No hay problema, señor Griffin, siempre y cuando no se quede dormido el piloto -bromea. El piloto y Griffin rieron y salieron junto a Distéfano.

El piloto miró a los cinco, quienes a su vez lo miraron a él.

-¿Qué esperamos? -dice levantando ambos brazos y extendiendo sus palmas en dirección al cielo.

Se elevaron alrededor de las 13:45 hrs. con rumbo básico

hacia la Sexta Región.

Al lado del piloto iba Emilio, atrás los otros cuatro, el Piloto, Distéfano y las tres mujeres.

Llevaban alrededor de un minuto de vuelo cuando una de las mujeres solicitó al piloto sobrevolar el pueblito del parque O'Higgins.

-No sé si pueda -contesta gritando-, no es habitual que nos acerquemos mucho.

-Por favor -replica la mujer, nunca lo he visto desde el aire. El piloto, dudoso, accedió a los ruegos de la mujer pasando sobre el objetivo. Y desde ahí, los dos hombres concentraron su mirada en la cárcel de alta seguridad.

Aquella treta iba dirigida a captar desde las alturas la situación general de la cárcel de alta seguridad. Algo acostumbrado en este tipo de circunstancias para no llegar con las expectativas vacías.

El Piloto captó todo el entorno de una mirada, grabándolo en su memoria. Emilio iba al costado del piloto y no hizo demasiada ostentación para descubrir detalles. Sólo constató si había alguna anomalía que pudiera significar el retraso de la operación.

¡Que lindo! ¡Qué bello se ve desde aquí! Mira la gente, qué bueno es volar. Ese era el tenor de los comentarios de los tripulantes, mientras se acercaban al lugar donde Emilio debía dar la señal para que una de las mujeres comenzara su parte del espectáculo, fingiendo fuertes e incontrolables mareos que obligasen al piloto a descender. Aquello daría la oportunidad de tomar el control del helicóptero.

Fue así como Emilio se dio vuelta desde su lugar mirando a la mujer y preguntó: «¿Cómo te sientes? Te ves bastante mal». Ante lo cual ella respondió: «Ya no puedo más con este mareo, creo que voy a vomitar, no puedo seguir volando, ¡¡dile que por favor baje esta cosa!!»

Ya no hablaba con la voz pausada y dulce que siempre le habían escuchado. Estaba gritando, y su rostro se veía blanco

de verdad. Se llevaba las manos a la boca como quien aguanta una fuerte presión estomacal y está al borde de convertirse en un río de desechos.

Emilio miró al piloto, ya enterado de la situación porque era imposible no enterarse con los gritos de la mujer. Le pidió que bajaran un momento, «sólo será cuestión de un minuto», dijo. El piloto accedió sin demostrar molestia alguna. «El cliente es el que manda», había escuchado alguna vez.

Aterrizaban en el lugar donde tenían planificado transformar el helicóptero y donde antes habían probado la solidez y resistencia del canasto.

Fue entonces, mientras probaban el canasto, cuando al Fusilero se le ocurrió decir que ese sería un buen lugar para acondicionar el helicóptero cuando lo tuvieran en sus manos. Los demás lo miraron y asintieron con la cabeza. De ahí en adelante, el lugar se convirtió en un sitio más concreto en las intenciones y planificación de la operación, quedó marcado con un plumón azul en los mapas de orientación.

Ya con el helicóptero en tierra, la mujer bajó con la ayuda de las otras dos.

El piloto, relajado y sin ninguna sospecha, se sacó los audífonos de comunicación mirando en dirección a las mujeres. Mientras se daba vuelta, sintió una pistola apoyada en su cabeza.

-¿Qué es esto? -preguntó aterrado y nervioso.

-Quédate tranquilito y todo va a salir bien, pon las manos fuera del control y guarda silencio.

-Pero...

-Nada, haz lo que te digo.

El Piloto bajó y a tirones sacó al piloto Sagredo. El helicóptero seguía con el motor encendido y todos comenzaban una carrera frenética y controlada.

-Bueno, cuál es tu nombre de guerra -preguntó tranquila-

mente el Piloto al piloto.

-¿Qué esperamos? -dice levantando ambos brazos y extendiendo sus palmas en dirección al cielo.

Se elevaron alrededor de las 13:45 hrs. con rumbo básico hacia la Sexta Región.

Al lado del piloto iba Emilio, atrás los otros cuatro, el Piloto, Distéfano y las tres mujeres.

Llevaban alrededor de un minuto de vuelo cuando una de las mujeres solicitó al piloto sobrevolar el pueblito del parque O›Higgins.

-No sé si pueda -contesta gritando-, no es habitual que nos acerquemos mucho.

-Por favor -replica la mujer, nunca lo he visto desde el aire. El piloto, dudoso, accedió a los ruegos de la mujer pasando sobre el objetivo. Y desde ahí, los dos hombres concentraron su mirada en la cárcel de alta seguridad.

Aquella treta iba dirigida a captar desde las alturas la situación general de la cárcel de alta seguridad. Algo acostumbrado en este tipo de circunstancias para no llegar con las expectativas vacías.

El Piloto captó todo el entorno de una mirada, grabándolo en su memoria. Emilio iba al costado del piloto y no hizo demasiada ostentación para descubrir detalles. Sólo constató si había alguna anomalía que pudiera significar el retraso de la operación.

¡Que lindo! ¡Qué bello se ve desde aquí! Mira la gente, qué bueno es volar. Ese era el tenor de los comentarios de los tripulantes, mientras se acercaban al lugar donde Emilio debía dar la señal para que una de las mujeres comenzara su parte del espectáculo, fingiendo fuertes e incontrolables mareos que obligasen al piloto a descender. Aquello daría la oportunidad de tomar el control del helicóptero.

Fue así como Emilio se dio vuelta desde su lugar mirando a la mujer y preguntó: «¿Cómo te sientes? Te ves bastante mal». Ante lo cual ella respondió: «Ya no puedo más con

este mareo, creo que voy a vomitar, no puedo seguir volando, ¡¡dile que por favor baje esta cosa!!»

Ya no hablaba con la voz pausada y dulce que siempre le habían escuchado. Estaba gritando, y su rostro se veía blanco de verdad. Se llevaba las manos a la boca como quien aguanta una fuerte presión estomacal y está al borde de convertirse en un río de desechos.

Emilio miró al piloto, ya enterado de la situación porque era imposible no enterarse con los gritos de la mujer. Le pidió que bajaran un momento, «sólo será cuestión de un minuto», dijo. El piloto accedió sin demostrar molestia alguna. «El cliente es el que manda», había escuchado alguna vez.

Aterrizaban en el lugar donde tenían planificado transformar el helicóptero y donde antes habían probado la solidez y resistencia del canasto.

Fue entonces, mientras probaban el canasto, cuando al Fusilero se le ocurrió decir que ese sería un buen lugar para acondicionar el helicóptero cuando lo tuvieran en sus manos. Los demás lo miraron y asintieron con la cabeza. De ahí en adelante, el lugar se convirtió en un sitio más concreto en las intenciones y planificación de la operación, quedó marcado con un plumón azul en los mapas de orientación.

Ya con el helicóptero en tierra, la mujer bajó con la ayuda de las otras dos.

El piloto, relajado y sin ninguna sospecha, se sacó los audífonos de comunicación mirando en dirección a las mujeres. Mientras se daba vuelta, sintió una pistola apoyada en su cabeza.

-¿Qué es esto? -preguntó aterrado y nervioso.

-Quédate tranquilito y todo va a salir bien, pon las manos fuera del control y guarda silencio.

-Pero...

-Nada, haz lo que te digo.

El Piloto bajó y a tirones sacó al piloto Sagredo. El helicóp-

tero seguía con el motor encendido y todos comenzaban una carrera frenética y controlada.

-Bueno, cuál es tu nombre de guerra -preguntó tranquilamente el Piloto al piloto.

-No... no tengo nombre de guerra, no me hagan daño.

-¡Cállate! -lo increpa Emilio-, no te queremos a ti, queremos tu helicóptero por unas horas y ya. -¿Pero saben volarlo? -¿Qué crees tú? -responde el Piloto. El ruido ensordecedor seguía ensordecedor en medio de los diálogos. Las mujeres miraban hacia el sendero de tierra de las cercanías como esperando a alguien. Emilio apuntaba con la pistola, Distéfano sacaba de sus ropas cintas plásticas para amarrar al piloto, y el Piloto controlaba al piloto, todos con su papel prefijado en ese 30 de diciembre.

-¿Qué le pasa a la mujer? -pregunta Emilio con los ojos desorbitados.

-No sé, al parecer está vomitando de verdad -respondió consternado Distéfano.

La mujer que, hasta hace un rato simulaba el vómito, era presa de prolongadas contracciones pectorales y al final terminó en un tremendo chorro de vómito. Por el viento de las hélices, ensució a la mayoría de los conspiradores aéreos.

-¡Basta, basta! Era sólo un truco para poder bajar -le gritaba el Piloto con una sonrisa.

Las otras mujeres se acercaron asistiéndola de verdad. Ella alzó su cara completamente pálida junto a los restos del desayuno que le bañaban parte del rostro.

Por el sendero se asomaba lo esperado por todos. Llegaba el Lada y se distinguía la cara impresionada del Fusilero entre el polvo que escapaba enfurecido por la fuerza de las hélices y el ruido.

Coincidencia o un capítulo escrito, lo cierto es que no había nadie en las inmediaciones de ese páramo baldío y seco al costado del raquítico lago Rapel.

Estacionó el vehículo y bajó consternado. Miró al piloto en el suelo y amarrado, en silencio y temeroso. Sobre él estaba Emilio con la pistola en la mano pero ya no lo apuntaba, la tenía a un costado de su cuerpo como un instrumento inútil, lo mismo sucedía con el arma del Piloto al lado de Emilio.

Abrió la cajuela del vehículo y comenzaron a descargar los instrumentos para acondicionar la nave.

-Llegué a la hora -dice el Fusilero al lado del Piloto mientras descargaban.

-Sí, y nosotros secuestramos un helicóptero. Bajaron todo el material, los fusiles, las granadas, las pistolas y el canasto, junto con dos placas gruesas de vidrios blindados para el helicóptero, hechas con esfuerzo por un antiguo colaborador del Frente que siempre siguió creyendo en los hombres que conocía.

A los tres tripulantes, Distéfano les pasó un chaleco antibalas para cada uno.

Subieron al piloto en la parte trasera del vehículo cerrando la puerta.

-Ahora lleva al piloto a la casa, lo amarras como dijimos y luego te vas -dijo Emilio a Distéfano con voz serena y fuerte por el ruido mientras abordaba el Lada. Haré todo lo que acordamos, grita Distéfano dándole la mano, cuídense mucho, ya nos veremos.

Subió acompañado de todas las mujeres y partieron rumbo a Las Cabras, donde dejarían al piloto.

La labor duró alrededor de treinta minutos, tiempo que dio para sacar las puertas de cualquier manera, ya que no salían con una secuencia lógica, dando origen a un combate de tirones y golpes contra el helicóptero.

Colocaron las gruesas planchas de vidrio blindado en la ubicación del piloto y amarraron las cuerdas de alpinismo que sujetaban el canasto, fijándolas con innumerables vueltas en la parte trasera del aparato.

Despeinado y gritando, Emilio tomó los fusiles y los cargadores, le pasó uno al Fusilero y el otro se lo dejó para él. El

Piloto miró su reloj.

-Estamos en el tiempo -gritó. Se colocaron los chalecos antibalas, subiendo al aparato con el motor encendido.

El Piloto, ya dentro del helicóptero, les facilitó los audífonos para terminar con los gritos.

-¿Me copian? -preguntó.

-Clarito por mi lado, respondió el Fusilero.

-Yo, fuerte y claro, respondió Emilio, a la vez que daba la orden de elevarse. Se frotó las manos y sonrió. -Otra vez juntos, bichito del aire -murmuró-. Ahí vamos -gritó, mientras el helicóptero se elevaba suavemente por el aire.

Partieron en dirección a Santiago. Ya no pensaban nada sólo en llegar luego.

Atrás, sujeto con arneses a la estructura del helicóptero, Emilio sentía el viento golpeando su cuerpo y sus manos sudaban por la simple razón de tener un fusil en las manos. El Fusilero con cara de maniático sonreía a todo lo que miraba.

-¿Cómo vamos en la dirección? -preguntó Emilio por los parlantes de los audífonos.

-Parece que me perdí, respondió el Piloto moviendo la cabeza en busca de un punto de referencia. Hay mucha neblina y no puedo encontrar nada.

-¡¿Cómo?!

-Se me perdió Santiago, repitió.

-Entonces, baja a la carretera.

-¿Para qué?

-Sólo baja y no preguntes, -ordenó Emilio-. Terminaba de decir aquello y el Piloto le gritó: -Ahora no puedo, mira a tu izquierda. Emilio alcanzó a ver un helicóptero de carabineros en dirección contraria. Después se supo que volaba hacia Rodelillo, en Viña del Mar.

-¡¡Baja el fusil y siéntate!! -le gritó al Fusilero mientras hacía lo mismo.

La otra nave pasó con indiferencia y siguieron en

sus posiciones. .,

Estuvieron cerca de cuarenta minutos perdidos en el aire sin saber la ubicación de Santiago, a punto de bajar a la carretera y preguntar con un helicóptero en la espalda en qué dirección quedaba.

¿Quién podría haber respondido satisfactoriamente si todos sabían la dirección pero por tierra, no por aire? Quien podría haber dicho: «Sí, toma la cuarta nube y luego sigue siete aguiluchos en línea recta y te vas a encontrar con las farsantes gaviotas del río Mapocho: ése es Santiago». La verdad, es que nadie les podría haber contestado algo que les sirviera.

Ya, ya me ubiqué dijo el Piloto. Emilio respiró tranquilo y el Fusilero seguía con la misma expresión, empuñando el fusil. Tomaron la dirección correcta acercándose al parque Brasil para comprobar desde el aire que el Legacy estuviera en posición. Una vez hecho esto, se dirigieron a la cárcel de alta seguridad.

¿Cuándo reflexiona el hombre con melancolía sobre sí mismo? ¿Cuándo se sienta a mirar las estrellas y a pensar en lo que fue o lo que pudo haber sido en un estado de fulgor? ¿Cuál es el momento para recoger las piedras que un día tiró con fuerza sobre las olas del mar enfurecido, mientras el mundo atardecía? ¿Qué lo hace mirar sus manos como un instrumento extraño a la totalidad del cuerpo? ¿El cansancio, el agobio, la pérdida de las fuerzas, la fatiga al final del día en un cuarto oscuro y húmedo, en un acceso de soledad llena de pupas inertes? Sólo reflexionamos cuando estamos acabados, raquíticos y ausentes.

La plenitud de la vida no permite reflexión, el hambre caníbal de ruido y la terrible necesidad de pavor no comulgan con la vitalidad de cuerpos en expansión así como el mismo espíritu deja caer su saliva en el borde de un exceso.

Es por lo anterior que Emilio no pensó nada, absolu-

tamente nada cuando su brazo perdía tensión al soltar el seguro de tiro del fusil y comenzaba a disparar contra las casetas de los gendarmes.

Su fusil miraba hacia el poniente y el Fusilero hacía lo mismo en dirección oriente. Ninguno soltaba el gatillo de sus armas.

Las vainillas rebotaban en el interior del helicóptero y en pocos segundos todo se hundió en una nube de pólvora carbonizada.

En ese tiempo, el Piloto comenzó el itinerario del recorrido sobre la cárcel. Trataba de agazaparse lo que más podía tras los cristales blindados. No pensaba que los únicos que disparaban eran sus compañeros de atrás. Observó la Penitenciaría y a unos guardias escondiéndose tras las murallas. Disminuyó la velocidad y recorrió el primer patio, escuchaba las ráfagas y algunos casquillos rebotando en su cabeza.

-Anda más lento -gritó Emilio, mientras aumentaba la continuidad de los tiros.

Era el tercer depósito el que el Fusilero ponía en el fusil, los que sacaba con premura y de manera automática. Hacía movimientos cortos y rápidos para retener cualquier respuesta. Disparaba y seguía disparando con medio cuerpo afuera del helicóptero. Lo hacía a todos lados donde hubieran guardias. No paró de disparar hasta lanzar el canasto para luego seguir disparando.

Emilio también cargaba, y se quedó mirando a un preso del primer patio corriendo desnudo por el cemento.

-Sigue, sigue -repite Emilio-. Es en el otro patio, donde debe estar un balde amarillo.

El Piloto ya lo sabía y movía el helicóptero con lentitud para no pasarse. Llegaron al segundo patio viendo la desesperación de alguien moviendo los brazos de forma espantosa como si se le fuera la vida.

-¡Ya! -gritó el Piloto. Emilio miró hacia abajo con la boca del fusil apuntando al edificio administrativo del penal.

-¡Ahora!, -le grita al Fusilero, y éste pone su fusil en la espalda lanzando el canasto.

-¡Se está moviendo la cortina de la ventana, enano! -Emilio escuchó la advertencia y rápidamente levantó la cabeza disparando ráfagas contra la ventana. No tuvo tiempo de entender nada. Se quedó respirando al ritmo de sus pulsaciones y vio que no había movimiento. Miró a su lado y vio al Lobo sonriéndole y moviendo las cejas.

-Te salvé picante, te salvé.

-¿Qué mierda haces aquí? ¿No ves que aumentas el peso?

-Soy leve como el ala de una mariposa -dijo, mientras desaparecía.

-¡Ya, ya, listo! -gritaba el Fusilero después de transcurridos cinco segundos en los cuales el canasto estuvo en tierra tomando la carga.

-¡Vamos, vamos! -gritó Emilio, y el Piloto salía del lugar en dirección al parque Brasil. En un momento dado y mientras salían sintieron un fuerte golpe en el canasto.

-¿Qué fue eso? -preguntó con su rostro pálido.

-Un pequeño estrellón con la muralla, pero están todos, sigue adelante -respondió Emilio, dando los últimos tiros con el fusil hirviendo.

Los fusiles ya no disparaban y nadie disparaba contra el helicóptero. El Fusilero está tranquilo mirando hacia el horizonte. Bajó el fusil y suspiró.

-¿Cómo van? -preguntó el Piloto.

-Algo angustiados, pero se ven bien -respondieron.

Recorrieron dos minutos con cuatro hombres colgando desde el helicóptero hasta comenzar el descenso sobre la cancha de fútbol en el parque Brasil.

-Baja con cuidado, ordena Emilio. Sí, va todo bien, responde aterrizando, como si lo hiciera en un sitio cualquiera y sin carga.

La tierra y el ruido una vez más se hacían presentes.

Emilio y el Fusilero se bajaron en busca de los cuatro que venían levantándose, ensangrentados y llenos de tierra. Se miraron todos extrañados, y luego los llevaron hacia una pequeña abertura de la reja metálica del parque.

-Por aquí, les gritó pasándoles armas.

Se quedaron mirando al lado contrario de la reja, en espera de lo que les dijeran los tripulantes del helicóptero.

-Estos cuatro están como recién salidos de la oscuridad y reconociendo la distancia, -pensó Emilio.

CAPÍTULO XIV

A las diez de la mañana, Chang terminó febrilmente de amarrar un elástico de color rojo a las patas de sus anteojos.

La puerta de la celda estaba abierta, pero no temía que alguien entrara de improviso a preguntar qué hacía. No había por qué temer, era una actividad normal para alguien al que constantemente se le están resbalando los anteojos.

No estaba especialmente preocupado porque fuera 30 de diciembre, ni tampoco por el motivo para amarrar con tanto esmero ese elástico. Tan sólo lo hacía. Muñoz, frente a él, sentado en una de las sillas de la celda, lo observaba en silencio, sin pronunciar ninguna palabra que turbara ese apacible momento. Estaba como desposeído de fuerzas, lo que le daba un aire de cachivache despaturrado sobre la silla, con ambos brazos colgando a los costados y las piernas desnudas hasta el punto en que su pantalón corto cubría las cicatrices que fue adquiriendo como regalos del destino. En menos de cinco años había coleccionado sobre sus piernas, y sobre el resto del cuerpo, once cicatrices que hacían las veces de tatuajes.

Bradbury habla del hombre tatuado, de aquel que posee una historia particular acerca de cada tatuaje. Si se hubiese podido hacer hablar a las cicatrices de Muñoz, sucedería exactamente igual. Cada uno de esos orificios tapados con su misma piel podría decirnos su historia y narrarnos brevemente los desgarros que provocaron su estatura y su génesis, como una parábola escrita sobre el desierto.

Muñoz tampoco piensa en algo en particular, licuado sobre su desgano observa el esfuerzo del Chang en terminar su tarea.

No se dicen nada, uno está con el elástico en las manos y el otro sentado, esperando que el tiempo llegue a su fin. No el fin del tiempo en términos generales, sino aquel tiempo específico que Muñoz y el Negro, que espera en su celda con Mauricio, tienen para bajar hacia el patio y esperar hipotéti-

camente un ilusorio helicóptero que los saque de ahí.

La verdad es que ninguno de ellos está totalmente convencido de que ese día se presentará la nave. Han sido muchas las oportunidades en que se han quedado mirando entre ellos como para decirse sin palabras: «Hoy no se fía, mañana sí». Y llegaba esa mañana, repitiéndose una vez más lo que ya era una repetición ayer. Se fue convirtiendo en una rutina de sueño, el escape.

En un momento pensaron que era una simple terapia de rehabilitación emocional. Autoconvencimiento falso y esquizofrénico, rotatorio y reiterativo para volver a las celdas y soñar que se es otro.

-Terminé, ahora no se me caen, ni aunque vaya de cabeza -dice Chang poniéndose los anteojos y comprobando la firmeza de su tarea.

-Espero que así sea -señala Muñoz, aún tirado sobre la silla.

-Te veo sin ánimo, Muñoz ¿O es que te quieres quedar aquí?

-¡Ja!, ya parece cuento eso de que nos vamos.

-En una de esas aparecen hoy -insiste Chang, bajando el volumen de la voz-, y en la tarde podremos estar en otro mundo.

-Ahí nos vamos a quedar, en el patio, esperando igual que el viernes pasado... parecía paseo de huerfanitos ese día -se queja Muñoz.

-Bueno, más vale el intento que quedarse tirado ahí como estás, pareces una ameba.

-Queda tiempo todavía, mejor duermo hasta las doce -dice Muñoz, acostándose en la cama del Chang.

-Oye, ¿bajaste el balde en la mañana?

-Sí, fue lo primero que hice cuando tú todavía dormías, está en el baño -contesta Muñoz.

-No sea cosa que lo ocupe alguien.

-Tonteras, nadie lo va ocupar, además, ahí va a quedar durante toda la mañana y en una semana más vamos a hacer lo mismo, qué tanto te preocupas.

Chang no respondió y se puso a hojear una revista con desinterés, daba vuelta las hojas sin detenerse en lo que decían, mirando nada más que las fotografías en blanco y negro que se le iban presentando a los lados de las letras.

Tenía el nerviosismo habitual que muerde en la periferia del estómago y aprende a permanecer ahí sin llamar demasiado la atención. Repasaba con la mente en blanco los objetos que debía llevar consigo. «Lentes, monedero con diez mil pesos, reloj, ¿qué más me falta?», se dijo. «Mmm, se me olvidaba el cinturón», se responde.

-Te estás preparando como una mina -se burla Muñoz con la cabeza hundida en la almohada -sólo te faltan los cosméticos y el espejo -agrega, para terminar riéndose de su propia broma.

-Sigue durmiendo, infeliz que te vas a quedar abajo -le advierte Chang.

-Abajo igual que tú no más.

En la otra celda el ambiente era similar. Mauricio fumando un cigarro, lento y profundo, aspira una y otra vez, imaginando si Emilio ya tiene el helicóptero en su poder.

Mira la hora y piensa que es demasiado temprano para eso, tal vez estén en camino.

Se levanta y comienza a sacar hojas de una carpeta que va destruyendo y lanzándolas al retrete, viendo como se van humedeciendo.

El Negro entra a la celda y ve a Mauricio en una actividad rutinaria para él. Sin decir nada, se tira sobre la cama.

-Parece que nos levantamos demasiado temprano, a esta hora podríamos seguir durmiendo -señala desde el colchón.

-No se puede hacer mucho a esta hora en la cama -opina Mauricio-, estarías mirando el techo como todos los días.

-El Chang y Muñoz están en la misma que nosotros, tirados mirándose las caras, debería haber una actividad que rellenara los momentos de espera. – ¿Qué se te ocurre?, un

juego de canasta a la espera de tu fuga -contesta Mauricio.

-¡Silencio, blasfemo!, que alguien te puede oír -repuso el Negro, levantando la mitad del cuerpo.

-Queda tan poco que ya no podrían hacer nada.

-¿Tan seguro estás?

-Por supuesto, y no es sólo un presentimiento... porque...¿qué los podría detener hoy?

-Uf, desde una lluvia hasta un gorrión que se les cruza, no sé, es tan grande el espectro de posibles abortos -contesta el Negro.

-No, pajarito de mal agüero, hoy vienen y hoy nos vamos -contesta con seguridad Mauricio.

-Yo me atengo sólo a lo que pueda pasar -insiste el Negro.

-Hombre sin fe.

-Así es, la fe viene después, claro... es un poco oportunista pero da igual.

El día estaba brillante como un día de diciembre. Calor en toda su potencia por la mañana. La cárcel igual que siempre, los guardias semidormidos por las pasarelas y algunos presos dando inútiles vueltas para consumir una espera que no esperaba nada.

De pronto aparece la cabeza del Chang por la puerta abierta de la celda.

-Estamos en la hora -le dice a Mauricio, que terminaba de ponerse unas vendas en los tobillos.

-Ya voy, baja tú primero y te alcanzo -le contesta.

-Hay que esperar al ancianito... Es que se le pueden torcer los viejos tobillos que lo han soportado por todos sus años -le grita el Negro aún acostado sobre la cama.

Mauricio terminó, salió de la celda con un pañuelo azul guardado en uno de los bolsillos.

-Nos vemos abajo -le dice al Negro.

-Y después nos vemos aquí arriba, igual que el viernes.

Media hora más tarde el Negro se levanta y se dirige hacia la celda donde está Muñoz. Mientras camina por el pasillo va observando las otras celdas vacías.

Llega donde Muñoz y lo observa haciendo la mímica de tocar guitarra.

-Hey, hey, ¡ ¡ sordo!! -le grita el Negro -tenemos que bajar es la hora.

Muñoz lo mira y comienza a bajar el volumen.

-¿Qué?, pregunta.

-Hay que bajar, llegó el almuerzo porque no hay nadie en sus celdas.

-Ta bien -responde Muñoz con algo de abulia -espérame a que saque los tenedores para el almuerzo.

Salieron los dos de la celda hacia las escaleras.

-¿Nervioso? -le pregunta el Negro.

-¿De qué? -responde Muñoz

-Olvídalo, de nada.

Una vez abajo, en el comedor, ven a la mayoría de los presos con las bandejas azules en sus manos y aprestándose para subir. Muñoz y el Negro entraron al comedor tomando un par de mesas para ubicarlas en el final de la sala. Luego sacaron cuatro bandejas y algunos panes que estaban en el mostrador y se dirigieron a llamar a Mauricio y Chang que estaban afuera junto a otros presos.

Mauricio conversaba con otro preso, a quien el paso del tiempo lo fue acercando profundamente a los cuatro rodriguistas. Convivía con ellos, se relacionaba constantemente creando una estrecha amistad. De baja estatura y buen ánimo, siempre estaba ahí cuando se requería algo. De gran corazón y una nobleza perdida entre tanta muralla. Estaba ahí, intuía algo que no todos podían intuir, se paseaba esperando algún sitio para él en una aventura que desconocía por completo.

Ante la imposibilidad de invitarlo a dicho vuelo por la capacidad del canasto y el helicóptero, Mauricio le habla en

tono pausado, él lo escucha con una amargura en su corazón.

-Simplemente no podemos porque sólo es para cuatro, espero que nos comprendas, pero si hubiera más espacio serías el primero que elegiríamos para que nos acompañaras -le decía Mauricio con desazón.

-No te preocupes, algo sospechaba, pero nunca les dije nada y entiendo perfectamente -responde él sin ambigüedades apoyado a la muralla.

-Te pido que subas -le dice Mauricio mirándolo a los ojos, aquí te puede pasar algo.

-Lo que digas -responde el preso-, ¿en qué los puedo ayudar?

Mauricio sonríe y lo mira fijo.

-Si ves algo que se acerca por el cielo en esta dirección grítale a Muñoz por la ventana.

-Lo haré -dice, dándole la mano a Mauricio-, que les vaya bien, espero que les salga todo.

-Adiós.

Y se fue hacia las escaleras mirando a los otros tres para despedirse en silencio, sabiendo que ya no sería igual.

Repartidos por el patio quedaban algunos, pero fueron subiendo en la medida que tomaban sus bandejas para el almuerzo.

-El almuerzo está en la mesa -grita Muñoz desde el interior.

Eran las 14:30 horas y los cuatro ya estaban esperando al helicóptero, la hora de comienzo de espera era a las 14:00 horas. Hacían como que almorzaban. Mauricio no podía tragar absolutamente nada y miraba la bandeja azul. Muñoz, en la misma actitud, observaba como almorzaban los otros presos. Pero el Negro y Chang, siendo fidedigno con los hechos, se lo comieron todo, como cualquier otro día. Haciendo gala de su apetito, Chang se repitió tomando la comida de Mauricio mientras decía, ante la mirada perpleja de los demás, «hay que hacer las cosas con el estómago lleno».

Ya habían terminado y poco les quedaba por hacer en ese sitio sin llamar la atención de otros presos, o lo que era peor, de la astucia desconocida de algún gendarme. Procedieron a dar curso a la segunda farsa de efectuar una reunión de rodriguistas encarcelados (hasta ese momento). Mauricio tomó unas hojas que tenía a su lado y las puso sobre la mesa.

-Bueno -comenzó, mientras los otros tres reían-, comencemos con la ronda de opiniones sobre el documento.

Quizá no era necesario dicho dramatismo, si no hubiera sido por la cámara que existía sobre sus cabezas en el interior del comedor, al igual que la cámara ubicada en el patio del módulo habitado por ellos.

Es por eso que debían seguir el ritual paso a paso como lo habían definido anteriormente.

Fuera del comedor se veían algunos guardias que no prestaban atención a los cuatro rodriguistas en reunión.

Así estuvieron, hasta que se quedaron completamente callados, no tenían nada que decir. Chang tomó un libro que había bajado con él.

-Mejor les leo algunos interesantes capítulos de este libro maravilloso que traje hoy conmigo.

Los otros tres, acostumbrados a la oratoria que definía singularmente los avances en el deterioro carcelario sobre la confusa personalidad de Chang, se dispusieron a escucharlo.

-Es El hombre rebelde, de Albert Camus -prosiguió-, y es una coincidencia que esté justamente con este libro en mis manos en este momento.

-Resume, resume -suplica Muñoz con rostro de aburrimiento.

-¿Qué te pasa? Sólo les digo que lo lean alguna vez porque lo principal que señala es que la rebeldía del hombre es metafísica, es una rebeldía en contra del ser mismo y mucho más profunda del sentido que le asignamos nosotros a nuestra rebeldía. Eso es todo lo que les quería decir.

-Bueno, pero yo voy al baño, aunque la rebeldía sea meta-

física o no. Eso no impide el desarrollo de mis necesidades biológicas -acotó Muñoz al tiempo que se levantaba y salía del comedor.

Al salir notó el balde amarillo al costado de la puerta y lo miró con desprecio. Lo tenía que ubicar en el centro del patio para que los voladores acertaran con el lugar preciso.

Volvió y notó que estaban todos callados, se sentó y miró el reloj que marcaba las 15:43 horas. Todos pensaban que ya no vendrían. «Otro día más en esta mierda», se dijo.

-Ya que estamos relajándonos una vez más -dijo el Negro-, creo que ahora me toca ir a mí al baño.

Se quedó parado frente a la mesa donde simulaban la reunión, escuchando al Chang que le decía a Mauricio: «¿No pasó nada nuevamente?».

No había terminado de decir eso cuando comenzaron a escucharse las ráfagas que provenían desde el aire.

No se escuchó ningún helicóptero. Sólo los tiros.

Mauricio se paró alertando a los otros: «¡¡Ahora!!».

Muñoz salió al patio y puso el balde al medio, atrás salió el Negro. Chang aún no se daba cuenta, levantándose al último para salir al patio. Ya estaban los cuatro afuera y dos presos más, uno que en esos momentos salía de la ducha y el otro que caminaba de acuerdo a su rutina.

-¿Qué pasa? -preguntaban con voz nerviosa.

-¡Nada, nada, métanse al baño! -les gritó Mauricio.

Aguardaron cubiertos por las murallas de los retretes por si desde las pasarelas aparecía un guardia disparando contra los presos, pero no podían imaginar que el helicóptero se dirigía a ese patio.

Los tiros seguían tronando y los cuatro miraban hacia el cielo sin ver nada que se asemejara a un helicóptero.

Mauricio y el Negro, con sus cabezas hacia arriba, no decían nada, mudos, sordos. Quizás hasta ciegos. Ninguno de los dos intercambió palabra alguna entre el ruido de los

tiros y el ruido del helicóptero que asomaba su nariz como una gran ballena alada cruzando el cielo.

El Negro daba saltos sobre su sitio, alzando los brazos y gritando que lanzaran el canasto, a su lado estaba Muñoz agazapado; por el otro lado, Mauricio y Chang. Los otros dos presos corrieron con pánico hacia el comedor.

El patio fue dominado por un huracán que hacía volar todos los objetos en un remolino demoníaco. Caían sobre los cuatro las vainillas de los tiros percutados.

Todo volaba, nada permanecía en su sitio. Fue como el fragmento de una obra fotografiada en cámara lenta.

Desde el segundo piso se asomó la cabeza de un preso gritándoles: «¡¡Ahora Muñoz, ahora!!». Era la voz del que no pudo viajar con ellos.

Lo sintieron como una opera nunca finalizada. Veían todo con tranquilidad. La imagen imponente del pájaro de hierro dominaba el cielo que siempre observaron lejano. La ondulación de las toallas volando al interior del patio, todo fue una gelatina incolora. Veían con medio cuerpo afuera de la nave a uno de los Fusileros y la boca de su fusil en esa carrera desesperada lanzando fuego. El canasto cayó desenrollándose, similar a una serpiente, y al rebotar sobre el suelo saltó una pistola a menos de un metro del Negro. Éste la tomó y la manipuló pasándole el tiro a la vez que apuntaba hacia la marquesina, gritando: «¡Tengo un arma!». Lo hizo para que otro no perdiera tiempo en encontrarla.

El tornado al interior del patio, los tiros, el ruido ensordecedor de las aspas girando, mientras Mauricio sostiene el canasto que es inmediatamente abordado por el Negro y Muñoz en las posiciones planificadas.

No pasaron dos segundos entre que el canasto cayó y que comenzara a elevarse rápidamente. Mauricio y Chang corrieron tras él, lanzándose sobre el recipiente que ya volaba a la mitad de altura de un cuerpo.

Los únicos que lograron subir en buenas condiciones

hasta sus posiciones fueron Muñoz y el Negro. Debido a la rapidez con que el canasto se elevó, Mauricio y Chang quedaron colgando y sosteniéndose a duras penas de cualquier componente que sirviera para aferrarse y no caer.

Antes de abandonar completamente la cárcel, el canasto se desestabilizó por no llevar la carga repartida armónicamente, provocando que se estrellaran en una de las murallas laterales del penal. Aquello dejó a Mauricio atrapado, aplastado, pero no lo soltó por ningún motivo. Fue un azote indescriptible que por poco lo convierte en la gota de una tristeza muerta.

Todo ocurrió en menos de seis segundos y ya la cárcel comenzaba a empequeñecerse.

Uno de los gendarmes salió de su caseta y el Negro, con la pistola en la mano y apuntando hacia abajo, disparó cuatro tiros hacia el guardia. Después, la pistola se trabó, pero ya no había necesidad de seguir disparando. Ya se encontraban fuera del perímetro.

Todo se achica, pierde la imponencia que tiene desde abajo, la cárcel se ve inmunda, pequeña, espantosamente lejana, ridícula para la melancolía y el dolor que alzaban sus murallas durante todos esos años.

Pero ahora iban volando, ya lejos de la cárcel.

¿Cómo puede ser todo tan absurdo, tan inmediato? Que la longitud de todos esos años se desplome como un edificio de huesos calcinados por el sol. ¿Qué sentido existió tras todo ese tiempo de ahogo y humedad? ¿Qué maldición sostuvo todo eso amparado en un engaño de hechicero? Las oraciones de estos cuatro se escucharon en algún lugar de la tierra: *Mórbido encierro ultramarino no conocerás más nuestra carne ni caeremos seducidos por la calidez de tu costumbre. Te escupiremos en cada estepa de la tierra y más allá de ella fulminando los trozos de horror que dejasteis sobre nosotros. Te maldeciremos mil veces, antes de caer en la tumba con una daga y una copa de vino en nuestras manos, pero jamás nos volverás a tragar para perecer en tus intestinos...*

Mauricio pendiendo en un cielo enmudecido; Chang a su

lado aferrándose de las cuerdas; Muñoz tomando los brazos agonizantes de Mauricio; y el Negro con las manos sudorosas debido a la altura, pero en buena posición.

-¡Me voy a soltar, no puedo más! -dice de pronto Mauricio con la voz moribunda y dirigiéndose entre gritos a Muñoz. Éste trataba de tomarlo con más fuerza, pero a cada intento lo perdía un poco más.

-No, agárrate con fuerza, aguanta por favor -gimió Muñoz.

-No, ya no puedo, ya no puedo, volvió a gritar Mauricio mirando hacia abajo.

Y se imaginó cayendo en silencio como una gota de agua perdida en la lluvia delirante.

-¡ ¡Tómame el brazo!! -le grita una vez más Muñoz en el último intento por sujetarlo fuerte. Mauricio miró al Chang y vio a éste aferrado con fuerza a una de las piernas de Muñoz, pensó pedirle ayuda al Negro, pero lo desestimó ya que su movimiento podía desestabilizar todo. El Negro nunca miró para atrás. Sólo quedaba Muñoz.

-¡¡Dame el brazo!! -le repitió una vez más a Mauricio, en cuyo rostro se reflejaban las características incoloras de los muertos -¡¡Si te lo doy me caigo!!

Pero la vida fue más poderosa que cualquier con-sideración hacia las leyes de la física y Mauricio, en un movimiento rápido, le lanza su brazo a Muñoz y éste logra tomarlo. «¡¡Quédate quieto!!», le grita, ya estamos bajando, ya bajamos...

Jamás se dio el temido efecto péndulo, pero fue sustituido por uno que el Piloto nunca advirtió y que más tarde fue bautizado como el efecto juguera. Fuertes rotaciones que hacían girar al canasto de manera indetenible. Santiago, para los cuatro, en ese momento se convirtió en una esfera. No existió nada que pudieran hacer para detener la rotación hasta que tocaron tierra.

El viento detenía su furia y el calor de diciembre se apoderaba de manera cálida y precisa. Era un calor extraño que los abrazaba y les daba seguridad.

Gritaban desde el aire, eufóricos, pero nadie gritó: «Somos libres», «lo logramos». Aullaban como lobos, simples desgarros de pasión. Nadie podría haber gritado semejante aberración. Guardaron hasta el último momento la compostura expresiva.

Mauricio se lanzó tres metros antes de tocar tierra. Chang cayó aplastado por el canasto perdiéndose entre la tierra y sus quejidos. El Negro saltó cuando el canasto tocaba tierra para luego dar innumerables vueltas de cabezas sobre la cancha del parque Brasil. Sólo Muñoz quedó como saliendo de un capullo al interior del canasto enredado entre las cuerdas y la tierra. Una nube de polvo los envolvía. Mauricio con su espalda ensangrentada al igual que Muñoz y Chang, el Negro se miró para constatar que no tenía ninguna herida como los otros tres.

Se levantaron inmediatamente con la urgencia de seguir escapando hacia alguna parte. Corrieron hacia el helicóptero, desde el cual se bajó Emilio sonriente. El Fusilero se sacó su fusil pasándoselo a Muñoz. Todos se miraban y miraban el parque lleno de niños que no hacían nada, y el grito inútil de una señora gorda envuelta en delantales y un paño color café sobre su cabeza: «¡¡Están armados, corran!!». Nadie le hizo caso y todos los niños siguieron tranquilamente mirando el espectáculo.

Con la situación más clara el Fusilero les grita: ¡Por acá!

Los condujo hacia la abertura de la reja del parque.

Estaban todos armados mirando a Emilio que les grita: ¡¡Al auto rojo!!

Los recién salidos no encontraban ningún auto rojo. El polvo levantado por el motor aún en funcionamiento del helicóptero no daba la posibilidad de ver a más de un metro.

Muñoz y el Negro, armados de fusiles y pistolas, desesperados como nunca, ansiosos como ardillas neuróticas, ven un auto rojo conducido por un hombre y una mujer. Se acercaron apuntando mientras observan la descomposición en el rostro de los ocupantes del automóvil. Emilio los alcanza

a ver gritándoles: ¡Ese no! Es éste, es éste. Indicaba con su mano hacia el Legacy estacionado.

La cara empalidecida, casi desértica de los con-ductores del vehículo equivocado, fue cambiando de color cuando Muñoz y el Negro se alejaron definitivamente de las puertas de su auto.

El Legacy estaba ahí. Estacionado al costado de una casa.

-Dame las llaves -le dice Emilio al Fusilero.

-No las tengo yo, tú te las quedaste.

-¡¡No!! -exclama Emilio -revísate la chaqueta.

-No sé dónde están -repite casi sin ánimo.

Emilio hacía ingentes esfuerzos por encontrar las llaves en algún sitio, mientras miraba a su alrededor la gente que observaba la desesperación de todos ellos.

Emilio sonrió al encontrar las llaves en uno de sus bolsillos. Todos corrieron hacia el auto.

No hacían nada más que mirar y esperar cualquier cosa, como si aquella llave extraviada fuera la entrada a otra vida. Pero se podría decir que estaban felices y que en ese momento hubieran muerto como mariposas de luz, sin ningún tipo de contratiempo, seguros de algo, serenos ante todo, porque atrás quedaba algo peor y en adelante ya nada podría ser tan oscuro como aquello. En aquel momento notaron el valor, muchas veces sepultada, de la vida. El espacio cobraba sentido. Respirar era algo eternamente hermoso, aún ahí en medio del borde, o mejor dicho, sobre todo ahí en medio del final.

Con las armas en las manos los cuatro se paseaban por la calle en espera de la policía, sus cabezas hacían movimientos hacia todos lados, no dudaban de nada.

-¿Y el Piloto? -pregunta el Fusilero. Una vez más todos se quedaron mirando hacia el helicóptero, el cual seguía con sus hélices rotando.

-¡Se quedó ahí! -respondió Emilio. El Fusilero corrió hacia la nave abriéndole la puerta, el Piloto le confiesa: «Me quedé

atrapado por estos vidrios hijos de puta, ayúdame a salir». El Fusilero lo toma y lo eleva por sobre los vidrios y corren hacia el automóvil.

Mauricio y el Negro se ubicaron en la parte trasera del Legacy poniendo los chalecos como contención en una de sus puertas. Muñoz, Chang y el Fusilero en los asientos traseros. Emilio al volante y el Piloto a su lado.

Partieron a gran velocidad perdiéndose entre las calles. Recorrieron unas cuadras para bajarse del Legacy dejando los fusiles y los chalecos antibalas en el interior, sólo se llevaron las armas cortas.

El Piloto y el Fusilero toman otra dirección, despidiéndose con la mirada. Los otros cinco caminaron entre pasajes y calles desconocidas para ellos. En una esquina abordaron una camioneta último modelo llena de cajas de verdura, tras las cuales se escondieron los cinco entre tomates y lechugas. El chofer de la camioneta prendió el motor y partieron rumbo a la casa donde se escondieron por muchos días al alero de una señora que siempre les llamaba «mis niños», la que lloró aquella tarde cuando abandonaron su casa escalonadamente hacia el infinito.

CAPÍTULO XV

La habitación quedó en silencio cuando el teléfono fue colgado y puesto en su posición original. Después de haber hecho aquello, abrió las cortinas de la ventana con ambas manos y permaneció así por un momento, con ambos brazos tomando las cortinas, mirando hacia la calle. Apoyó su cabeza sobre el vidrio y fue notando como su respiración, ya más serena y relajada, iba empañando el cristal.

Notó que el dolor acostumbrado provocado por la úlcera, arrastrada hace bastante, no hacía sus habituales caprichos sobre los órganos.

Comenzó a reír solo y fue presa de un profundo deseo de llorar, sintió una calma recorriendo lentamente sus extremidades hasta estacionarse en los párpados de sus ojos. Se alejó de la ventana soltando las cortinas y pensó que el debate con la angustia se diluía en los minutos de tiempo que iba aplastando.

Espantosamente calmo, se sentó sobre la cama de la habitación y suspiró. A su lado vio y tomó un maletín de color negro. Lo abrió sin ninguna urgencia y extrajo una libreta de anotaciones. La revisó pasando su dedo hasta detenerlo en un número telefónico remarcado en color azul.

Se levantó con la libreta en la mano hacia el escritorio de estilo americano, y tomó el teléfono.

Luego marcó aquel número y esperó la comunicación.

-Aló.

-¿Sí? -contestó Salvador desde el otro lado de la línea.

-Habla Chele -dijo con tranquilidad.

-Entonces...

-Salieron todos, me lo acaba de decir Emilio, están tremendamente libres...

Ambos callaron y la luz de la habitación del Chele se fue apagando.

Otras voces, aquellas que no volaron por los aires esa tarde, también hablan.

Manuela de siempre:

Si pudieras haber visto lo que yo vi, Manuela. Mirar ese helicóptero entrando en el cielo que siempre lo sentí tan alto. Los hombres disparando como si fuera lo único que supieran hacer en ese momento, montando la nave de acero que parecía un corcel azulado interrumpiendo nuestro asombro. No podía decir nada y una felicidad fue subiendo por mi garganta hasta terminar en uno de mis ojos, cuando siento la primera lágrima que cayó en todos estos años. No fue casual que esa primera lágrima parida por mi emoción haya jugado con el viento que nació de las hélices de la nave. No fue casual Manuela y te lo diré las veces que sea necesario para tratar de acabar este sentimiento que me hace escribir.

Los vi resueltos, sangrientos y no había nada en ese instante que fuera capaz de detenerlos, fue todo demasiado rápido para que alguien después se sentara a relatar los detalles rodeado de curiosos que no alcanzaron a ver la grandeza del espectáculo.

Cuánto debemos soportar para llegar a ver algo así. No importan los cuadros espurios y salvajes que hayamos visto, siempre hay una cuota de realidad que desconocemos, siempre queda una brisa entre nosotros y el asombro que llevamos cubiertos de rosas.

Verlos volar fue grandioso. Yo estaba asomado en la ventana cuando comenzó todo. Pero gozaba de una cierta superioridad por la totalidad de los presos. Ellos no sabían nada de lo que ocurriría. Yo sí. Una hora antes de que se escaparan comencé a sospechar de los movimientos que hacían los cuatro.

No sé, quizá sea por la cercanía que tuve siempre con ellos que me despertó la sospecha de que algo iban a realizar. Los vi desde el segundo piso y bajé con la ilusión de hacerles compañía. Una posibilidad remota de que me fuera junto a ellos, una

esperanza de salir de aquí que jamás va a perecer como mueren otras esperanzas. Qué sería de mí si muriera esa única y ala vez artera esperanza que tanta veces la he tratado de enterrar pero florece como la mala hierba. Moriría con ella Manuela, no quedaría nada de mí. Puede ser que sea eso, que no muera esa esperanza porque yo me niego a morir. Pero hasta cuándo. ¿Quién morirá primero, mi esperanza o yo? ¿Quién escuchará primero las oraciones de descanso al borde de la tumba? Es una guerra desigual y caeré primero que la esperanza. Ella ondeará su bandera de victoria sobre mi tumba y después me pedirá un espacio en el zócalo de tierra acompañándome hasta en la muerte. Por qué la invocamos cada vez que sufrimos si sólo se alimenta de nuestra estupidez y arrogancia. Después no la podemos expulsar de nuestra tierra parasitando de nuestro dulce dolor que tanto cuesta conocer. Maldigo esta esperanza que no me deja vivir el presente proyectándome con vanas ilusiones. Malditos timoratos que la invocan para sentirse limpios. No saben lo que engendran, no saben el pacto espantoso que firman sus manos llenas de terror por el sufrimiento que cimentan y luego no lo soportan.

Así caminé por ese patio que más tarde se convirtió en una acuarela de colores desconocidos. La verdad es que no dudé mucho cuando se acercó uno de ellos pidiéndome que subiera y a la vez confirmándome lo que iban a hacer. No pude decirle nada, un temblor de amargura era todo lo que sentía al escuchar sus palabras diciéndome que no podía subir con ellos porque no había espacio suficiente. Le respondí que no importaba, que no se preocupara y qué era lo que podía hacer para ayudarlos. Qué más podía hacer, Manuela, si no existía nada que pudiera hacer salvo contentarme con el intento de ellos por ser libres.

Contuve la desilusión, amarré el llanto detrás de mis ojos como cuando era niño y me sentía perdido. Lo miré con orgullo y le di la mano, luego miré a cada uno de ellos sin que se dieran cuenta, despidiéndome en silencio.

Subí lentamente las escaleras con la inmunda bandeja azul del almuerzo en mis manos. Llegué a mi celda y la tiré sobre la

mesa. Me senté sobre la cama y dejé que el tiempo me abrazara. Estuve mirando el piso hasta que comencé a escuchar los disparos, me levanté rápidamente hacia la ventana y le grité a uno de ellos: ¡¡Ahora Muñoz!! Ellos ya estaban en él patio esperando. Mis manos aferradas a los barrotes de la ventana sudaban de nerviosismo. Así los vi elevarse, para luego desaparecer en el cielo gris. Fue ahí cuando la lágrima corrió envuelta en el viento.

Más tarde ocurrió lo de siempre, pero sin cuatro presos que ya estaban en algún sitio fuera de esta cárcel. Ahora vuelvo a escribirte como el primer día que te envié una carta desde el encierro. No he cambiado mucho. Sólo algo más cansado y terco. Acostumbrado, se podría decir. Pero no por eso menos vivo.

Aquí las cosas se complicaron y están descargando su impotencia contra nosotros. Pero esto es así. Diástole y sístole del sistema carcelario desesperado. En un tiempo, y luego de presiones y huelgas de hambre, volveremos a reencontrarnos una vez más. Te seguiré esperando, porque como te dije una vez, éste también es tu encierro.

Espero que no los atrapen. Sólo eso espero y que no nos olviden.

Amándote como siempre

EPÍLOGO

Ésta es la primera vez que nos atrevemos a escribir un capítulo de nuestra historia, en un intento por comenzar a reconstruir (con nuestras capacidades y por propia mano) fragmentos de la vida del FPMR para evitar, de esta forma, que el tiempo haga estragos en los recuerdos y deje al capricho de la imaginación esta tarea. Así también esperamos impedir que continúen tergiversando nuestra práctica política aquellos que se creen dueños de la palabra escrita.

Esta narración escapa a los cánones oficiales. Se rebela del dominio del poderoso y se sitúa al alcance de todos nuestros compatriotas, para que puedan compartir este pedacito de historia, estos instantes construidos por hombres y mujeres comunes, los cuales (no obstante vivir este presente complejo y difícil) se mantienen consecuentes con sus principios y fieles a su historia.

El relato que han leído tiene por finalidad dejar plasmados los acontecimientos que dicen relación con aquel vuelo justiciero del 30 de diciembre de 1996, cuyo contenido emerge desde las entrañas de sus protagonistas, con la clara intención de ser fieles a los hechos que sucedieron. Claro está que «por necesidad» (ésa que nace del imperativo de resguardar nuestra organización) se han omitido algunos pasajes de la fase de preparación del vuelo, así como los sucesos posteriores al mismo. Además, han sido recreados otros episodios, sin que distorsionen en esencia lo acontecido. Ya vendrá el tiempo en que sea posible conocer todo. Por lo tanto, en estas páginas se encuentran algunos de los hombres y mujeres que hicieron posible este sueño. Otros permanecerán en el anonimato, con la grata satisfacción de haber contribuido a esta empresa libertaria.

Tratándose de este capítulo de nuestra historia que encarna ese sentimiento irrenunciable de luchar por la liber-

tad, no podemos dejar de recordar el heroísmo y decisión de todos los compañeros que han caído en el intento por romper sus cadenas. Tal es el caso de Víctor Zúñiga Arellano, y particularmente de nuestros herma-nos José Miguel Martínez (Palito), Pedro Ortíz Montenegro y Mauricio Gómez Lira (Pum-pum), asesinados en aquel luctuoso 10 de octubre de 1992. Nuestro mejor homenaje será no descansar hasta haber obtenido la libertad de todos aquellos que luchan por sus ideales y que permanecen en prisión, y el castigo a los asesinos y torturadores.

Queremos aprovechar estas líneas para hacer un reconocimiento a todos los que, bajo distintas formas y de manera generosa, contribuyeron al éxito de ese vuelo de justicia.

Va, entonces, este esfuerzo literario para todos los que aman la libertad y que dieron ese 30 de diciembre una demostración de rebeldía y coraje.

20 de enero de 1997

LA VIDA DE UN COMPAÑERO

Ricardo Palma Salamanca, compañero nacido en Santiago de Chile el 1 de julio de 1969.

Estudió en el Colegio Latinoamericano de Integración, en la comuna de Providencia. Ricardo viene de una familia de filiación comunista. Sus padres fueron activos militantes durante la Unidad Popular y siguieron siéndolo en dictadura. Ella más que él. Mirna y Ricardo -sus padres- eran profesores de Educación Física, aunque él siguió la carrera de policía en Investigaciones al tiempo que dirigía el Ballet Folclórico Pucará. Tras el golpe de Estado la casa de la familia Palma Salamanca fue allanada por militares y ambos perdieron sus trabajos y pasaron por serias dificultades para mantener a sus tres hijxs.

Seis y cinco años mayores que Ricardo, Marcela y Andrea -sus hermanas- destacaron como dirigentes universitarias desde fines de los 70'. Una estudiaba Filosofía en la Universidad Católica y la otra Pedagogía en la Universidad de Chile. Las dos serían detenidas y torturadas en distintas épocas por la Central Nacional de Informaciones (CNI, la policía política de la dictadura). Una en 1982 y la otra cuatro años después.

Al igual que su familia, el Colegio Latinoamericano resultó decisivo en el camino de lucha que el compañero tomó a partir de la segunda mitad de los ochenta. Más aún considerando que en ese colegio asistió al secuestro de dos de los tres profesionales comunistas que resultarán degollados en marzo de 1985.

El 6 de enero de 1985 ingresó a las Unidades de Combate de las Juventudes Comunistas. Ese día fue el funeral de Matilde Urrutia -última esposa del poeta comunista Pablo Neruda- y a Ricardo le correspondió marchar con "Camilo" delante del carro fúnebre. Ambos blandían dos banderas, una chilena y otra del Partido Comunista, y debían estar atentos a las provocaciones de la fuerza pública.

Una noche de marzo, en víspera del comienzo del año escolar, Ricardo protagonizó la primera acción subversiva de envergadura. Acompañado por "Camilo" y "Luciano", amigos y vecinos suyos en Ñuñoa, llegó de madrugada hasta el Liceo 9 de Niñas para instalar una carga explosiva. Al día siguiente, en ese lugar, daría un discurso el ministro de Educación. Instalaron la bomba al interior del recinto y esperaron a unas cuadras la detonación, pero eso no ocurrió a la hora programada. Entonces, contraviniendo las normas de seguridad, pues ponía en riesgo su vida, Ricardo se ofreció para volver a entrar al liceo y averiguar lo que había ocurrido: un simple desperfecto técnico que reparó en el tiempo justo para alcanzar a escapar antes de la explosión. Tenía 16 años y usaba la chapa de "Marcos".

Ricardo, "Camilo" y "Luciano" formaban parte de la misma unidad y eran inseparables. Tan inseparables que la primera y única vez que Ricardo fue detenido en dictadura, andaba junto a sus dos amigos. Era la víspera del terremoto de 1985 y fueron sorprendidos consumiendo alcohol en la vía pública. Participaban del movimiento de estudiantes secundarios y eran habituales a protestas y tomas de liceos en las que combatían con lo que tenían más a mano: piedras, barricadas y bombas molotov. También eran habituales a fiestas, conciertos y guitarreos, no así a las quejumbrosas peñas folclóricas en las que abundaban las canciones soñolientas y los discursos solemnes y martirizantes.

En noviembre de ese mismo año, su amigo "Luciano" fue detenido por la CNI. Quienes pudieron ver a "Luciano" en los días posteriores a su detención lo recuerdan en un estado calamitoso. Apenas podía hablar y mantenerse en pie. Ricardo lloró y salió a disparar balazos al aire.

Al año siguiente, pasó a formar parte de las Milicias Rodriguistas, el grupo previo para ingresar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), tomándose muy en serio su carrera subversiva. Más en serio que su carrera de fotógrafo, que siguió en el Instituto Arcos tras salir del colegio en 1986.

Ese año, que para el Partido Comunista sería el decisivo para la caída de la dictadura, participó en las primeras acciones armadas. Tenía condiciones y el perfil apropiado para hacer carrera y ser enviado a un curso de preparación militar en Cuba. Estuvo muy cerca de eso, pero un inconveniente de última hora, que algunos adjudican a una falta a la disciplina, lo dejó en Chile. El hecho afectó seriamente su ánimo y retrasó su ascenso en la organización.

Tampoco eran buenos tiempos. "El año decisivo" terminó con duros golpes políticos y policiales al FPMR que derivaron en su división del Partido Comunista. Ricardo se quedó en la fracción Autónoma, que intensificará la lucha armada desde fines de 1988.

Es en esta etapa donde la figura del Ricardo comienza a tomar relevancia. En octubre de ese año participa de una de las cuatro acciones armadas con que el Frente Autónomo da la partida a la Guerra Patriótica Nacional, que tenía por objetivo ser un enfrentamiento frontal y permanente con el Estado.

El 9 de junio de 1989, dieciocho impactos de bala acabaron con la vida de Roberto Fuentes Morrison, conocido como "Wally", comandante retirado de una escuadrilla de la Fuerza Aérea. Antes de abordar su camioneta, fue acribillado a la salida de su casa a las nueve de la mañana.

Ricardo era uno de los seis fusileros del Frente Autónomo que realizaron la emboscada. Asesinaron al Wally pocos días antes de que venciera el plazo de su sentencia de muerte, dictada el 2 mayo, por la dirección nacional del Frente Autónomo a través de un comunicado en el que se llamó a terminar con la total impunidad de que gozaba el Wally por parte del sistema judicial. El mismo sistema que lo había absuelto por su participación en múltiples secuestros y asesinatos que protagonizó como uno de los jefes del Comando Conjunto Antisubversivo.

El 9 de mayo de 1990 le pidió a una amiga que lo acompañara a comprar unos zapatos colegiales a una tienda Bata. El solía usar zapatillas, rara vez zapatos. Al día siguiente, a las

13:30, Luis Fontaine Manríquez aguardaba la luz verde en el taxi en el que viajaba junto a su secretaria Margarita Mardones, en calle Santa Isabel a escasos metros de la esquina de Portugal. De pronto, 2 escolares que venían caminando por la vereda sur se aproximaron al vehículo desde atrás.

En un rápido y sorpresivo movimiento, los jóvenes desenfundaron sus armas y comenzaron a impactarle disparos a su objetivo. Dieciocho tiros de balas 9 mm blandieron el cuerpo del retirado coronel de Carabineros.

Sus pistoleros, disfrazados de estudiantes secundarios, fueron 2 miembros del Frente Autónomo. De los más legendarios: Ricardo Palma Salamanca, el "Negro", y Raúl Escobar Poblete, "Emilio", una dupla letal que ya era de temer, especialmente para los violadores a los derechos humanos que gozaban de impunidad. Juntos también habían participado en el comando que asesinó al Wally.

Esta vez fue el turno de Fontaine, fundador del Departamento de Drogas de carabineros (OS-9) y responsable del degollamiento de tres profesionales comunistas, dos de los cuales estaban vinculados al Colegio Latinoamericano, donde estudió Ricardo.

En septiembre de 1986 ocurrió el intento de tiranicidio de Augusto Pinochet, quien salvó ileso en aquella ocasión, junto con unos pocos escoltas que sobrevivieron. Uno de ellos era Víctor Valenzuela Montecinos, quien ya estaba en la lista a fusilar del Frente Autónomo. Los pistoleros que se escogieron para su ejecución fueron la dupla más que fogueada que conformaban Ricardo y su jefe y compañero de misiones, Emilio.

La acción ocurrió el 26 de octubre de 1990. Temprano en la mañana, al dejar la casa de seguridad en la que pasaron la noche, Emilio le entregó a Ricardo un revólver calibre 38mm, cargado con 5 balas, y abordaron el taxi que habían robado el día anterior para concretar la operación.

Emilio condujo el vehículo con la patente adulterada, mientras su acompañante se subió en el asiento trasero con

la cabeza hundida. Se estacionaron en una calle de tierra y caminaron por una calle de la comuna de Macul. A la entrada del pasaje esperaron. Emilio adelante y Ricardo a sus espaldas.

Era temprano, cerca de las 07:15. De pronto, desde la casa ubicada en el número 2020 de Pedro Rezka, apareció un hombre de civil, vestido con una casaca de cuero negra, camisa blanca y pantalones de mezclilla. Emilio le indicó que él era el ex agente CNI al que iban a liquidar. Emilio se acercó por un costado, desenfundó su pistola y comenzó a dispararle por el lado izquierdo. Mientras el sujeto iba cayendo, le siguió disparando al cuerpo, casi encima de él, para luego rematarlo cuando éste estaba en el suelo.

En aquel momento, Ricardo se encontraba detrás de Emilio cuidándole las espaldas. Disparó al aire varias veces para luego replegarse hacia el taxi Peugeot. Nadie los detuvo en su fuga. Tal como en el ajusticiamiento a Fontaine, los movimientos fueron veloces y letales. Pero ahora siete impactos de bala les bastaron para fusilar al suboficial experto en explosivos. Siete disparos certeros y fulminantes.

El siguiente fusilamiento tenía como objetivo a Jaime Guzmán Errázuriz, imprescindible ideólogo del régimen militar y fundador de la Unión Demócrata Independiente, partido político de ultraderecha.

Aunque no estaba de acuerdo -ya que se trataba de un hombre desarmado y que no había violado ningún derecho humano-, Ricardo aceptó participar del atentado a Jaime Guzmán con una condicionante: no dispararía. Su papel sería únicamente de contención, de modo de cubrirle las espaldas a Emilio. Éste dispararía mientras el senador bajaba las escaleras del Campus Oriente de la Universidad Católica, tras terminar sus clases de Derecho Constitucional.

Ese era el plan. Era, porque ese 1 de abril de 1991, sospechando de la presencia de dos jóvenes extraños en las escaleras, Guzmán dio media vuelta y llegó a su auto por otro camino. Fue entonces que los dos pistoleros corrieron a la

salida y en una luz roja, frente al Campus Oriente, se encontraron de frente con el objetivo a bordo del auto. Ante el riesgo de que escapara, en una decisión instintiva, Ricardo descargó su arma contra el senador. Lo propio hizo Emilio. Luego, corrieron y abordaron el auto que tenían estacionado. Guzmán moriría esa noche en el Hospital Militar.

Al huir, Ricardo no se fue a una casa de seguridad como dictaba la norma. En Plaza Ñuñoa, a pocas cuadras del Campus Oriente, se separó de Emilio y visitó a uno de sus amigos del colegio, quien ya estaba alertado de que llegaría a esas horas, pero en ningún caso de dónde venía.

Al atardecer llegó a casa de su padre, donde estaba viviendo en esa época. Allá se lo encontró su hermana mayor.

Ricardo estaba plano, neutro, sin manifestar ninguna emoción. La televisión estaba encendida y los noticieros no hablaban de otra cosa que del asesinato del senador. Ricardo miraba la televisión y se frotaba las manos entre las piernas. Ese gesto, que se manifestó desde pequeño en él, significaba que estaba nervioso. Lo estaba pero no decía nada. Nadie hablaba en esa casa. Ricardo escuchó las noticias y al rato se paró y fue a encerrarse a su pieza. Entonces, Marcela partió detrás, lo abrazó y lloraron juntos, sin despegarse, por un buen rato.

En septiembre de 1991, Ricardo ingresaba a una casa de la comuna de Macul para tomar parte de una nueva operación. El Frente Autónomo había decidido secuestrar a Cristián Edwards Del Río, hijo del dueño de El Mercurio. Uno de los celadores asignados a su custodia era el fotógrafo, ya de 22 años. En otros tiempos la organización armada lo habría sacado fuera del país inmediatamente después de ese hecho, poniéndolo a resguardo de la policía. Pero las cosas ya no estaban como antes. El Frente Autónomo vivía una acelerada descomposición y era objeto de una infiltración por parte de los servicios policiales y de gobierno.

A un mes y medio de iniciada la operación, Mauricio Hernández Norambuena, comandante del Frente Autónomo, recibió

un llamado de auxilio de Ricardo: estaba desesperado, oprimido en su papel de celador. Requería un relevo con urgencia.

En una oportunidad, pudo conversar con Cristián diciéndole que se tranquilizara. Al igual que él, el secuestrado estaba pasando por estados anímicos muy malos.

Con el correr de los días, ante los nulos avances en la negociación por el rescate, Ricardo comenzó a sentirse profundamente afectado por el sufrimiento del que era objeto Cristián Edwards. Tan afectado, que cuando pudo salir de la casa de Macul se dirigió donde su hermana mayor y le contó, sin entrar en detalles, de sus tormentos.

Ricardo ya estaba muy angustiado y, a esas alturas, ya había trasgredido todas las normas de seguridad: una noche que escuchó llorar a Edwards, le abrió la jaula y lo sacó de ahí. Le hizo caminar por la casa y conversaron largamente. Eso comenzó a ser común. Hablaban mucho. A Ricardo le dolía verlo llorar, porque lloraba con desgarro, con dolor, y se cuestionaba fuertemente lo que estaba haciendo.

A mediados de ese año, había nacido el segundo hijo de Marcela y la angustia provocada por la situación de su hermano le cortaba el hambre, el sueño, la leche. Fue en ese contexto que ella le confidenció sus temores a Dubilia Maccquiavello Forni, su psicoanalista de cabecera. Y lo hizo, claro está, sin saber que dicha psicoanalista era pareja del analista de inteligencia Lenin Guardia Basso, quien no dudó en hacer el papel de delator.

La versión de Jorge Barraza, subcomisario encargado del Caso Guzmán y del Caso Edwards, dice que la información entregada por Lenin Guardia no tuvo relevancia alguna en los esclarecimientos de los hechos, sino que la gran pista fue una estudiante de pedagogía en la Universidad Católica, quien era pareja de Emilio.

Esas son las dos versiones, la de la hermana de un compañero y la de la policía bastarda.

A esas alturas, Ricardo ya sabía que tenía encima suyo un

seguimiento policial, pero seguía en la misma rutina y con los mismos hábitos. Fue el más fácil de seguir, a diferencia de los otros, quienes se movían en una lógica de clandestinidad.

El joven fotógrafo seguía viviendo en casa de su madre en Lo Cañas, sin alterar mayormente sus rutinas. Sus amigos recuerdan que en esos días del verano de 1992, solía frecuentarlos por las tardes. Manejaba una moto todoterreno y habitualmente se ausentaba por algunas horas para volver hacia el anochecer.

Ricardo volvió a tomar parte de la última fase del secuestro. Más particularmente del rescate, cuando supervisó la entrega del dinero junto a "Natalia", quien también era su novia. No es mucho más lo que hizo en esos días. Por orden de la jefatura permaneció congelado, esperando el repliegue que el grupo preparaba a contar de febrero.

El grupo planificó la huida del país, pero Ricardo se negó. También se negó a refugiarse en una casa de seguridad. Ambas cosas suponían pasar a la clandestinidad. No lo había hecho antes y no lo haría ahora. Aún a sabiendas de que la policía le respiraba en la nuca.

El 25 de marzo de 1992, casi dos meses desde el pago del rescate y liberación de Cristián Edwards, la Brigada Investigadora de Organizaciones Criminales daba término a un seguimiento de varios meses contra quien confesaría ser uno de los dos autores de los disparos que un año atrás habían costado la vida del senador Jaime Guzmán.

Al momento de ser sorprendido al interior del bus ofreció una fuerte resistencia: se necesitó de varios hombres y de una mujer para neutralizarlo. Pero también es cierto que cuando fue capturado a pocas cuadras de la casa de su madre, donde se encontraba viviendo hace meses, ya estaba al tanto de que la policía le seguía los pasos.

Un mes después, Ricardo es sometido a un proceso que terminaría en 1994 con las siguientes condenas:

Cadena perpetua por el secuestro de Cristián Edwards

Cadena perpetua por el asesinato de Jaime Guzmán.

Cadena perpetua por el asesinato de Roberto Fuentes

15 años de cárcel por el asesinato de Luis Fontaine

FIN